

LOS CAZADORES DE CABEZAS

POR
E. SALGARI

33



33

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

SEGUNDA ÉPOCA

XXXIII

- 8 JUL 1908



Ayuntamiento de Madrid



33



La joven china no pronunció una sílaba. Siempre inmóvil...

S. CALLEJA

ES PROPIEDAD

EMILIO SALGARI

LOS CAZADORES DE CABEZAS

(TERCERA PARTE DE "LOS HORRORES DE FILIPINAS,,)

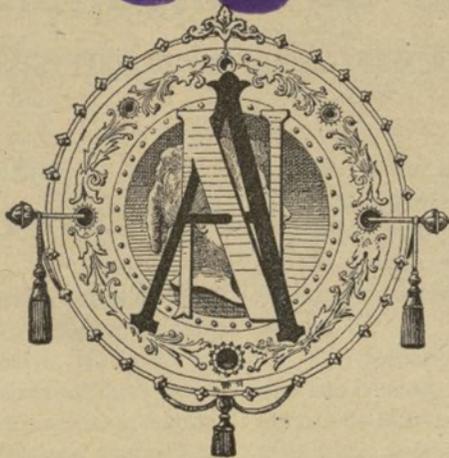
VERSIÓN CASTELLANA DIRECTA DEL ITALIANO

POR

JOSÉ MENÉNDEZ NOVELLA

ILUSTRACIONES DE L. PALAO

33



- 8 JUL 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28.

Es propiedad.

Ayuntamiento de Madrid

EMILIO SALGAR

LOS CAZADORES DE CABEZAS

TERCERA PARTE DE LOS HORROR DE TIRINAS

33

8 JUL 1908

MADRID: 1908. — Imp. de T. Rey. — Alberto Aguilera, 8.

Ayuntamiento de Madrid

Pa
A
el m
loma
rra
sus
hub
aqu
L
tron
das
tanc
inm
—
esta
que
me



- 8 JUL 1908

LOS CAZADORES DE CABEZAS

(TERCERA PARTE DE "LOS HORRORES DE FILIPINAS.")

CAPÍTULO PRIMERO

LA MUERTE DE PANDARAS

Pasaron dos minutos de angustiosa expectativa.

Aquel grito extraño no tuvo repetición; reinaba el más profundo silencio en la selva. Hasta las palomas, los faisanes, los cálaos de mandíbulas de sierra y los papagayos, eternos parlanchines, habían suspendido arrullos, gorjeos y cánticos, como si les hubiera asustado, lo mismo que á los hombres, aquella imprevista seña de alarma, ó lo que fuere.

Los cuatro fugitivos, inmóviles tras el inmenso tronco del alcanforero, con las carabinas preparadas para hacer fuego, espiaban los alrededores, tratando de penetrar con los ojos á través de las hojas inmensas de los bananos, beteles y sagúes.

—No podemos permanecer aquí quietos como estatuas—dijo Hong.—Sea lo que fuere lo que haya que suceder, busquemos al autor de aquel grito que me pareció una seña.

—¿Salió de por acá?—preguntó Than-Kiú.

—Lo ignoro; por más que me desojo, no veo ni hombres ni animales por ninguna parte.

—¿No habrá querido asustarnos algún salvaje?

—Es posible; y por esto quiero salir de aquí antes de que se reúna con sus compañeros para atacarnos.

—Ten cuidado, Hong—advirtió el malayo.—En esta isla conocen el uso de la cerbatana y el jugo venenoso de la uva lupina. Una flecha se envía pronto á su destino, especialmente entre tantas plantas que pueden ocultar al enemigo.

—Abriremos bien los ojos.

—Sobre todo los oídos. Al primer silbido que oigáis, echaos todos al suelo.

—Seguiremos tu prudente consejo, Pram-Li; pero vamos adelante.

—Deberíamos explorar antes los alrededores. Supongo que el que lanzó la seña no se habrá escondido bajo tierra.

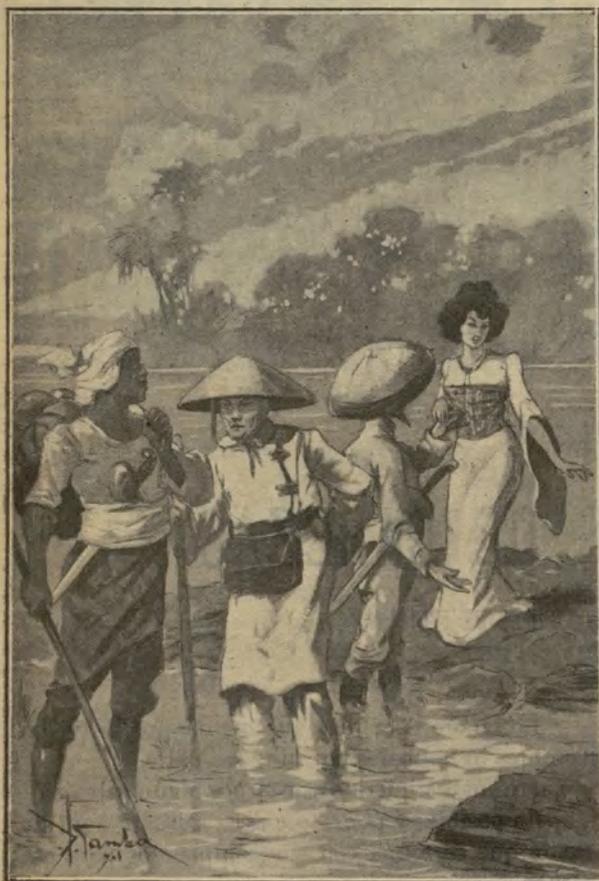
—Quizá tienes razón, Sheu-Kin. Antes de exponer á Than-Kiú á recibir una flecha mortal, conviene explorar estos contornos; yo me encargo de este

bosquecillo de la derecha; tú y Pram-Li, registrad el de la izquierda; y tú, muchacha, no abandones este tronco protector.

—¡Cómo!... ¿Y he de permanecer inactiva?

—Tu misión es muy importante; tienes que guardarnos las espaldas.

Los tres hombres se habían alejado apenas unos cuantos pasos, cuando, al volverse Than-Kiú, vió aparecer cautamente por entre las hojas de un bano silvestre, á unos veinticinco metros de distan-



—No podemos permanecer aquí quietos como estatuas...

cia, una cabeza y el cañón de un fusil que la apuntaba. Fué tal su estupor al reconocer al hombre que iba á disparar sobre ella, que permaneció inmóvil, sin pensar en huir ni en defenderse con su carabina. Un grito de terror se le escapó:

—¡Pandaras!...

Pero Hong oyó la exclamación, y con un salto extraordinario, que habría envidiado un tigre, se lanzó ante la joven para servirle de escudo con su recio cuerpo, mientras, echándose la carabina á la cara, rugió:

—¡Ah, perro!... ¡Por fin!...

El jefe de los piratas no le dió tiempo á disparar.

Se oyó una detonación, y el intrépido chino dobló una rodilla, escapándosele el arma de la mano.

Sheu-Kin y Pram-Li se volvieron á punto para ver caer al chino y huir al pirata. Ávidos de venganza, no pensaron en el herido, al cual ya auxiliaba Than-Kiú, y se lanzaron tras el asesino que huía, abriéndose vigorosamente paso por entre las lianas y ramas entrelazadas.

—¡Alto, miserable!—gritaban.—¡Alto, ó hacemos fuego!

Pandaras, en vez de obedecer, redoblaba la velocidad, y de repente se le vió vacilar, caer y alzarse súbitamente á tres metros del suelo, al extremo de una especie de cilindro grueso como el muslo de un hombre robusto, y que lo envolvía cual gigantesca espiral. Un aullido terrible, cambiado en un grito de agonía, escapóse de los labios del traidor; sus facciones expresaban en aquel instante un terror indescriptible; sus ojos parecía que se le iban á saltar de las órbitas. El malayo sujetó al chino, que iba á lanzarse sobre el asesino, y le dijo:

—¡Alto, si estimas en algo tu vida!...

—¡Es nuestro! ¡Suelta!... Cojámosle antes que vuelva á emprender la fuga, y...

Helósele la frase en los labios; no se había dado aún cuenta de que un enemigo más terrible que ellos dos se había apoderado del pirata. Un crótalo monstruoso, una serpiente atigrada, de cinco metros de larga, con la que quizá había tropezado el fugitivo, se había erguido repentinamente y enlazado con la rapidez del rayo entre sus horribles anillos al desdichado que, sintiéndose ahogar y triturar los huesos, olvidando que el chino y el malayo le seguían para vengar á Hong, tendía hacia ellos el brazo libre, murmurando con desesperación:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

El malayo, más vengativo, cruzóse de brazos; pero el generoso Sheu-Kin desenvainó su *kampilang* y se precipitó contra el monstruoso reptil, que continuaba oprimiendo el cuerpo de su víctima, cubriéndola de asquerosa baba, á tres metros del suelo.

—Llegarás demasiado tarde—le advirtió Pram-Li.

El valiente chino, aun sabiendo á lo que se exponía, se acercó; evitó ser envuelto por la cola del crótalo, que trató de apresarle, y descargó un sablazo desesperado y con toda su fuerza. El reptil, cortado en dos, cayó al suelo, pero sin abandonar su presa y oprimiendo el cuerpo agonizante. Se oyó crujido horrible de huesos, seguido de ahogado estertor, y hombre y serpiente exhalaban su último aliento en el mismo instante.

Sheu-Kin contempló por algunos instantes con espanto el cuerpo de Pandaras, reducido á una informe masa de carne sangrienta, y se apresuró á seguir la malayo, que corría hacia el alcanforero á cuyo pie

había caído Hong, y al que vieron con gran sorpresa y júbilo en pie y sonriendo á Than-Kiú, que le vendaba el brazo derecho.

—¿Vivo?... ¿Estás vivo?—exclamaron.

—Tengo la piel dura, amigos; pero estaré inválido algún tiempo; ¿verdad, Than-Kiú? Pandaras se apresuró demasiado á disparar.

—¿Tienes el brazo herido?

—Por la bala de ese tunante; y precisamente el derecho, el más importante. No sé con qué clase de balas cargaba su mosquete ese bandido, pero debían ser muy duras para destrozarme de tal modo el brazo y derribarme. ¡Bah!—añadió, encogiéndose de hombros.—Más vale que haya sido á mí que á Than-Kiú, á quien apuntaba al pecho. ¿Qué fué del miserable? ¿Logró escapar?

—Ha perecido.

—¿Á vuestras manos?

—No; triturado por una monstruosa serpiente atigrada.

—¿Estáis bien seguros?

—Ha sido reducido á una masa informe.

—Quiero verlo; temo siempre que logre salvarse. Quiso, en efecto, echar á andar, pero la joven le detuvo y le dijo dulcemente:

—Me has salvado la vida, y ahora me toca á mí curarte; te prohíbo, pues, que cometas la menor imprudencia.

—Las piernas están fuertes; sólo se trata de un brazo roto.

—Que, mal curado, podría gangrenarse y obligarnos á cortártelo. Y *Flor de las Perlas* no se consolaría nunca de tener un marido manco.

—¡Ah, Than-Kiú!... ¡Repite esas palabras!

—¡Silencio!—ordenó sonriente la joven, llevándose el dedo á los labios.

—¿Me amas al fin?... ¿Me amas?... ¡Dimelo, *Flor de las Perlas*!

—Si lo sabes, ¿para qué quieres que te lo repita?

—¿Y Romero?...

—No me lo nombres, Hong—dijo melancólicamente.—Deja dormir esos recuerdos.

Tras brevisima pausa, esforzándose por sonreír, agregó:

—¡Basta! Soy la enfermera é impongo al enfermo silencio é inmovilidad.

—Un enfermo pronto á sanar desde que sabe que es amado.

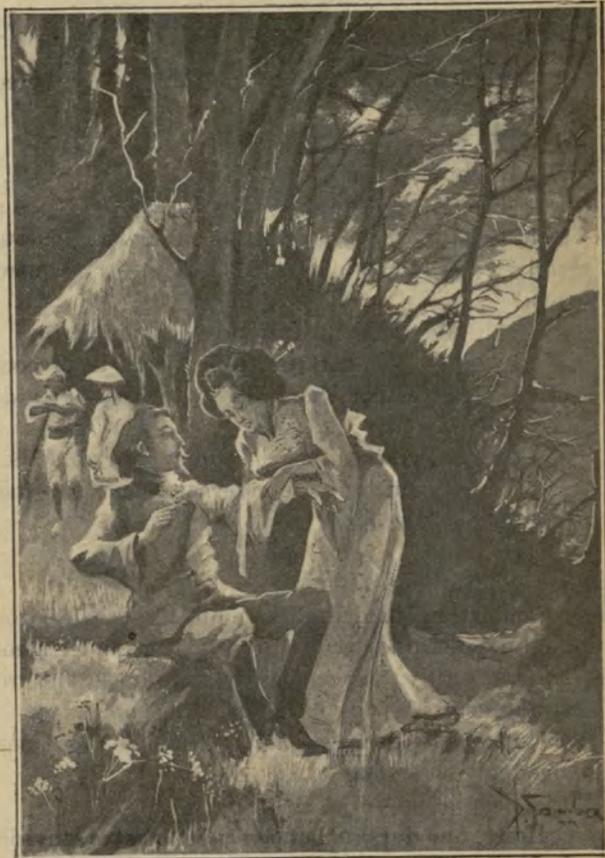
—Acabemos; voy á curarte.

—¿Y cómo, si falta todo lo necesario?... Fájalo bien y deja que se cure por sí solo.

—Y lo perderías. Déjame á mí. Entiendo de curar heridas y he curado á no pocos combatientes en el campo de la insurrección. Quédate aquí, guardado por Pram-Li, y aguarda á que yo vuelva.

Hizo seña á Sheu Kin y volvió hacia atrás por el sendero que siguieron para llegar allí, deteniéndose ante un grupo de bambúes altísimos y de distintos gruesos. De un sablazo cortó uno, grueso como el brazo de un hombre, y luego un pedazo de aquel tubo entre dos nudos, de unos veinte centímetros, y volvió á partirlo por la mitad.

—Esto se adaptará perfectamente al brazo de



...y sonriendo á Than-Kiú, que le vendaba el brazo derecho.

Hong—murmuró.—Y ahora, Sheu-Kin, súbete á aquel árbol y haz acopio de algodón.

El joven chino trepó lentamente por la planta indicada, hermoso árbol silvestre muy abundante en las selvas malayas y que, cultivado, produce notable cantidad de excelente algodón, muy usado por aquellos pobladores, y especialmente por los sumatranos. Recogida una buena cantidad de hebras, volvieron los dos al alcanforero.

—Dame tu brazo ahora, amigo—dijo la joven al herido.—Examinaré bien la herida y aplicaré mi aparato.

El chino tendió el brazo á la gentil enfermera, que con mano hábil desató el vendaje provisional colocado en los primeros momentos para contener

la hemorragia, y examinó con atención la herida. La bala, muy gruesa indudablemente, había penetrado algunos centímetros bajo el codo, dejando en la carne lacerada huella sangrienta, y rompiendo el hueso. Debía de ser la herida muy dolorosa, aunque Hong no parecía darle importancia, pues continuaba sonriendo. Además de su extremado valor, el jefe del *Lirio de Agua* tenía una voluntad de acero.

—¿No es nada, verdad?—preguntó.

—No es cosa tan leve como crees, pero espero que curarás perfectamente.

—Si pierdo el brazo, no me amarás... Prefiero morir.

—¿Te preocupa eso?

—Bastante, Than-Kiú.

—¡Loco!... Crees tú que *Flor de las Perlas* iba á recharar á un valiente como tú, que ha expuesto varias veces la vida por salvar á la mujer á] quien ama?

—¡Ah! Me quitas un gran peso de encima.

—Piensa solo en curarte, Hong, y [no te preocupes de otra cosa por] ahora. Te lo aconseja *Flor de las Perlas*.

—Gracias, gracias; vas á hacerme morir de júbilo.

—¡Chist! ¡Quieto; no te muevas! Sheu-Kin, ¿has preparado el algodón?

—Sí.

—Vamos, pues, á operar.

Con extremada delicadeza juntó los dos pedazos del hueso partido, vendó la herida con aquel algodón tan sutil y suave como la seda y luego encerró el brazo entre las dos medias cañas de bambú, como en un aparato hecho *ad hoc*, sujetándolo con más algodón y con lianas.

—Está hecho—dijo.

Hong, que durante la operación no había lanzado la menor queja, aun cuando el frío sudor de su frente indicaba cuánto padecía, miró dulcemente á su amada y exclamó:

—Gracias, *Flor de las Perlas*. Jamás lamentaré esta herida, aunque debiera costarme el brazo, puesto que á ella debo la esperanza de la realización de mis sueños de ventura. ¿Es verdad que has olvidado á Romero, Than-Kiú?

—Sí, Hong. Creía que mi pobre corazón no volvería á palpar por ningún otro hombre, y que mi amor no tornaría á florecer; pero veo que me equivoqué. Lo pasado se ha desvanecido poco á poco, como se desvanecen las fantasías de mis compatriotas los fumadores de opio. El sol ha vuelto á iluminar mi corazón, y me parece que una bruma espesa envuelve en mis recuerdos al hombre que amé y á la rival que odiaba. Aun veo alguna vez retratarse en mi ser la imagen de Romero, pero no turba ya la serenidad de mi alma; la contemplo indiferente,

y mi corazón no palpita más de prisa. Veo que la herida que hace ocho días sangraba aún, va cicatrizándose ahora.

—¿Y crees que no se abrirá de nuevo?

—No; jamás, Hong.

—¿Ni aun cuando te halles frente á frente de él?

—No, no: para entonces, el corazón de *Flor de las Perlas* pertenecerá por completo á su intrépido compatriota, al valiente que la amó mucho tiempo en silencio, al que la siguió espontáneamente á esta isla y expuso su vida por salvarla.

—Es que Romero también expuso la suya por ti.

—Cierto; pero amaba ya á otra, y tú me ofreces un corazón exento de todo otro amor.

—¿Me amas, pues? ¿No es el agradecimiento sólo el que...?

—Hong—interrumpió la joven, con cierto reproche;—Than-Kiú es sincera y leal.

—Perdóname, *Flor de las Perlas*; te amo tanto, que tengo miedo de todo, y me estremezco á la sola idea de que me concedas tu mano por agradecimiento ó por vengarte de Romero.

—No; te amo. Eres valiente, y creo que me haré feliz.

—¡Oh, sí! Cuando hayas pagado tu deuda con Romero y lo hayamos salvado, te llevaré á nuestro país, á orillas del río Amarillo, que tantas veces has recordado con nostalgia, y en tu casita de techo azul y paredes pintadas, á la sombra de la gran cúpula de piel de lagarto bajo la cual duermo eterno sueño el héroe de los mongoles, tu intrépido hermano, viviremos dichosos. Allá, besada por las auras patrias, lejos de los lugares en que has conocido y amado á Romero, concluirás por creer que todo ha sido una pesadilla, y tornarás á vivir venturosa y alegre.

—Sí, Hong; en el país del Sol lo olvidaré todo, para amar únicamente al hombre que me ha devuelto la vida y la tranquilidad.

—¡Ah, Than-Kiú!... ¡Vas á matarme de gozo!

—Más te vale vivir—dijo la joven con adorable sonrisa.

—Sí, sí; para hacer feliz á Than-Kiú, la más valiente y hermosa doncella del Celeste Imperio.

—¡Calla! Tienes necesidad de reposo. Acuéstate á la sombra de aquel árbol, y duerme tranquilo; tu prometida te vela.

—Te obedezco, adorada mía; de hoy más, Hong sólo cifra su ventura en ser tu esclavo.

CAPÍTULO II

EL ASALTO DE LAS PANTERAS

Than-Kiú y sus compañeros acamparon en la selva, en expectativa de la curación de Hong. Prácticamente

y Sheu-Kin, después de haber explorado los alrededores para asegurarse de que no había salvajes, construyeron una cabaña bajo la sombra de un árbol colosal, sirviéndose para ello de ramas gruesas, hojas de banano enormes, y cuantos materiales les brindaba el bosque; á la choza trasladaron al herido para preservarlo del excesivo calor reinante por el día y de la humedad de la noche, que suele ocasionar terribles fiebres.

En tanto que la joven velaba su sueño, los otros salieron en busca de provisiones, escalando los árboles para coger fruta y registrando los matorrales para apoderarse de nidos y de las salvajinas escondidas.

Los víveres, pues, abundaban en la cabaña; los cazadores volvían siempre con aromáticas bananas, con deliciosos frutos del mangostán, con enormes *duriones*, fruta de olor á ajo machacado, pero exquisita como la mejor crema, ó con sabrosos artocárpeos, gruesos como la cabeza de un hombre y que, asados, substituyen al pan. Tampoco dejaban de llevar babirusas, nidos de papagayos y faisanes, huevos hermosos, y alguna que otra vez una tortuga terrestre.

Doce días habían transcurrido en completa calma durante los cuales casi se había cicatrizado la herida de Hong y solidificádose el hueso roto, con gran satisfacción del herido, que sufría bastante con aquella inmovilidad forzada, cuando un acontecimiento inesperado vino á turbar la tranquilidad de los acampados en la selva.

Al acercarse Sheu-Kin á cierto lago pantanoso en busca de tortugas, vió ante sí un animal que le heló la sangre en las venas. Era corpulento, de metro y medio de largo y ochenta ó noventa centímetros de alto, cuello grande y recio, piernas cortas y musculosas, cabeza pequeña y de aspecto feroz, cola de cerca de un metro, piel negra luciente con manchas de un negro más opaco: era una pantera negra; fiera que goza de triste celebridad por lo feroz y voraz.

Aunque era valiente, como se ha visto, tuvo miedo al hallarse de improviso tan cerca de aquel formidable adversario; tanto más, cuanto que iba armado solamente con el sable, pues hasta entonces no habían visto por allí fiera alguna. No huyó. Aguardó á pie firme, mirando con fijeza á la bestia; desnudó el *kampilang*, dispuesto á vender cara su vida, y permaneció inmóvil, mientras la pantera le miraba también con sus ojos verdosos y fosfóricos sin moverse. Hombre y fiera se estuvieron examinando durante varios minutos, y por fin la última alejóse lentamente y volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar al primero.

Cuando desapareció de su vista, el mísero chino se enjugó el frío sudor que bañaba su frente, y es-

capó como alma que lleva el diablo á través de la selva para reunirse con sus compañeros. Habría recorrido unos trescientos pasos cuando oyó el crujido de hojas secas y ramas tras de sí; creyó al principio que sería algún babiruso asustado; pero, al ver que el ruido continuaba, volvióse, se ocultó tras el tronco de un sagú, y empuñó con desesperada resolución el *kampilang*.

La noche se acercaba con rapidez; pero, como no era muy espesa aquella parte de la selva, pudo distinguir á unos cincuenta metros un animal corpulento. Volvió á inundarse su frente de sudor, miró tras sí y resolvió cortar el paso á la pantera negra si continuaba avanzando. Porque no se había engañado; era la misma fiera que encontró en el pantano, la cual avanzaba hacia él, deteniéndose á unos cincuenta pasos. Y no iba sola, sino acompañada de otra pantera de igual tamaño, pero de piel amarillenta, manchas pardas, y blancas las extremidades de las patas.

—Si me siguen—pensó,—es que esas bestias han contado con mi cuerpo para cenar. Así, pues, hay que tratar de ponerse fuera del alcance de sus garras y dientes. Si consigo verme en la cabaña, podré considerarme afortunado.

Las dos panteras se habían detenido, imitando al chino; la parda, que los malayos llaman *harimantintang*, se echó en el suelo, sin apartar sus ojos fosforescentes del hombre, en tanto que la negra, de pie, azotábale los flancos con la cola, como impaciente. Transcurrieron otros dos minutos sin que ninguno de los tres se moviera de su sitio; por fin, el hombre, algo tranquilizado al ver la pasividad de las fieras, se resolvió á continuar la retirada, seguro de no estar muy lejos del campamento.

Espió el momento en que menos atentamente parecía ser vigilado, y abandonó el árbol protector deslizándose en un matorral, con la esperanza de burlar á las panteras; pero muy en breve se convenció de que le seguían de nuevo. Las tinieblas eran espesísimas; apretó el paso, sin separarse de los árboles corpulentos, que podían brindarle un escudo llegada la ocasión, y en cuanto se halló cerca de la cabaña corrió dando voces de alarma.

La joven y el malayo, que preparaba la cena, salieron á los gritos, temiendo que fuese el chino perseguido por alguna partida de igorrotos.

—¿Qué ocurre?—le gritaron al percibir su palidez intensa y la alteración de sus facciones.

—Las panteras—repuso con voz trémula.—¡Pronto, preparad los fusiles! Me siguen.

Pram-Li entró en la cabaña de un salto, y salió en seguida con las tres carabinas.

—¿Dónle están esas panteras?—preguntó la joven, que no veía nada.

—Me han seguido dos kilómetros á la distancia de cincuenta pasos; hace medio minuto me seguían todavía

—No veo nada.

—Yo tampoco las veo—añadió el malayo.

—Os digo que me han seguido hasta aquí.

—¿Cuántas eran?

—Dos.

—¿Y no te han atacado?

—No; pero no me han dejado un instante.

—¿Quién habla de panteras?—dijo una voz, la de Hong, quien al ver al malayo salir afuera con las carabinas se había incorporado, no queriendo permanecer inactivo en caso de peligro, aunque imposibilitado de hacer uso del brazo derecho.

—Parece que estamos espiados por dos panteras que han seguido á Sheu-Kin hasta ahí cerca.

—¡Mala vecindad, amigos! Son más peligrosas que los tigres. ¿Y eran dos?

—Sí, Hong; una negra y otra parda.

—¡Imposible!—afirmó Than-Kiú.—Ó serían las dos negras, ó amarillentas las dos.

—No; Sheu-Kin no puede haberse engañado. Las panteras negras no forman una verdadera especie, sino casos de cruce, y suelen verse aparejadas con alguna parda. Sea lo que fuere, tan temibles son las unas como las otras, pues no temen al hombre ni aun armado. Hay que estar muy en guardia.

—¿Crees que se habrán escondido en estos alrededores, Hong?

—Sí; buscando el momento propicio para asaltarlos. ¿No te parece, Pram-Li?

—Así lo creo; son pacientes y astutas y no desperdiciarán la ocasión de apoderarse de alguno de nosotros.

—Si las tinieblas no fuesen tan espesas, podríamos obligarles á huir; pero con esta obscuridad es imposible intentar nada—dijo Than-Kiú.

—Podríamos tenderles un lazo—dijo el malayo.

—¿Y cómo?

—Si han visto la cabaña, estoy seguro de que dentro de un par de horas vendrán á rondarla para tratar de introducirse en ella, pues son audaces en extremo. En vez de dormir, pongámonos en acecho y larguémosles una buena descarga.

—¿Y dónde nos hemos de esconder?

—Hagamos un agujero y metámonos en él, cubriendo la boca con gruesas ramas, y aguardemos.

—Pero ¿acudirán?...

—Conozco un medio infalible que las atraerá.

—Entonces, manos á la obra. Dentro de una hora saldrá la Luna y podréis hacer fuego, con la certeza de no marrar.

—Ayúdame, Sheu-Kin; la obra será larga, porque carecemos de picos y azadones.

Escogieron un lugar á cincuenta pasos de la cabaña, entre dos arecas, que con sus desmesuradas hojas proyectaban espesa sombra en el suelo, y se pusieron con los sables á excavar, logrando, tras una hora larga y con la ayuda de Than-Kiú, abrir un hoyo capaz de contener dos hombres. Pram-Li, después de dar sus instrucciones á Sheu-Kin, metióse en el agujero con la joven, que era la mejor tiradora de los tres, rivalizando con el mismo Hong.

El joven chino se apresuró á cubrirles con ramas de árboles muy gruesas, previamente preparadas y dispuestas para preservarlos contra un ataque repentino de las fieras, y cerca del hoyo, sobre un montón de ramas secas, echó una buena cantidad de grasa de tortuga.

—Este olor bastará para atraerlas muy en breve. Vosotros encerraos en la cabaña y no salgáis mientras no oigáis que pedimos socorro. No hay que cometer la menor imprudencia con esos animalitos.

—¿Y yo tengo que permanecer en actitud pasiva?—exclamó Hong melancólicamente.

—Ya tendrás ocasión de desquitarte, mi pobre amigo.

—Así lo espero. ¡Buenas noches, amada mía, y que Budda te proteja!

Los dos chinos volvieron á la cabaña, cerrando tras ellos la puerta con gran cuidado y atrancándola mientras el malayo y la joven, en la fosa, acechaban la selva, con el dedo en el gatillo de las carabinas.

Á la charla ensordecedora de los papagayos y á los gritos discordes de los monos había sucedido profundo silencio; sólo, de vez en cuando, el caer de algún fruto maduro ó de alguna rama seca sobre las hojas hacían estremecerse á los cazadores en acecho.

Muy en breve, extraños y misteriosos rumores rompieron bruscamente el pavoroso silencio. Oíanse suspiros ahogados, cual si vagase por la selva algún ánima en pena; crujidos bruscos de hojas y ramas; silbidos estridentes y aullidos de terror. Luego volvía á restablecerse la calma por pocos minutos, á oírse los crujidos, como si alguien se abriese paso á la fuerza por entre espesos matorrales; este rumor era el que predominaba, escuchándose también el batir de alas y algún maullido de gato montés.

El malayo y la joven, arrodillados uno junto á otro, con el rostro protegido por las ramas que cubrían la boca, y sin poder cambiar de postura, acechaban con ansiedad los alrededores. Parecía que, no obstante el olor de la grasa de tortuga quemada, las dos fieras no tenían prisa por mostrarse. De pronto, el oído agudísimo del malayo percibió un rumor ahogado que parecía llegar de la cabaña.

—Ya llegan—murmuró.

—¿Las panteras?

—Sí.

—No oigo nada.

—Las *hariman* no tienen la voz fuerte como los tigres, y á treinta pasos no se les oye.

—¿Las ves?

—Todavía no.

—¿Asaltarán primero la cabaña?

—El olor de la grasa quemada las hará venir; no temas. Te recomiendo que no dis pares sino sobre seguro, pues si erramos los tiros se arrojarán furiosas sobre nosotros y harán todo lo posible por remover las ramas y agarrarnos.

—¿Son, pues, muy terribles las panteras?

—Son más audaces y animosas que los tigres... Casi nunca huyen, y menos si se las amenaza. En Java he asistido muchas veces á las luchas que los rajás hacen sostener á sus lanceros con las panteras para aguerriros, y vi muchas de ellas atacar denodadamente una vez y otra á doscientos hombres armados. Tienen el salto más rápido y poderoso que los tigres, y por eso son más peligrosas... ¡Chist!... ¿Oyes?...

Una nota breve, baja, que parecía un mugido, llegó á ellos de la parte de la cabaña. Than-Kiú volvió el rostro, encajándolo en una de las aberturas para mirar atentamente en aquella dirección. La sombra proyectada por las desmesuradas hojas de los árboles les impedía distinguir nada á pocos pasos. La Luna no había aparecido todavía.

—Con esta obscuridad no será fácil herirlas.

—Descuida; se acercarán. ¿Has oído romper una rama?

—Sí.

—Se aproximan.

—Estoy dispuesto á recibirlas.

—¡Calla!... ¡Otra rama rota!...

—Y las hojas se agitan ante nosotros.

—¿Se prepararán á asaltarnos por dos partes á la vez?—murmuró con inquietud el malayo.

—No importa, Pram Li; ocúpate tú de la que se ha oído por cerca de la cabaña, y yo me ocuparé de la otra.

Otro grito gutural resonó más cerca; luego vieron una masa que salía de un matorral, á treinta ó cuarenta pasos. El malayo se estremeció:

—¡La pantera negra!...

—La veo perfectamente, y la estoy apuntando.

—¿Ves la otra?

—Todavía no.

—Preocupémonos, pues, de ésta por lo pronto.

El animal hablase detenido junto al matorral, con el cual se confundía; pero se veían brillar sus ojos verdes, fijos en las ramas y hojas que cubrían el hoyo abierto por los aventureros. Sin duda la fiera había olido la carne humana, y trataba de distin-

guirla para atacar. La joven pasó por entre las ramas el cañón de la carabina, procurando no hacer ruido, y apuntaba á la pantera, tratando de sujetar sus nervios.

Iba á disparar, cuando sintió caer una masa pesada sobre las ramas que cubrían la boca del hoyo. Pram-Li la obligó á agacharse, dando un grito.

—¿Qué es eso?

—Que ha caído sobre nosotros la pantera parda. ¡No te incorpores, ó estás perdida!

En efecto, la *hariman-bintang* había saltado sobre ellos, creyendo apoderarse fácilmente y por sorpresa de los acechantes, pero hallóse con aquel enrejado de troncos y ramas que le impedían el paso. Furiosa por haber fracasado en su intento, metió las garras para coger la cabeza de los cazadores, y, al verse otra vez engañada, comenzó á remover el obstáculo con furor creciente.

En aquel instante llegó una detonación de la parte de la cabaña; pero la pantera prosiguió impávida su tarea. Pram-Li y Than-Kiú no perdieron la serenidad. Pasado el primer instante de terror, apuntaron á lo alto. El animal cogió uno de los cañones con los dientes, tratando de romperlo, y los dos tiros partieron casi simultáneos, destrozándole la cabeza y haciéndola caer ante el hoyo.

—¿Está muerta?—gritaron Hong y Sheu Kin.

La joven apartó algunas ramas y miró al sitio en que había quedado la pantera negra, la cual, asustada quizá por las detonaciones y la muerte de su compañera, no se dejaba ver.

—¿Habra huído?

—Creo que no volverá á importunarnos más... Salgamos de aquí.

Apartaron las ramas, y auxiliándose mutuamente salieron del hoyo, encontrándose á Hong y Sheu-Kin que acudían en su ayuda.

CAPÍTULO III

LA PANTERA NEGRA

La parda estaba bien muerta; una bala le entró por la boca y le destrozó el cráneo; la otra le hirió una pata y le penetró en el pecho. Era un espléndido animal, de treinta á treinta y cinco kilogramos de peso, y pelaje sedoso y brillante; dotado de potentes uñas de cinco á seis centímetros de largas.

Hong, una vez convencido de su muerte, la arrastró, cogiéndola por la cola, hacia la cabaña para desollarla y ofrecer su piel, cual muelle alfombra magnífica, á su prometida.

—¿Crees que pasaremos la noche tranquilos?—preguntó á Pram-Li.

—Creo que no se atreverá á atacarnos; pues, aunque son muy audaces, se habrá dado cuenta de que no somos hombres de dejarnos devorar como pollos ó monos inofensivos.

—Apoya la cabeza en esta almohada,—dijo Hong á su novia, indicándole el cadáver de la pantera.—Estarás más cómoda que sobre las hojas.

—La aprovecharé; es una almohada que me ha costado no poca fatiga y emoción.

—Te creo; son animales temibles, y estoy seguro de que ninguna mujer se hubiera atrevido á arrostrar una lucha con semejante fiera. Te lo afirmo; y éste es el mejor elogio que puede hacerse de tu valor. ¡Eres digna hermana del héroe mongólico!

Cerraron la puerta atrancándola, examinaron las paredes para ver si las ramas estaban bien unidas, y se echaron sobre sus lechos de hojas, poniendo al alcance de sus manos carabinas y sables. Llevarían descansando un par de horas cuando el malayo, que dormía siempre con un ojo abierto, como suele decirse, se despertó al oír un gruñido que parecía bajar del techo.

Sorprendido en alto grado, se sentó y abrió los oídos, escuchando un ruido como si alguien arañase el techo de la cabaña.

—¿Qué puede ser eso?... ¡Como no haya saltado algún mono!...

Escuchó unos momentos más, pero el ruido había cesado.

—¡Bah! Indudablemente se trata de algún mono.

Cerró los ojos, disponiéndose á reanudar su sueño; pero, á vueltas con el suceso que lo despertara, se le ocurrió la idea de que podía ser la pantera negra ó algún gato de algalia, animales ágiles que pueden trepar casi sin ruido á los árboles más altos.

La alarma le impidió dormir, lo que fué gran suerte, pues no tardó en cerciorarse de que alguien trataba de apartar las ramas del techo como para abrirse paso. Se levantó, y con el cañón de la carabina tocó arriba para asustar al que seguía creyendo era un mono. El ruido cesó, y le pareció oír que saltaban al suelo, haciendo crujir las hojas del matorral próximo á la cabaña.

—Se fué. ¡Vaya una idea, venir á dormir sobre nuestro techo!

Volvió á acostarse, y esta vez se quedó dormido. ¿Cuánto duró su sueño? No hubiera podido decirlo. Despertóle un grito de Sheu-Kin, que se había incorporado. Abrió los ojos, y su mirada se encontró con otros ojos que brillaban como dos puntos fosforescentes en un ángulo de la cabaña.

—¡Por Alá!—exclamó con voz entrecortada.

—¡La pantera!—gritó el chino.—¡Está abriendo-se paso por la pared!... ¡Hong, Than-Kiú... alerta!... Levantaos!...

Los dos novios se despertaron sobresaltados á los gritos de sus compañeros; levantáronse aturdidos, buscando las armas y empuñando los *kampilangs*, que fué lo primero que hallaron, y que, por otra parte, eran las armas más á propósito para usarlas en aquel recinto estrecho.

—¡Aquí!... ¡En este ángulo!—gritaron Sheu-Kin y el malayo.

Los cuatro se refugiaron en un rincón de la cabaña, con las espaldas apoyadas en la pared y los sables en las manos. La fiera, en tanto, había logrado meter la cabeza por la abertura, y con las patas procuraba abrir paso al cuerpo.

—No os mováis, amigos—ordenó Hong, que empuñaba el *kampilang* con la mano izquierda.

—¡Y no tenemos las carabinas!...

—Con esta obscuridad poco adelantáramos teniéndolas; quizá nos hiriésemos unos á otros. Estad atentos y dirigid los sablazos á la cabeza.

La pantera negra, haciendo un esfuerzo supremo, entró en la choza; pero, lejos de lanzarse sobre sus codiciadas presas, se agachó en un rincón. Acaso la vista de aquellos aceros la hizo prudente; quizá esperaba sorprenderles dormidos, y, al hallarlos despiertos y prontos á la defensa, se desanimó sin duda.

Hong y sus compañeros, estrechamente unidos y con los sables levantados, no perdían de vista los ojos fosforescentes de la fiera, cuyo cuerpo se perdía en las tinieblas. Transcurrieron algunos instantes, largos como horas para los desdichados, sin que el animal se resolviera á moverse; los miraba y gruñía sordamente, pero sin avanzar. Tal vez la angustia era igual por ambas partes.

—Esto no puede seguir así; y si la pantera no se decide á acercarse, tendremos que acercarnos nosotros á matarla. Parece que tiene más miedo que nosotros.

—Puede ser; pero no se va, Hong.

—Quizá porque para salir tendría que volverse de espaldas, y tendrá miedo de que nos aprovechemos para caer sobre ella. Es más astuta de lo que parece.

—¿Y qué hacemos?—exclamó la joven.—No podemos aguardar al alba en esta posición.

—Pram-Li, mira si con el pie hallas una carabina; pero sé prudente, porque un movimiento de parte nuestra puede provocar el ataque.

El malayo alargó una pierna; pero la fiera desconfió de aquel movimiento y lanzó un gruñido de amenaza, achicándose los dos puntos luminosos, como si el animal se recogiese para dar el salto. Pram-Li, asustado, volvió á su inmovilidad.

—Es imposible; nos atacaría en seguida—murmuró.

—Pues bien, salgamos al campo de una vez—exclamó el jefe del *Lirio de Agua*, cortando de un vi-

goroso sablazo las ramas y hojas de la pared, y saliendo por aquella abertura seguido de sus compañeros.

La pantera no se movió, permaneciendo en el interior; pero sus broncos gruñidos anunciaban que á la inquietud sucedía en ella la rabia.

Temiendo que los persiguiera, se apresuraron á correr hasta refugiarse tras el tronco de un sagú.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡No nos ha seguido!... ¿Apostamos á que tiene más miedo que nosotros?... Comienzo á creerlo.

—También lo creo yo; quizá sospeche que ha caído en alguna trampa.

—O que la aguardamos escondidos á los lados de las aberturas para matarla cuando salga.

—Lo siento por nuestras provisiones, que eran abundantes, y que esa bestia devorará.

—¡Calle! Tienes razón, Pram-Li; no había caído en ello... ¡Ah, canalla, que nos saquea la despensa!... Comprendo el dolor de Pram-Li, que tanto se preocupa de los víveres.

—Sí, burlón; lo lamento, porque la carne de la pantera es demasiado tosca para que pudiera servirnos de compensación.

—¡Alerta! La pantera va á salir—advirtió Than-Kiú.

—No nos separaremos un instante; el que huya, es hombre muerto.

La fiera había devorado cuanto halló en la choza, y estaba harta, preparándose á salir para volver á su cubil; pero, al ver el grupo de sus adversarios, se apresuró á retroceder, lanzando un sordo rugido. Como no tenía ya hambre, hizose más prudente; su único deseo era irse á hacer una digestión tranquila.

Al contemplar su irresolución, cobraron ánimos nuestros amigos, y pensaron en hacerle pagar caro el saqueo de su despensa.

—¡Que pague su escote con la piel, ya que su carne no es comestible!—dijo Hong.

—Es un escote algo caro—observó Than-Kiú.—Somos peores que los antropófagos.

—Peores ó mejores, vamos á decapitar á esa ladrona. Coloquémonos á ambos lados de las dos aberturas con los sables levantados, y, en cuanto asome la cabeza, ¡duro en ella!... Than-Kiú y yo nos pondremos en la más estrecha, y vosotros en la otra.

—Vamos—dijeron Sheu-Kin y el malayo.

—Tratad de que no salga antes de descargar los golpes.

—No tengas cuidado, Hong.

Escucharon un instante, y, no oyendo rumor alguno, se dividieron las parejas para ocupar cada cual su puesto junto á las paredes exteriores de la cabaña, en acecho á los lados de ambas aberturas.

La pantera, á pesar de sus hábitos batalladores, no se había movido, considerándose quizá más segura en la caseta que fuera. Se la oía gruñir y arañar las paredes como si intentase abrir una nueva salida, en tanto que las dos parejas humanas aguardaban, sable en mano, que apareciese. Pasaron algunos minutos de angustiosa expectación.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿No se decidirá á salir de una vez? La cabaña es nuestra, y, si no se apresura á desalojarla, la obligaremos, aunque tengamos que ahumarla.

—Ya me parece que va á salir, Hong.

Encorvóse el jefe del *Lirio de Agua*, miró por entre las ramas, y sus miradas se cruzaron con las de la fiera. Introdujo rápidamente su sable y tiró violenta estocada al enemigo, que lanzó un rugido ronco y se precipitó contra la pared, dando un zarpazo con el que destrozó varias ramas é imprimió violenta sacudida á toda la cabaña.

—¡Alerta, Than-Kiú!

En aquel instante, la fiera, con el pelo erizado y la boca ensangrentada, salió precipitadamente, recibiendo dos formidables sablazos en el lomo; pero no se detuvo y escapó hacia los árboles. En un momento se la vió caer, levantarse, caer de nuevo y revolcarse furiosa sobre la hierba y las hojas.

—¡Acudid!... ¡Es nuestra!—gritó el chino, penetrando de un salto en la cabaña y sacando dos carabinas.

Sheu-Kin y el malayo acudian con los sables, y al ver á Hong con las carabinas las cogieron, lanzándose contra la pantera, que continuaba revolcándose, y que, viendo llegar á sus adversarios, reunió sus últimas fuerzas para saltar sobre ellos; pero, gravemente herida, no se hallaba en condiciones de continuar la lucha. Entonces comenzó á arrastrarse por el suelo, tratando de acercarse. Era ya tarde; sonaron dos detonaciones, y la pantera negra cayó como herida del rayo.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Tendría el diablo en el cuerpo esta condenada?... Veamos si por fin está bien muerta.

—Sí lo está; y en estado tan deplorable, que no puede pagar lo que se ha tragado ni siquiera con el pellejo—dijo Sheu-Kin, que se había aproximado á la fiera y la examinaba.—Tiene la cabeza destrozada por nuestras balas, y el cuerpo horriblemente abierto por los sablazos.

—¡Bah! Ya pagó el escote con su vida, y podemos estar satisfechos de haber logrado desembarazarnos de esa ladrona, que se hubiera engullido á cualquiera de nosotros como un bisteck. ¡Vaya! ¡Á ver si ahora nos dejan terminar tranquilamente la noche!...

CAPÍTULO IV

LOS IGORROTOS DE MINDANAO

Quince días después de esta aventura, los chinos y el malayo abandonaron la cabaña para intentar acercarse al lago de Butuán y salvar á Romero y á su novia.

Hong estaba casi curado y podía hacer uso con las debidas precauciones de su brazo derecho sin experimentar el menor dolor, gracias al cuidado eficaz de su gentil enfermera. Pram-Li y Sheu-Kin habían acopiado provisiones, consistentes en carne seca de tortuga y unos diez kilogramos de sagú para hacer pan, con las cuales podrían alimentarse dos semanas. Para transportarlas más fácilmente, habíanse construído dos mochilas con pieles de monos y algodón.

Con las dos pieles de pantera había hecho Sheu-Kin una espléndida manta, que ponía á la joven al abrigo de la humedad y el frío de la noche y le proporcionaba al mismo tiempo lecho. Repartieron las municiones, que alcanzaban en total á unos doscientos cartuchos; pusieron en marcha á través de la selva hacia el Este, para llegar cuanto antes á la orilla del Bacat, río que, como se sabe, desemboca en el lago de Butuán.

La selva parecía interminable. Por fortuna, cada vez era menos espesa, dejándoles, entre tupidos matorrales y bosquecillos, veredas sombrías. Abundaban por todas partes bananos, sagúes, arecas, beteles, ébanos verdes, mangos, tek y palmeras de toda especie, alcanforeros y todas las demás especies de árboles gigantescos ya mencionados en anteriores capítulos, rodeados y abrazados por cálamos y nipas, extrañas plantas éstas cuyas hojas, en forma de vasos que se cierran á la salida del sol y se abren á la puesta de ese astro, destilan durante la noche cierta cantidad de agua potable, á veces hasta medio litro.

En medio de aquel magnífico mundo vegetal, espléndidas aves daban armonioso concierto, desentonando con sus gritos estúpidos y desacordes los cuadrumanos que saltaban de árbol en árbol ágilmente para apoderarse de los exquisitos mangostanes y demás frutos, y que, al ver á los viajeros, les lanzaban feroces aullidos.

La primera jornada transcurrió sin incidentes, y la noche sin alarmas, á excepción de la causada por un disparo de Sheu-Kin, algo después de media noche, contra un animal corpulento que se acercaba al campamento, pero que no volvió.

Al día siguiente continuaron la marcha, y al quinto decidieron reposar durante veinticuatro horas seguidas, tanto más cuanto que las provisiones, por

efecto de la humedad de la noche, se habían echado á perder. Construyeron una tienda en un claro, y, mientras Than-Kiú y Sheu-Kin preparaban la cena, Hong y Pram-Li se fueron de caza.

Faltaban dos horas solamente para la puesta del sol, y los cazadores no habían logrado cobrar pieza. Durante su larga expedición habían tenido que matar un *matjang tionghock*, animal muy parecido al tigre, de poco más de medio metro de largo, de pelo fino, suave, amarillento con manchas castaño-oscuras y gran destructor de volátiles. De pronto, al apartar el malayo con precaución las hojas de un matorral para penetrar en él, vió en la semiobscuridad un bulto sospechoso que le hizo retroceder.

—¡Oh, oh!—murmuró;—creo que hay algún gran animal montés ahí.

—¿Alguna fiera?

—No puedo decirlo; pero me parece más un gran mono que un cuadrúpedo.

—Si se trata de un mono, dejémosle en paz. Ya sabes que á Tan-Kiú no le gusta mucho esa clase de carne.

—Tal vez me engañe. ¡Si fuese una babirusa!...

—Me alegraría en el alma. ¡Hace tanto tiempo que deseo probar esa carne, que dicen es tan exquisita!...

—Deliciosa—afirmó Pram-Li espiando por entre las ramas.—Pero... ¡calle! ¿Dónde se habrá escondido ese animal? No le veo por ninguna parte.

—Sin embargo, no debe de haber salido del matorral... Mira; se agitan aquellos sarmientos.

—Es verdad.

—Cacémoslo. Tú haz fuego en esa dirección y yo estaré preparado, y si sale...

Partió el tiro é inmediatamente oyóse un grito que no parecía de animal, sino de persona.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Has oído, Pram-Li?

—Sí—repuso el malayo, cuyo rostro habíase tornado gris, que es la manera de palidecer que tiene esa raza.—¿Habré matado á algún pobre habitante de la selva?

—Me lo temo. No se oye nada.

—Vamos á verlo, Hong.

Abriéronse paso, y entre aquellos vegetales hallaron, con gran estupefacción, tendido en el suelo un hominico de un metro á lo más de estatura, salvaje, de piel amulatada, casi negra, con los miembros muy delgados y abultadísimo el vientre. Aquel pobre diablo, que Pram-Li confundió con una babirusa ó nu cuadrumano, al ver aparecer á los dos cazadores saltó con agilidad sorprendente, tratando de huir. Hong lo detuvo, cogiéndole el brazo.

Lo examinaron cuidadosamente, sin hallar en él traza de herida alguna.

—Se ha tirado de miedo al suelo—dijo riendo el malayo.

—Así lo creo; tal vez nos ha tomado por cazadores de cabezas. ¿Qué crees que sea, Pram-Li?

—Pues sencillamente un igorroto.

No se engañaba el malayo; las facciones de aquel salvaje, que, ya tranquilizado, no trataba de huir, eran las de un igorroto: el cabello lanudo, la nariz corta y ancha, boca grande, labios gruesos, pero sin ser hinchados como los de los negros, ojos horizontales de pupila amarillenta y expresión vivaz, y curvas espaldas. Iba casi desnudo, sin más que un taparrabos de un palmo de ancho, hecho de fibras vegetales, y llevaba la piel plagada de tatuajes, ó, mejor dicho, de largas cicatrices que se hacen alzando la piel con los dedos y practicándose incisiones con una punta aguda. Llevaba ligas de piel de jabalí sobre las desnudas piernas, adorno y distintivo que aquellas tribus otorgan al cazador más valiente.

Esta raza de negros no se halla sólo en la isla de Luzón, sino esparcida por varias de las Filipinas, sobre todo en Mindanao y Borneo, y son los mismos que viven en la península de Malaca y en las islas indostánicas de Andamane y Nicobar; y, lo que es más sorprendente, en el África meridional, donde forman la tribu de los *Bushmen*, y en el centro del continente negro, donde constituyen el pueblo de los pigmeos. Cómo han podido extenderse tanto los que en las Filipinas se llaman igorrotos, y que son los más próximos parientes del mono, se ignora.

El caído en manos de los dos cazadores había cobrado ánimos al ver que no intentaban maltratarlo, y trató de entablar conversación en una lengua absolutamente incomprensible. Pram-Li probó á interrogarle en malayo y mindanés, y el igorroto sonrió con viva satisfacción meneando la cabeza, como para asegurarse de que no se la habían cortado.

—Me parece que con un poco de paciencia llegaremos á entendernos—dijo á Hong el malayo.

—Lo deseo; si logramos conquistarnos su amistad, creo que ganaremos mucho.

Entre el salvaje y Pram-Li entablóse, no sin trabajo, el siguiente diálogo:

—¿Está lejos tu tribu?

—No; en medio de la selva.

—¿Es numerosa?

—Quince familias acampan en los árboles.

—¡Ah! ¿Es un pueblo aéreo?

—Sí.

—¿Qué buscabas por aquí?... ¿Salvajina?

—No; los espías del *bagani* Matutu.

—¿Quién es ese *bagani*?

—Un despiadado cazador de cabezas que posee algunos centenares de mandayas, de bisayos y...

—¿Son tribus de negros ésas?

—Sí.

—¿Á cual perteneces tú?

—Á la de los mandayas.

—¿Y qué quiere ese *bagani*?

—Destruir mi tribu; lo ha jurado.

—¿Para qué? ¿Por qué causa?

—Para adornar su cabaña con nuestras cabezas.

—¡Ah, bribón!... Afortunadamente, estaremos á tu lado cuando vayas á saltar tu tribu.

—¿Vendréis á defenderme? exclamó el salvaje con la mirada brillante.

—¡Ya lo creo!...

—¿Con las armas que truenan?...

—Y con nuestros excelentes *kampilangs*.

—¿Y salvaréis á mi Lagayán?

—¿Quién es tu Lagayán?

—La mujer á quien amo, y que hoy hubiera sido mía á no ser por la alarma causada por uno de los nuestros.

—Salvaremos también á tu Lagayán, pero á condición de que tu tribu nos considere y nos reciba como amigos.

—Lo sois ya de todos los mandayas.

—¿Cuándo calculas que os asaltará ese bandido de *bagani*?

—Esta noche.

—Entonces, no hay tiempo que perder.

Enteró á Hong de lo que habían tratado, aconsejándole que aceptase el ayudar á la tribu contra los feroces cazadores de cabezas, en gracia á lo que podría aprovecharles la amistad de aquellos indigenas.

—Si sólo se trata de eso—repuso el chino,—vamos á fusilar á ese señor *bagani* y á sus compañeros. Quizá los mandayas, agradecidos, puedan facilitarnos la más breve llegada al lago. Apresurémonos á volver al campamento para ir luego al pueblo aéreo.

Salieron del matorral, cogiendo el salvaje una lanza de madera con la punta endurecida al fuego, única arma que poseía, y se dirigieron rápidamente al campamento; informaron á Tan-Kiú y Sheu-Kin de lo ocurrido, y se convino en socorrer á los igorrotos.

—Es una buena acción—dijo la joven.—Estos pobres salvajes nos lo agradecerán.

Devoraron la cena en pocos minutos, y casi á la puesta del sol se encaminaron hacia la tribu, guiados por el igorroto, que avanzaba con muchas precauciones, sintiendo por instinto la vecindad del enemigo. Pero parecía que los cazadores de cabezas no habían llegado por allá. Hacía una hora que caminaban, siempre cautelosamente, cuando el salvaje señaló al malayo algunos puntos luminosos que brillaban á gran altura del suelo.

—¿Es ése tu pueblo?

—Sí. El *bagani* no ha llegado aún.

—Tanto mejor. Le prepararemos el recibimiento que se merece.

Apretaron el paso, no teniendo ya nada que temer, y poco después llegaron á un bosquillo aislado, formado por quince ó veinte altos árboles, en las copas de los cuales se distinguía confusamente una inmensa plataforma que sostenía media docena de tejados en círculo. Entre las hogueras encendidas acá y allá, destacando sus luces rojas, veíanse sombras humanas.

—Admiro el ingenio de estos salvajes—exclamó Hong, contemplando el pueblo aéreo.

—Pero, ni aun así, están á cubierto de los ataques de sus enemigos.

—Pues parece que, viviendo en esa forma, no tuviesen que temer ataques—observó la joven.

—Es que no son tan tontos para asaltarles; talan é incendian, haciendo caer de una vez las cabañas y sus habitantes. Y cómo no sabrían qué hacer de estos negritos, se llevan sus cabezas para adornar la villa.

—¡Canallas!

En tanto, el salvaje había trepado por una alta caña de bambú, con incisiones hechas para apoyar los pies, y llegado á la plataforma para comunicar al jefe de la tribu la llegada de los extranjeros. Su ausencia no fué larga; en breve bajó con rapidez, y acercándose radiante de júbilo al malayo, dijo:

—El jefe me encarga os dé la bienvenida y que os diga que toda la tribu estará á vuestras órdenes.

—Está bien—observó Hong, en cuanto le tradujo Pram-Li el mensaje.—Pero, me pregunto, cómo vamos á hacer para subir á esa plataforma. Acaso para ti no sea difícil; pero para nosotros tres, que no somos marineros ni poseemos la habilidad de esos hombrecillos...

Probablemente le comprendió el salvaje, porque sonrió, mostrándoles una especie de espuerta que en aquel instante bajaba desde la plataforma por medio de cuerdas hechas con fibras vegetales, acaso de *rotang*, trenzadas. Sheu-Kin fué el primero que se metió dentro, izándolo en seguida; luego subieron en la misma forma los otros dos chinos, en tanto que el malayo trepaba ágilmente por el bambú.

Aquel extraño pueblo, situado á doce metros del suelo, parecía más obra de doctos ingenieros que de míseros salvajes, por lo sólido de la construcción. Componíase de una inmensa plataforma de bambú apoyada en las ramas de los árboles y de modo que no hubiese el menor riesgo de hundimiento; una docena de cabañas, una para cada familia, alzábanse en círculo, dejando en el centro una plazuela donde ardía un buen fuego. Era el hogar de toda la tribu, encendido sobre un lecho de piedra.

Unos cuarenta hombres, treinta mujeres y dos docenas de chiquillos formaban la población, bajo

el mando de un anciano de barba y cabellos blancos, de baja estatura como sus súbditos y que llevaba por único distintivo un collar de conchas blancas y dientes de pantera. Debía de haber sido el más intrépido de todos, pues su cuerpo estaba lleno de cicatrices de heridas hechas con *bolos* y *kampilangs*.

Apenas llegaron los extranjeros acudió solícito á su encuentro, y al ver á Than-Kiú la cogió de la mano y la condujo cerca del fuego, diciendo en malayo:

—Te ofrezco mi puesto, bella extranjera. Por esta noche, tú serás la que mandes en mi tribu.

Hizo sentar á los chinos y al malayo junto á ella, y ofrecióles pan de sagú, tubérculos comestibles llamados *carnode*, bananas y un buen trozo de gato montés recién asado, rogándoles honrasen sus provisiones y lamentando no poder ofrecerles nada mejor, porque la proximidad de los enemigos impidió á sus cazadores explorar la selva.

Mientras comían, por no desagradar al jefe, la tribu toda se reunió en torno de la hoguera, mirando con viva curiosidad á aquellos extranjeros de aspecto tan valeroso y robusto. Eran todos pequeños, delgados, pero no feos, pues en particular los jóvenes tenían rostros graciosos de facciones infantiles. Destacábase entre el elemento femenino una mozueta linda, de grandes ojos, de mirar dulce, pelo negro, buen talle y cutis moreno tostado. Más elegante que las otras, llevaba una faja de algodón además del taparrabos de colores, collar de conchas y brazaletes de dientes de jabalí. Comprendieron pronto que era la prometida del guerrero que hallaron en el bosque, porque el hombrecillo no separaba de ella la vista, y Pram-Li le preguntó:

—¿Es tu mujer?

—Lo será cuando nos libremos del *bagani*. Entonces subiremos juntos al árbol.

Than-Kiú, que se había hecho traducir la respuesta, sacó una de sus pulseras de oro, se acercó á la joven y se la colocó en el brazo derecho. Aquel acto produjo en la tribu un murmullo de admiración, y la obsequiada se echó á los pies de la joven china y le besó el vestido.

El jefe entonces sacó un collarín de dientes de pantera, al que quizá dan tan gran valor por la dificultad que deben de tener aquellos enanos para matar tamañas fieras, sobre todo con armas tan primitivas, y se lo puso á Than-Kiú.

—Eres tan buena como valiente—le dijo,—y mereces que te regale este collarín, emblema de la intrépidez, y que yo heredé de mis abuelos.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando entre las espesas tinieblas vióse que surgía del pie de los árboles un rápido fulgor que se extinguió súbitamente. El jefe se levantó con una agitación que

en vano trataba de ocultar; las mujeres huyeron; los hombres cogieron sus armas.

—¿Qué sucede?—preguntó Hong.

—Que se preparan á asarnos—contestó Pram-Li.

—¿Quiénes?

—El *bagani* y sus cazadores de cabezas.

—¡Ahl! ¿Están ya aquí esos bribones? En vez de que corten las cabezas á estos pobres diablos, les saltaremos sus sesos á tiros. El *bagani* tendrá el mismo fin que Pandaras ó dejaré de ser yo Hong, el ex-capitán de la caballería manchúrica.

CAPÍTULO V

LOS CAZADORES DE CABEZAS

Mientras los mandayas se esparcían por las márgenes de la plataforma donde tenían acumulada buena provisión de sólidos y grandes guijarros, que con las lanzas de punta endurecida al fuego, y paños, constituían todas sus armas, Hong y sus compañeros, con el anciano jefe, miraban atentamente hacia el sitio donde estaba plantada la alta caña de bambú que servía de escala para llegar al pueblo aéreo, sin poder distinguir á los asaltantes, porque la Luna estaba cubierta por densas nubes. Sus aguzados oídos percibían en cambio misteriosos susurros y ligeros bisbiseos, como si el *bagani*, antes de comenzar el ataque, dispusiera sus fuerzas y dictase las últimas órdenes á sus gentes.

—¿Serán muchos?—preguntó Hong apretando el gatillo de su carabina.—Sentiría mucho encontrarlos, al terminar la batalla, sin municiones.

—Trataremos de economizarlas—dijo Than-Kiú.

—Siempre resultará que con esta obscuridad se han de perder muchas balas.

—Muy pronto se verá bien—observó Pram Li.

—¿Has descubierto algún proyector eléctrico para distinguir á esa canalla?

—No, Hong; pero el *bagani* encenderá luminarias.

—¿Tratará de asarnos?

—Pegaré fuego á los árboles del contorno para obligar á los mandayas á que bajen.

—¡Por Fo y Confucio!... la perspectiva es muy poco agradable. Combatir, está bueno; pero que nos asesnen vivos, no es nada lisonjero.

—Cuando los hombres del *bagani* oigan nuestras carabinas, no resistirán mucho.

—¿No tendrán ellos también armas de fuego?

—Quizá algunos fusiles viejísimos.

—¡Oh!...

Oíase una especie de rumor prolongado, procedente del sitio en donde estaban las dos altas pértigas que servían de acceso al puente.

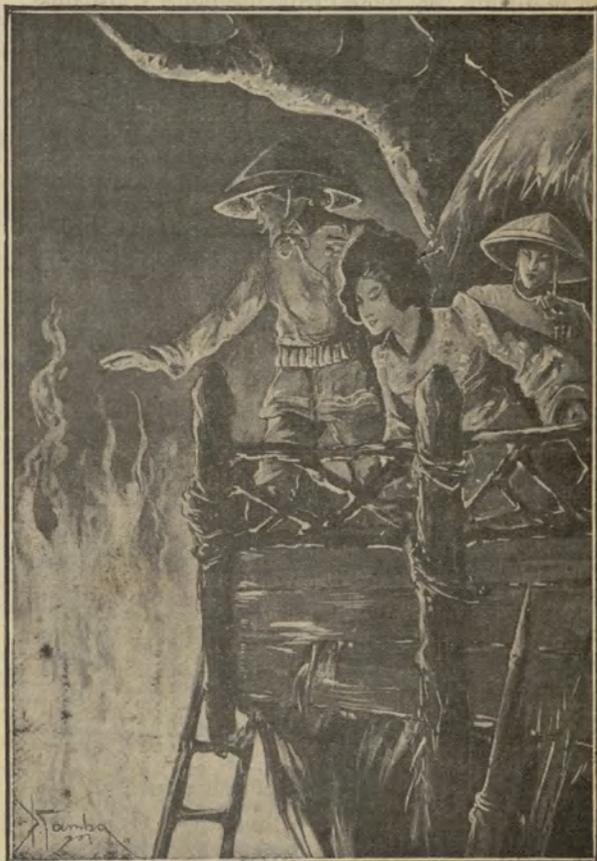
—¡Alguien sube!—murmuró con trémulo acento el anciano jefe.

—Sí—corroboró el malayo.—Tratan de sorprendernos.

—¿Doy la señal de la defensa?

—Todavía no; dejémosles subir.

El rumor continuaba; varios hombres trepaban por las cañas, creyendo sorprender dormidos á los salvajes. Hong y Than-Kiú se acercaron á la entrada del pueblo con los sables empuñados para ahorrarse



Al momento, una luz intensa en torno de los árboles...

municiones, y medio minuto después apareció una forma humana que se disponía á penetrar en la plataforma. Dos sablazos le hicieron caer con el cráneo roto, lanzando un grito de angustia. Un aullido siniestro dejóse oír, y luego dos detonaciones.

—¡Por Fo y Confucio!...—exclamó Hong.—¡Los bribones tienen fusiles!

Se adelantó hasta el borde de la plataforma y con tres tajos de *kampilang* cortó el bambú que servía de escala por aquel lado, haciendo lo mismo luego con el otro. Las largas cañas cayeron, y con ellas los que las escalaban ya.

—¿Oyes qué gritería?—exclamó Sheu-Kin.

—¿Comenzamos el fuego?—preguntó la joven.

—Aún no, hijita; aguardemos á verlos. Sin embargo, Pram Li puede decir al jefe que ordene dar principio á la pedrea.

Los gritos de los asaltantes habían cesado, pero no se retiraron del campo, á pesar de aquel primer fracaso. Al momento, una luz intensa en torno de los árboles que sostenían el pueblo rompió bruscamente las tinieblas; enormes fajos de ramas gomíferas, ardiendo como azufre, lanzaban al aire sus chispas á millares y su humo acre y pesado.

Ya se veía á los cazadores de cabezas; eran ciento por lo menos, casi todos medio desnudos y armados de seguros, *bolos*, *kampilangs*, y algunos de cuchillos, arcos y flechas, probablemente envenenadas; servíanles de defensa sendos escudos hechos de corteza de árbol y de pieles de tapir. Su estatura era mayor que la de los mandayas, su piel bronceada y sus facciones feroces. En medio de ellos se mostró por un instante el *bagani*, guapo, el rostro cubierto de espesa barba y á la cabeza el turbante rojo, enseña de intrépidez. Llevaba en una mano un fusil viejo, de cañón grueso y largo, y del cinto pendía un *kampilang* enorme. Como hombre prudente, dió con rapidez unas órdenes y se apresuró á refugiarse tras el tronco de un árbol, antes de que Hong concluyera de apuntarle con su carabina.

—Se escapó por esta vez. No importa; más tarde te visitará el cráneo una bala mía, bandido.

En tanto, los mandayas, espantados por aquel fuego que amenazaba destruir sus cabañas, y medio ahogados por aquel humo denso, se defendían como les era dable, arrojando á los asaltantes piedras, palos y lanzas con poco éxito, á causa de los escudos de los enemigos. Las mujeres corrían de una parte á otra, apagando las chispas que caían sobre los techos de las cabañas.

Los cazadores de cabezas, por su parte, no permanecían inactivos; unos enviaban flechas á la plataforma; otros trataban de destruir los árboles para arruinar el poblado.

—¡Amigos—dijo de pronto Hong,—llegó el momento de obrar!

Y, atravesando rápido la plataforma, parapetóse tras la cabaña última sobre la bifurcación del árbol más grueso, seguido de sus tres camaradas.

—La muchacha y yo tiraremos contra los que asaltan los árboles, y vosotros contra los arqueros. ¡Ojo al *bagani*, y, en cuanto se muestre, fuego sobre él!

Oyéronse casi simultáneos cuatro disparos, y cayeron fulminados cuatro cazadores de cabezas. Los asaltantes, asombrados, se detuvieron y miraron con estupor á la plataforma. ¿Cómo podían venir de lo alto aquellas balas?... Imposible que los mandayas tuviesen armas de fuego. Creyendo haberse engaña-

do, reanudaron pronto el ataque; pero otros cuatro disparos tendieron á otros tres hombres muertos.

Era demasiado para aquellos bandidos, acostumbrados á hallar á los enanos casi inermes é indefensos. Tras otro instante de vacilación volvieron las espaldas y huyeron á resguardarse tras los grandes troncos. Gritaban todos como ocas molestadas de pronto, y se preguntaban á gritos en su bárbara lengua cómo era que tenían fusiles los mandayas. El *bagani*, y uno de sus hombres, los únicos armados de carabinas, dispararon sobre el pueblo aéreo, sin duda con ánimo de asustar á los defensores. Hong y sus amigos no respondieron, aconsejando á los salvajes que se refugiaron en las chozas.

—Ahora reiremos. Por lo pronto, ya hemos tendido siete, y aun enviaremos unos cuantos más al Infierno.

—¿Volverán al asalto, Hong?—preguntó la joven.

—El *bagani* ha de estar furioso por este segundo fracaso, Than Kiú, é intentará otra prueba.

—Tanto más—añadió Pram-Li,—cuanto que le va en ello la fama, ó, por mejor decir, el turbante rojo. Si vuelve á su aldea sin cabezas, los *datos*, ó sea los ancianos nobles de la tribu, lo destituirán de su cargo de proveedor de ese artículo.

—Entonces se mostrará al descubierto.

—Es seguro.

—Lo deseo, para alojarle una bala en el cráneo. Así, su cabeza servirá de adorno en el pueblo de los mandayas.

—Te aseguro que no dejarán de ufanarse con ella.

Los asaltantes no se atrevían á presentarse; parecían en consejo antes de reemprender la ofensiva. Probablemente sus ánimos se habían quebrantado mucho ante aquella inesperada resistencia y aquellas armas de fuego, más numerosas, mejor manejadas y de mayor alcance que las suyas.

En cambio, los mandayas se preparaban á secundar valerosamente á sus amigos. Arrancaron gruesas ramas de los árboles y las pusieron á la orilla de la plataforma para arrojarlas, y por consejo del malayo encendieron varias hogueras para lanzar también tizones encendidos á los asaltantes.

Transcurrieron diez minutos. Los cazadores de cabezas abandonaron los árboles protectores y se precipitaron contra el pueblo aéreo como lobos voraces. Cada uno llevaba en la cabeza un haz de leña, creyendo preservarse con él mejor que con sus escudos de los golpes de los asaltantes y reavivar el fuego para el incendio.

—Aquí están. ¡Fuego al centro del grupo!...

Los disparos hicieron gran estrago; pero, animados por el *bagani*, los asaltantes no cesaron. Echaban los haces contra los troncos, atizando el fuego en todas direcciones. Los asaltados lanzábanles los ti-

iones con excelente resultado, pues más de uno escapó aullando de dolor. Por su parte, Hong y sus amigos, con sus disparos, pusieron á una docena de los cazadores de cabezas fuera de combate.

Entre tanto, las llamas eran cada vez más amenazadoras, y el humo tan denso, que en ocasiones les impedía ver á los asaltantes. Lenguas de fuego rodeaban como culebras los árboles, socarrando las cortezas por distintos sitios, y lluvia de chispas caía sobre el pueblo. Las mujeres se multiplicaban apagando las ramas y hojas que principiaban á incendiarse, pero no podían hacer milagros.

Hong comenzaba á alarmarse y lanzaba miradas angustiosas á Than-Kiú, la cual estaba tranquila y continuaba sus disparos impasible. Los mismos Sheu-Kin y Pram-Li desconfiaban del resultado, preguntándose si no valdría más abandonar aquel sitio peligroso.

Pero la tenacidad de los cazadores de cabezas se quebrantó. Espantados por las graves pérdidas sufridas, principiaban á vacilar. Algunos, menos animados, manteníanse tras de los árboles, no obstante las excitaciones del *bagani*. Hong comprendió que había llegado el momento decisivo.

—¡Amigos, hagamos un esfuerzo más y los vencemos!

Mientras los mandayas echaban abajo un pedazo de la plataforma, los chinos y el malayo no cesaban en sus disparos. Los cazadores de cabezas, fusilados por una parte y aplastados por otra, concluyeron por huir á la desbandada.

Furioso el *bagani*, que hasta entonces había permanecido escondido, se precipitó aullando hacia los árboles que sostenían la aldea mandaya, esperando animar á los suyos con el ejemplo. Era el instante que aguardaba Hong.

—¡Ah!... ¡Por fin!—exclamó.

Y tras apuntar un instante con cuidado, hizo fuego. El feroz jefe, herido en el cráneo, paróse súbito, abandonó el *bolo* que empuñaba y cayó pesadamente sobre un haz de leña encendida. Fué la señal de la desbandada; sus guerreros, ya desmoralizados, viendo morir á su jefe, huyeron precipitadamente en todas direcciones.

—¡Que el diablo los lleve!—dijo Hong.

—¡Y que las panteras os devoren!—les gritó Pram-Li.

Los mandayas, viendo huir á sus implacables enemigos, se apresuraron á descender para apagar el fuego y arrancar las cortezas inflamadas. El jefe les había seguido, y lo primero que hizo fué apoderarse de un *kampilang* abandonado y cortar la cabeza del *bagani*, envolviéndola en el turbante rojo de su mortal enemigo. Subió inmediatamente con el sangriento trofeo y, acercándose á Hong, le dijo:

—Tú eres el más valiente; á ti te corresponde, pues, la cabeza del *bagani*.

—Renuncio á ella—contestó el chino por boca del malayo, que le había traducido el ofrecimiento.—No hago colección.

—Entonces, la conservaré para adornar mi cabaña. Pero—añadió con nobleza—como os debemos la salvación de la tribu, pide lo que desees y te daremos todo lo que tengamos. Habla. Aguardo tus órdenes.

—¿Qué deseo? Sólo una cosa: que me mostréis el camino para llegar al lago.

—¿Á qué lago?

—Al de Butuán.

—¿Vais allí?

—Sí.

—¿Tal vez para ver al sultán?

—Sí.

—Es hombre perverso y crudelísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—He sido su esclavo antes de ser jefe de esta tribu. No os acerquéis á él, porque indudablemente os reducirá á la esclavitud.

—Necesitamos verlo.

—¿Causa grave?

—Libertar á hombres blancos que tiene prisioneros.

—¿Hombres de piel blanca?—exclamó el anciano con un acento tan vivaz que no escapó á la penetración ni de Hong ni de Than-Kiú.

—Sí.

—Pero ¿estáis seguros de que son prisioneros del sultán de Butuán?

—Así lo creemos.

—Quizá te engañas.

—¿Cómo?...

—Yo sé que los blancos se hallan prisioneros de un jefe mandaya, pariente mío.

—¿Cuántos son?—hizo preguntar con ansiedad Than-Kiú.

—Cuatro.

—¿Hay una mujer entre ellos?

—Sí; eso es.

—¿Blanca también?

—Sí.

—¿Hay entre ellos un mulato?

—Sí; lo vi, y lo recuerdo.

Than-Kiú, al oír la traducción, palideció. Hong, celoso, exclamó con acento de dulcereproche:

—¿Serás capaz de amar aún al hombre que causó la muerte de tu heroico hermano?

—No, Hong, no; te convencerás de ello el día que me veas ante él.

Luego, asiendo del brazo al malayo, le dijo con voz afligida:

—Ruega al jefe que te lo cuente todo... ¡todo!... Quiero saber dónde se encuentran y cómo lograron huir del sultán de Butuán.

CAPÍTULO VI

LOS SUPERVIVIENTES DE LA CAÑONERA

Pocos minutos después, la joven y sus compañeros hallábanse en torno del hogar de la aldea, encendido de nuevo y junto al anciano igorroto. Había cesado el peligro; los mandayas, que bajaron para recoger las armas de los muertos, armas preciosas para ellos, volvieron con la buena noticia de que los asaltantes habían abandonado la selva. El jefe, después de enviar algunos centinelas á tierra por temor de una sorpresa, tomó la palabra y comenzó la narración, que Pram Li traducía á sus amigos, palabra por palabra.

—Sí; he visto á los hombres blancos—princi­pió á decir,—como os estoy viendo á vosotros, y los vi porque el jefe Bunga no tenía secretos para mí. Uno era moreno, de pelo negro ensortijado, y barba clara y negra también; los otros eran todos blancos, incluso la mujer.—

Fuí á visitar á Bunga para pedirle armas con que defenderme del *bagani*, que me estaba matando continuamente hombres, de esto hace cuatro semanas, cuando, al llegar al Bacat, vi con sorpresa á uno de esos hombres de piel blanca que estaba paseando en compañía de algunos negros. Como no había visto nunca un hombre tan raro, me apresuré á preguntar á Bunga si aquel color era real, ó si el extranjero estaba pintado. Me afirmó que era blanco en realidad, y para probarme su afirmación me enseñó otro hombre del mismo color y una joven muy hermosa, de ojos negros, y que me pareció muy apesadumbrada.

—¿Sabes cómo se llamaba aquella mujer?—hizo preguntar Than-Kiú.

—No; y aunque hubiese oído su nombre, no sería fácil recordarlo. Aquella joven hablaba una lengua completamente desconocida para mí; lo mismo que el moreno, con quien andaba siempre.

—¡Ah!—suspiró la joven.

—Continúa—dijo Hong.—¿Quiénes eran los otros dos blancos?

—Eran jóvenes, y trataban con gran deferencia á la mujer y al moreno.

—¿Y no viste un hombre de cabello gris?

—No; sólo á esos dos jóvenes vigorosos.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Habrá muerto el padre de Teresita?—preguntó el chino á la joven, que se había entristecido.

—Puede ser—contestó ella distraídamente.

—Prosigue, jefe.

—Intrigado por averiguar cómo había llegado Bunga á poseer aquellos esclavos blancos, se lo pregunté, y me contó que se los había quitado á los piratas del sultán de Butuán, cuando remontaban el Bacat con tres canoas.

—¿Y no sabes dónde los habían apresado los piratas?

—Sí; en la boca de un río que se llama... no recuerdo en este momento el nombre, pero que...

—¿El Talaján, acaso?

—¡Sí, sí, eso es; el río Talaján!

—Than-Kiú—exclamó Hong emocionado,—¡son ellos!... No es posible dudarlo.

La joven no respondió. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, parecía sumida en hondas reflexiones. El chino la miró unos instantes en silencio, y suspiró murmurando:

—El amor de Romero no ha desaparecido aún del corazón de *Flor de las Perlas*; pero el tiempo cicatrizará la herida que ha causado en el pecho de la más hermosa y valiente hija del Celeste Imperio.

Luego, dirigiéndose á Pram-Li, hizole preguntar al jefe si se hallaba muy distante la tribu de Bunga.

—Á dos jornadas de camino en dirección del sol levante—respondió el anciano igorroto.—Tiene su pueblo á la orilla de un gran lago, que se llama el Linguasán; pero sus habitantes, quiero decir sus súbditos, suelen alejarse hasta el Bacat para pescar.

—¿Crees que seremos bien acogidos por Bunga?

—Bunga me debe la vida, que le salvé con riesgo de la mía hace unos seis meses, y nada me rehusará... ni tocará siquiera á un pelo de mis buenos amigos. ¿Quieres ir á verlo?

—Sí.

—¿Para salvar á los hombres blancos?

—No tiene otro objeto nuestro viaje.

—Los salvaréis. Bunga pagará su deuda de agradecimiento cediéndote los esclavos blancos, y te protegerá hasta donde pueda. Si yo fuese más joven y mi tribu no corriera peligro, te acompañaría personalmente; pero te daré un guía fiel que me represente.

—Yo seré ese guía—dijo el mandaya á quien habían hallado en la selva.

—Sí, mi valiente Tiguma; al alba, ahora que estamos libres de los cazadores de cabezas, subirás al árbol con tu amada, y luego irás al lago Linguasán. Eres intrépido y leal, y Bunga te conoce.

—¿Qué quiere decir eso de subir al árbol con su amada?—preguntó Hong al malayo.

—Es la ceremonia del casamiento. Estos igorrotos tienen costumbres raras.

—¿Y luego nos acompañará el joven?

—Sí, y no nos pondremos en marcha antes de la

tarde, para dar tiempo de alejarse á los hombres del *bagani*.

—¡Como no nos preparen alguna emboscada en plena selva!...

—No temas; muerto el jefe, terminó la expedición; además, la lección ha sido tan dura, que no volverán jamás á importunar á estos pobres salvajes.

El jefe de los igorotes miraba hacia Oriente para dar la señal de la ceremonia en cuanto apuntara el primer rayo de sol. Las estrellas comenzaban ya á palidecer, y la obscuridad se disipaba rápidamente,

La bella igorrote á quien Than-Kiú había regalado el brazalete aguardaba la aparición del astro diurno mirando á la cara á su prometido, que empuñaba gallardamente el *kampilang* cogido al *bagani*. Ambos se habían emperifollado en atención á la solemnidad de las circunstancias, adornándose cuello, brazos y piernas con collares de dientes de jabalí, de conchas blancas y de escamas de tortuga, y los cabellos con plumas de palomas coronadas. Toda la tribu les rodeaba; los hombres, armados para defenderlos.

Los chinos y el malayo aguardaban curiosos la celebración de la ceremonia. Los cuatro habían hecho regalos á los desposados. Hong obsequió á Tiguma con un cinturón de seda; Pram-Li, con un cuchillito; Sheu-Kin y Than-Kiú obsequiaron á la novia: el primero, con un bolsillo; la joven, además del brazalete que ya le había dado, con un pañolito de seda amarilla que llevaba al cuello.

Cuando el primer rayo de sol surgió por entre las altas copas de los árboles, el jefe hizo sujetar á la plataforma varias sólidas lianas y cuerdas de *rotang*, para suplir á los bambúes rotos. Toda la tribu bajó á tierra, poniéndose en marcha á través de la selva. El jefe iba delante; Than Kiú y sus amigos, detrás; luego los novios, y detrás hombres, mujeres y niños.

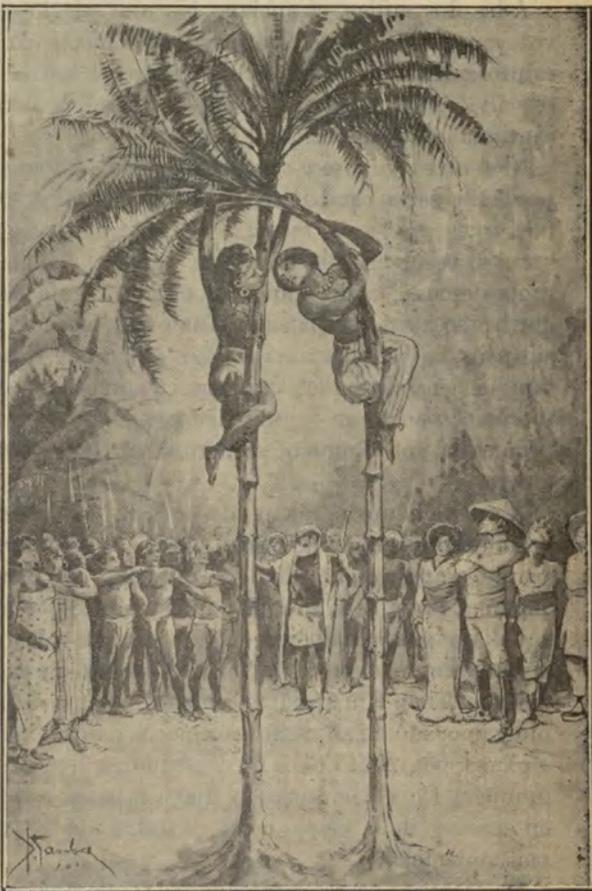
Después de recorrer unos doscientos pasos, se detuvieron todos en torno de dos altas palmeras que crecían juntas á distancia de sesenta ó setenta centímetros, de troncos lisos, elásticos y esbeltos. El jefe mandó algunos hombres á vigilar los matorrales próximos, y llevó de la mano á los desposados ante los árboles.

Ágil como un mono, Tiguma trepó hasta la copa de la palmera y arrancó algunas hojas que depositó á los pies de su amada, una vez abajo. La novia las repartió entre sus amigas, que las dividieron á su vez con las suyas, en pedazos que guardaban como recuerdo de la ceremonia.

Hecho esto, Tiguma cogió de la mano á su futura y la condujo hasta el pie de las palmeras, donde se detuvieron ambos, aguardando la señal del jefe para trepar á los troncos. Si el novio subía fácilmente, no menos fácil parecía ser para ella el ejercicio, pues lo efectuaba sonriendo y mirando á su futuro esposo.

—¡Extraño modo de casarse!—dijo Hong, que seguía con vivo interés la ascensión.—Quisiera saber cómo se las ingeniaría para casarse un pobre diablo que hubiera nacido cojo, ó que hubiera perdido un brazo. Tendría que permanecer eternamente soltero.

Una vez en la cima los dos, el novio agarró la palmera en que se hallaba Lagayán y la obligó á encorvarse. Cuando los desposados se hallaron uno junto á otro, tocáronse tres veces cada uno recíprocamente las frentes, y se dejaron deslizar al suelo.



Una vez en la cima los dos, el novio agarró la palmera...

Estaban casados; sólo faltaba festejar el matrimonio con un banquete. La tribu regresó á la aldea cantando y danzando en torno de la feliz pareja, y todos se sentaron ante un gran cerdo salvaje que estaba ya puesto á asar. Los trozos mejores fueron distribuidos á los esposos y á los huéspedes, y el resto, á partes iguales, entre los demás igorotes.

Terminada la comida, el jefe condujo á sus amigos á la mejor cabaña de la aldea para que descansaran, puesto que no lo habían hecho en toda la noche, y los viajeros, que tenían sueño atrasado, no se despertaron hasta la puesta del Sol.

El jefe les ofreció para cenar tortuga, les proveyó de carne seca de jabalí y otros víveres, y quiso, como muestra de agradecimiento cortés, escoltarlos durante unas millas con un grupo de sus guerreros escogidos, aunque era ya seguro que los cazadores de cabezas se habían alejado de la selva.

Tiguma abrazó á su esposa y púsose á la cabeza de la expedición, llevando cuatro *bolos* de los tomados á los secuaces del *bagani*, como dé regalo á Bunga; regalo precioso, porque los mandayas no saben trabajar los metales.

A las dos millas, el anciano igorroto saludó con voz conmovida á sus huéspedes, agradeciéndoles calurosamente su valiosa ayuda contra el *bagani*, y se volvió á la aldea, mientras los expedicionarios continuaban en dirección al Bacat.

Ni el más leve rumor alteraba el silencio imponente de la selva, que parecía exenta de animales nocturnos; no se oía más que el crujir de las hojas secas al posar en ellas el pie los viajeros, y alguna rama descujada de golpe por el joven guía para abrir paso á sus compañeros. Than-Kiú, absorta en sus pensamientos, caminaba triste al lado de Hong, también ensimismado, que quizá sentía vagos temores al pensar en el inmediato encuentro de su prometida con Romero, el hombre á quien tanto amara.

Á eso de la media noche, después de una marcha bastante precipitada de cuatro horas, se detuvieron para descansar á la orilla de un afluente del Bacat. Tiguma, Pram Li y Sheu-Kin quisieron aprovechar aquella parada para ver de cazar alguna tortuga de las que abundaban en aquel sitio, según decía el igorroto. Than-Kiú se había sentado, y su novio, de pie y apoyado en su carabina á pocos pasos de ella, vigilaba; pero continuaba meditabundo y vivamente inquieto. De vez en cuando fijaba intensa mirada en el rostro de la joven, como si tratase de leer sus pensamientos.

De pronto se acercó lentamente á Than-Kiú, que no pareció advertirlo, y la tocó suavemente el pelo; ella pareció despertar de súbito y se irguió, mirándole con las facciones contraídas; pero, al ver que era Hong, serenóse, sonrió y dijo:

—¡Ah!... ¿Eres tú, mi querido amigo?

—¿Qué tienes, amada mía? Estás triste, muy triste. ¿Qué pensamientos angustiosos atormentan el corazoncito de mi adorada *Flor de las Perlas*? ¿Te destrazan el alma los celos?

—No; pensaba en mi hermano.

—No es cierto, Than-Kiú.

Ella le miró exponiendo su rostro á la luz de la Luna, y repuso con voz lenta:

—Tienes razón, amigo; mentí é hice mal en ocultarte la verdad, á ti que eres mi más leal amigo.

—Pensabas en Romero.

—Más en la *Perla de Manila* que en él.

—¿Y qué te importa la doncella blanca?

—¿Crees que podré ver impasible á la que me robó el hombre á quien amé tanto?

—¿Son celos?

—Más que celos, es rencor, y, peor aún, odio. Creía que todo había muerto en mi corazón, y veo que hay en él un desencadenado sentimiento de venganza hacia esa mujer que fué causa, aunque involuntaria, de la muerte de Hang-Tu y de todas mis desventuras.

Hong se la quedó mirando, y dijo con voz sorda:

—¿Quieres que te vengue?... ¡Manda! Soy tu esclavo.

En los ojos de la joven brilló un relámpago.

—¿Quieres que muera esa mujer?... Di una palabra, y serás vengada.

—No; no quiero hacerle desgraciado, como él me hizo á mí.

—Más vale así—dijo el chino respirando.—Te prefiero generosa á vengativa. Pero á él, á Romero ya no le amas, ¿verdad?...

—No, Hong; te lo juro por el alma de mis abusos. Sólo á ti te amo.

—Gracias, mujer. Con esas palabras has salvado la vida á Romero, porque estaba decidido á matarla.

CAPÍTULO VII

LA PERSECUCIÓN DE LOS GUERREROS DEL «BAGANI»

Dos horas después reemprendían la marcha sin haber aumentado las provisiones, pues no lograron cazar ninguna tortuga.

La selva continuaba extendiéndose hasta la orilla del Bacat á trechos tan espesos, que los chinos, el malayo y el igorroto tenían que abrirse camino á sablazos. De vez en cuando el suelo era pantanoso, teniendo entonces que ir rompiendo enormes cañas para seguir adelante. En medio de aquellas breñas no era raro hallar alguna que otra de esas flores enormes que miden abiertas tres metros de circunferencia por cerca de uno de diámetro, y que suelen contener hasta diez litros de agua. Son aromáticas y hermosas á la vista, con sus tintes rojos brillantes y sus ribetes blancos al extremo de las hojas.

Á las cinco, cuando el Sol comenzaba á apuntar y pájaros y monos á despertarse, Tiguma, que marchaba el primero, se detuvo bruscamente y, echándose al suelo, apoyó una oreja en tierra escuchando con la mayor atención.

—¿Has oído algún rumor sospechoso?—le preguntó Pram-Li preparando su carabina.

—Sí—repuso el salvaje, que parecía bastante alarmado.

—¿Qué ha sido?

—He oído que hollaban ramas.

—Habrá sido alguna babirusa.

Tiguma meneó negativamente la cabeza, como quien pone en duda la afirmación oída, y repuso en voz muy baja:

—Nosotros los habitantes de la selva tenemos ejercitado el oído y distinguimos perfectamente el rumor que produce un animal al andar y el que produce un hombre.

—¿Temes, pues, que seamos espiados?

—Es lo más probable.

—¿Quizá por las gentes del *bagani*?

—Pueden haber dejado algunos hombres en la selva para vigilar.

—¡Bah!... Estamos bien armados, Tiguma.

—Pero ellos son numerosos y deben de estar sedientos de venganza.

—¿Qué te parece que debemos hacer?

—Deteneos aquí y aguardadme; voy á registrar la selva.

—Te acompañaré yo.

—No; vosotros no podéis moveros sin hacer ruido, por poco que sea. Preparaos y aguardad mi vuelta.

El igorroto dijo adiós con la cabeza, se tiró sobre el césped y se alejó silenciosamente arrastrándose como una culebra. Hong y sus compañeros oyeron por algunos instantes crujir ramas y hojas; pero muy en breve ni oyeron ni vieron absolutamente nada.

—Estemos prestos para todo, amigos—exclamó Pram-Li: hemos tenido la desgracia de encontrar la retaguardia de los asaltantes, y nos van á dar muchísimo que hacer.

—Si pudiéramos poner el Bacat entre ellos y nosotros, sería cosa fácil burlar su persecución—dijo Hong.

—En efecto; pero parece que el río está lejos todavía.

—Para el caso de que nos ataquen, busquemos refugio en algún árbol grande—observó Than-Kiú.

—Tienes razón, *Flor de las Perlas*. Mira; aquel colosal alcanforero de ahí, puede servirnos para una larga defensa. Para escalarlo, podemos aprovecharnos de las lianas que cuelgan de sus ramas.

—Justo; y una vez arriba, nos apresuraremos á cortarlas para impedirles que nos imiten á su vez.

—Sí, Than-Kiú.

—¡Chist!—interrumpió Sheu-Kin.—Me parece haber oído agitarse una rama.

—Será Tiguma que regresa.

Apenas hubo pronunciado estas palabras Hong, cuando vieron alzarse en la margen de un espeso

sotillo de bananos al joven igorroto, que les hizo seña de que no se movieran; permaneció algunos minutos en observación, escuchando atentísimamente y se acercó al grupo, atravesando con gran rapidez y en silencio el espacio descubierto.

—¿Qué hay?—le preguntó Pram Li.

—Somos espiados—repuso el salvaje con voz alterada.

—¿Quiénes son los que nos espían?

—Los hombres del *bagani*; los cazadores de cabezas.

—¿Estás seguro?...

—He logrado verlos.

—¿Cuántos son?—hizo preguntar Hong, después que le hubieron traducido la noticia.

—Unos diez ó doce—repuso Tiguma.

—¿Están muy lejos de aquí?—preguntó Pram-Li.

—Á unos quinientos pasos.

—Habría que sorprenderles y combatirlos antes de que se unan al resto de la fuerza.

—Sí; pero—observó Than-Kiú al oír la traducción de estas palabras—á los disparos acudirían los demás. No creo que sea prudente; vale más apresurar la marcha y cruzar el Bacat. Pregúntale si está muy lejos aún el río.

Pram-Li hizo la pregunta, y la respuesta del igorroto fué:

—Podremos llegar al obscurecer.

—¿Temes que nos ataquen por el camino?

—No; aguardarán la noche para sorprendernos, sabiendo por experiencia propia que tenéis armas que truenan y lanzan el rayo; pero nos tendremos en guardia, y además confío en hacer fracasar su ataque.

—¿De qué modo?

—Os llevaré á un sitio donde será fácil la defensa y casi sin exposición.

—¿Á la aldea de alguna tribu mandaya, acaso?

—No; á una de las numerosas cavernas que hay en la orilla del Bacat.

—Bueno; pues entonces, apresurémonos y tratemos, á ser posible, de hacer perder nuestra pista á los hombres del *bagani*, á esos malditos cazadores de cabezas.

Después de haberse puesto en observación largo rato, escuchando con la mayor atención, continuaron la marcha á través de la selva, á buen paso. Tiguma iba á la cabeza; tras él Hong y Than-Kiú, y Sheu Kin y Pram-Li formaban la retaguardia. Todos llevaban los fusiles preparados, dispuestos á responder al primer ataque, y el igorroto la lanza pronta para emplearla con la mayor rapidez.

La selva tendía á aclararse, pero había aún acá y allá espesos bosquecillos de bananos y de arecas cubiertas de lianas que se prestaban á la emboscada.

Nuestros caminantes andaban de prisa, procurando alejarse de matorrales y macizos para evitar una imprevista descarga, ya de fusiles ó bien de flechas envenenadas. Tiguma en particular, como verdadero hombre de los bosques, no se acercaba á un bosquecillo sin observarlo bien y escuchar atento, explorando el terreno; pues estaba seguro, aunque no oyese rumor alguno, de que eran seguidos y vigilados por los secuaces del *bagani*.

Al medio día, todos, fatigadísimos de aquella caminata apresurada y larga, decidieron reposar brevemente al pie de un colosal alcanforero, entre cuyas ramas, en caso de peligro, podrían organizar una resistencia desesperada. El joven salvaje, acostumbrado á las grandes marchas, en vez de descansar volvió pasos atrás para asegurarse mejor del número de los cazadores de cabezas que les seguían. Duró su ausencia casi dos horas, y cuando regresó estaba jadeante, como si hubiera dado una larga corrida.

—¿Has visto á los enemigos?—le preguntó el malayo.

—Sí; nos siguen siempre.

—¿Están muy lejos de nosotros?

—Una hora de camino.

—¿Son muchos?

—Ha aumentado su número.

—¡Bandidos!... Indudablemente esperan sorprendernos.

—Esta noche nos atacarán; es seguro.

—¿Y está todavía muy lejos el Bacat?

—Dentro de cuatro horas llegaremos.

Traducidas las noticias, preguntó Hong:

—¿Y dice Tiguma que hallaremos allí cavernas?

—Parece que hay muchas—contestó Pram-Li.

—Cuando estemos en una de ellas, daremos á esos testarudos tal lección, que no la olviden en su vida. Than-Kiú, hermosa mía, hay que hacer un último esfuerzo.

—Estoy pronta á proseguir la marcha, Hong.

—Pues pongámonos en camino, amigos. No hay que dejar á esos canallas que se nos acerquen.

Así lo hicieron, andando aceleradamente, por temor de que los alcanzaran los cazadores de cabezas. Hong daba ánimos á la pobre joven, que parecía extenuada, y de vez en cuando la levantaba con sus robustos brazos, llevándola un buen trecho como si fuese una niña.

Todos comprendían instintivamente que los perseguidores no estaban lejos. Tiguma, que había vuelto atrás, había oído sus pisadas y visto que uno de ellos se encaramaba á un árbol para ver á distancia la ruta que llevaban los perseguidos.

Por suerte, la selva continuaba aclarándose, permitiendo al grupo apretar el paso sin tener que

abrirselo por entre los vegetales entrelazados. Los bosquecillos y matorrales eran cada vez menos espesos y más raros. Á la puesta del sol, el igorrote, que observaba siempre los árboles, volvióse á Pram-Li y con expresión de júbilo le dijo:

—El Bacat está muy próximo.

—Ya era tiempo, porque me encuentro completamente agotado por el cansancio y por el hambre.

—¡Silencio!—dijo el salvaje, pegando la cara en tierra para escuchar.

—¿Qué ocurre?...

—Sí; lo oigo.

—¿Qué es lo que oyes?

—El río.

—¡Adelante, pues!...

Atravesaron corriendo la última parte de la selva, formada por altísimas palmeras y soberbios bananos pletóricos de exquisitas y aromáticas frutas y se hallaron muy pronto á la orilla del Bacat.

Este río, uno de los principales de Mindanao, y acaso el más importante por su largura y el caudal de agua que lleva, corre entre dos riberas altísimas y escarpadas, abriéndose penosamente paso entre innumerables islotes cubiertos de bambúes y de plantas acuáticas y entre bancos de arena, sobre los que se veían muchos cocodrilos adormecidos. En la orilla opuesta, á unos trescientos metros de distancia, no se veía ni pueblo ni cabañas aisladas, ni una sola canoa.

—¿No es aquí donde estaba la aldea de Bunga?

—No; es más al Norte; pero mañana, en cinco ó seis horas de camino, llegaremos á ella. Entre tanto, busquemos un refugio para no dejarnos sorprender por los hombres del *bagani*.

—¿Y dónde vamos á hallar ese refugio?

—Aguardadme aquí; mi ausencia será breve.

El joven igorrote partió á la carrera por la escarpada orilla, mientras Hong y sus compañeros vigilaban la margen de la selva. No habían transcurrido cinco minutos, y ya Tiguma se hallaba de vuelta.

—Seguidme sin perder tiempo; he hallado un refugio.

Hong y sus compañeros se apresuraron á seguirle. El salvaje bajó á la orilla, bordeando los peñascos, casi cortados á pico, y sumergiéndose alguna vez en el agua hasta el muslo, y llegaron á una alta roca hendida. A los últimos resplandores del crepúsculo creyó distinguir Hong una abertura negra semicubierta de festones vegetales: de plantas trepadoras.

—¿Es aquél el refugio?—preguntó Pram-Li.

—Sí.

—¿Podemos escalar la roca?

—He subido hasta la abertura hace poco.

—Esperemos que también podamos subir nosotros.

Iban á emprender la ascensión cuando oyeron, por la parte del bosque, un grito que podía confundirse con el de algún cuadrumano.

— ¡Ahí están ya! — dijo Tiguma. — ¡Pronto!... ¡Arriba!

No era fácil la subida, pues la roca estaba casi cortada á tajo; pero agarrándose á plantas y raíces, apoyándose en hendiduras y con no poco trabajo, llegaron en algunos minutos á la abertura, que conducía á una caverna, ó mejor, á una especie de galería. Apenas pusieron en ella los pies, cuando vieron huir desordenadamente una docena de *tainanes*: enormes murciélagos, que parece tenían allí su guarida.

— ¡Qué desgracia que se hayan ido tan pronto! — exclamó el malayo. — Tengo tal hambre, que me hubiera comido uno entero.

— ¡Puaf! — hizo Sheu-Kin. — ¡Murciélagos!...

— ¡Hazles ascos! ¡Como si vosotros los chinos no comierais cosas peores! ¿Valen acaso más las lombrices saladas y los topos?...

— ¡Silencio! — dijo Tiguma, que se había puesto en observación en la boca de la galería.

— ¿Vienen? — preguntó el malayo.

— He oído otra señal.

— ¿Nos descubrirán?

— Es posible; pero os será fácil rechazar el asalto.

— Así lo creo, porque poseemos aún buen número de cartuchos. Pero hay otro peligro mayor: el de un asedio.

— Es verdad; no había pensado en ello.

— No tenemos nada que comer, y estamos hambrientos.

— Hay bananas no lejos de aquí.

— Sí; pero ¿quién irá á cogerlas?

— Yo.

— ¿Para hacerte matar?

— Soy ágil y prudente. Si los enemigos no están aún en la orilla del río, puedo intentarlo.

— Eres un valiente, Tiguma.

— Vosotros me habéis salvado á mí, á mi mujer y á toda mi tribu; es, pues, justo que trate de salvaros ahora á vosotros.

— ¿Quieres que te acompañe?

— No; tú no posees mi agilidad. Vigila y no temas por mí.

Esto dicho, el bravo igorroto se armó con un cuchillo que le dió Hong, y bajó silenciosamente la roca. Los tres chinos y el malayo le vieron llegar á la orilla del río é internarse entre las altas peñas.

— ¿Lo matarán? — preguntó Than-Kiú. — No me consolaría jamás si ese joven tan leal y abnegado cayese á los golpes de esos hombres feroces.

— Es prudente y diestro — repuso Hong. — Tengo confianza completa en él.

Se pusieron á escuchar, con los dedos en los gatillos de las carabinas, resueltos á acudir en su socorro al primer grito de alarma. Pasaron cinco minutos de angustiosa expectativa, sin que llegase hasta ellos el menor rumor ó grito. Luego, bajo la roca misma en cuyo centro se hallaban, oyeron como un ruido de agua al gotear.

— ¿Qué es eso? — dijo Pram-Li inclinándose hacia adelante. — Se diría que alguien se está lavando en el río, ó que sale de él y se sacude el agua.

Miró, y creyó distinguir una forma humana junto al río.

— ¿Eres tú, Tiguma? — preguntó en voz baja.

— Sí — respondió el igorroto, que empezó á subir trabajosamente, como si llevara un gran peso.

Pram-Li y Sheu-Kin se apresuraron, á una señal de Hong, á salir á su encuentro, y vieron que llevaba á las espaldas un enorme fardo de bananas, que pesaría treinta ó cuarenta kilogramos.

— Bueno — dijo alegremente Sheu-Kin, cogiendo el fardo, demasiado pesado para un hombre tan pequeño. — Ya tenemos para un par de días.

Apresuráronse á reunirse con sus compañeros en la gruta, y preguntó Pram-Li:

— ¿Qué hay del enemigo?

— Están ya en la orilla — repuso el igorroto, sacudiéndose el agua.

— Y tú ¿de dónde vienes tan empapado?

— Atravesé el río para coger las bananas en un islote.

— ¿Cómo no fuiste á la selva?

— Era imposible.

— ¿Y no pensaste en los cocodrilos?... Si llegan á advertir tu presencia, hubieran podido dividirte en dos.

— No se han despertado aún; y, además, tenía el cuchillo.

— ¿Son numerosos los enemigos?

— Unos treinta.

— ¿Qué hacían?

— Buscar nuestras huellas.

— ¿Las hallarán?

— Son listos, y acabarán por descubrirnos; pero vosotros poseéis las armas que truenan.

— Tienes razón. Los aguardaremos.

Mientras tanto atacaron las aromáticas bananas, si no muy nutritivas, lo suficiente para calmar el hambre que les devoraba; y luego Than-Kiú, Hong y Sheu-Kin se acomodaron lo mejor posible para dormir, en tanto que el malayo y el igorroto hacían la primera vela, junto á la abertura, con las armas al alcance de la mano y el oído atento al menor rumor.

La obscuridad habíase hecho profunda, á causa de algunas nubes que habían invadido la bóveda ce-

leste, hasta el punto de no poder distinguirse las rocas del río. No era, pues, posible ver los hombres que avanzaban por la orilla del agua hacia la base de la peña que les servía de refugio. Ni aun los rumores, como se produjesen á cierta distancia, eran fáciles de recoger, pues los ahogaba el murmullo sordo de la corriente y el fragor del agua chocando contra los islotes y los bancos de arena.

Había transcurrido una hora en calma, cuando Tiguma, que había salido un instante de la abertura para observar, volvió á la boca de la galería, y puso su mano en el brazo de Pram-Li.

—¿Vienen ya?—preguntó el malayo en voz baja.

—No estoy seguro, pero creí oír un bisbiseo significativo al pie de la roca.

—¿Serán los que buscan nuestras huellas?

—¡Chist!...

Tiguma avanzó de nuevo el cuerpo fuera de la boca de la cueva, y vió dos sombras humanas en la orilla; aguzó el oído, y pudo escuchar el siguiente diálogo:

—Las huellas se pierden aquí.

—Entonces es que han buscado refugio en alguna caverna.

—Así debe de ser.

—¿Qué hago?

—Avisar á los compañeros para que vengan.

—¿Quieres asaltarlos en la gruta?

—Sí, porque estoy seguro de hallarlos y sorprenderlos.

—¿Dormirán?

—Si estuvieran despiertos, ya nos hubieran saludado con una descarga de sus armas.

—Corro á advertir á mis compañeros.

Tiguma sabía ya bastante; retiróse prontamente de su observatorio, y dijo al malayo:

—Se disponen á atacarnos.

—¡Ah!

—Han ido á llamar á los otros.

—Advirtamos nosotros á los nuestros.

Internóse en la galería, y, despertando á los tres, exclamó:

—¡Vivo!... Va á empezar el combate.

—Estamos prontos—dijo con sencillez Hong.

Colocáronse en la boca de la gruta, en primer término Hong, Pram-Li y Tiguma, y en segunda fila Than Kiú y Sheu-Kin. Apenas se hubieron acomodado, cuando el igorrote, que vigilaba con el cuerpo casi fuera, vió una fila de sombras humanas avanzar silenciosamente por la orilla del río.

—Aquí están.

—Dejémosles llegar—dijo el jefe del *Lirio de Agua*.

Uno de ellos había ya comenzado á escalar la roca. Oyóse desprenderse de ella algunos pedruscos

que rodaban y caían al agua, produciendo ligero chapoteo. Hong se arrodilló para estar más libre de sus movimientos, y apuntaba con su arma.

—¡No os mováis vosotros!—ordenó.

El hombre continuaba subiendo; se le oía jadear por lo penoso de la ascensión; á poco vióse trepar otros. Luego, una sombra apareció ante la boca de la galería, y el chino disparó. Sucedió á la detonación un aullido espantoso, y el hombre cayó rebotando por la peña hasta sumergirse en el río.

Pram-Li, Sheu-Kin y Than-Kiú avanzaron inmediatamente el cuerpo, y, viendo bajo ellos otros hombres, hicieron fuego al centro del grupo. Tres ó cuatro rodaron mortalmente heridos, cayendo sobre los otros que subían detrás y á quienes arrastraron también en su caída, incapaces de resistir el choque, y lastimándose é hiriéndose. Un aullido formidable de rabia, al mismo tiempo que dos detonaciones, eleváronse desde la base de la roca. Hong, que había vuelto á cargar su carabina, avanzó el cuerpo y vió que los cazadores de cabezas se retiraban, alejándose.

—Se han ido—dijo Pram-Li, dirigiéndose al igorrote.—Parece que tienen ya bastante.

Tiguma meneó la cabeza en señal de duda, y dijo:

—No os fiéis; no conocéis lo vengativos que son esos hombres.

El malayo se estremeció al oír estas palabras.

—¿Crees, pues, que no habrán huído?—preguntó con cierto temor.

—Así lo creo.

—¿Y que nos pondrán sitio?

—Me lo temo. Creo que no se irán sin nuestras cabezas.

Hong tornóse sombrío al oír la traducción de esas palabras, miró desesperado á Than-Kiú y murmuró con voz sorda:

—¡Y todo por salvar á ese hombre!...

CAPÍTULO VIII

UN AMIGO MISTERIOSO

Habíase sucedido un profundo silencio, sólo interrumpido por los murmullos del agua. Hong, entregado á sus tristes pensamientos, sentóse en la margen de la abertura con las piernas colgantes sobre el río, mirando distraídamente la corriente y ajeno, al parecer, á la preocupación del peligro que corrían. Tiguma, por su parte, escuchaba con profunda atención, tratando de oír el menor rumor que pudiese indicar el retorno en actitud ofensiva de los cazadores de cabezas. Than-Kiú, en tanto, sentada junto

to al malayo y al joven chino, parecía también aborrecer en sus pensamientos y no prestaba atención á las palabras que se cambiaban entre los dos compañeros. Un silbido raro que oyeron sobre sí sacó á los sitiados de sus meditaciones.

—¿Es una serpiente ó una flecha?—preguntó Hong, alzándose con rapidez.

—Una flecha—repuso Pram-Li.

—¿De dónde la han disparado? ¿Has visto á alguien por el río?

—No; si alguno hubiera tirado desde el agua, lo habríamos visto.

—Entonces, ¿cómo puede haber llegado aquí la flecha?—observó la joven.

—¿Se trata, pues, en realidad de una flecha?—dijo Sheu-Kin.—Tendría curiosidad de verla.

—Busquémosla—exclamó el malayo.

Encendió un trozo de yesca y se pusieron todos á buscar la flecha, mientras Sheu-Kin vigilaba el río. No tardó mucho en descubrirla Pram-Li. Por su dirección indicaba que no había sido lanzada de la parte del Bacat.

—¡Es extraño!—murmuró con ansiedad mirando á la parte opuesta de la galería.—¡Tiguma!...

—¿Qué hay?

—¿Dónde termina esta galería?

—No la he explorado nunca.

—¿No sabes si tiene comunicación con el exterior?

—Lo ignoro.

—Sheu-Kin, ponte en guardia con el fusil apuntando al fondo de la galería. Vamos á examinar la flecha.

Se puso de puntillas y alcanzó á desclavar el dardo; era una caña de bambú con punta de hierro; en medio llevaba arrollada una especie de cinta vegetal.

—¿Qué significa esto? ¿Será una señal ó un adorno?

—Creo que se trata de una flecha mensajera—repuso el igorroto.

—¿Qué quieres decir?

—Que en esta hoja debe de haber algo escrito.

—En efecto, he oído que ciertas tribus usan los vegetales como papel.

Desenrolló la cinta, y á la luz de la yesca vió dos rayas quebradas y desiguales.

—¿Será esto palabras?—se preguntó estupefacto.

Tiguma, que se había inclinado para examinar aquel pedazo de hoja, dió un grito de júbilo.

—¡Conozco la letra!

—Pero ¿tú llamas letra á esto?—exclamó con estupor el malayo.

—Son signos que comprendo, porque los usamos en mi tribu.

—¡Es posible!... Entonces hay que suponer...

—Que entre los hombres del *bagani* hay algún compatriota mío—concluyó el igorroto.

—¡Descifra, pues, estos signos!

—Ya los he leído.

—¿Qué dicen?

—Que sigamos la galería hasta el fin, y que alguien vela por nosotros.

—¡Vela por nosotros!—exclamaron estupefactos al saberlo Than-Kiú y Hong.

—¿Habrá algún conocido nuestro entre los hombres del *bagani*?—preguntó el malayo.

—Todo lo hace suponer así—repuso Tiguma.

—¿Quién puede ser?... No tuvimos nunca relación con los cazadores de cabezas.

—Puede ser alguno de mi tribu.

—Vamos á cuentas. ¿No matan siempre á sus prisioneros esos hombres?

—Alguna vez no.

—¿Han hecho prisioneros en tu tribu?

—Sí; el año pasado asaltaron la aldea y se llevaron varias mozas y algunos mozos.

—¿Iría entre los que nos perseguían alguno de esos mozos y te habrá reconocido?

—Así lo supongo.

—¿Y este escrito dice que caminemos hasta el fin de la galería?

—Sí.

—¿Habrá algún paso que nos permita huir?

—Vamos á verlo—dijo con resolución el chino.

—¡Como no sea un lazo que nos tiendan!—observó el receloso malayo.

—Estaremos en guardia y no nos dejaremos sorprender. ¿No habrá por ahí un trozo de cuerda embreada para hacer una tea?...

—Yo tengo.

—Pues enciéndela, y en marcha.

—Dejaron de centinela á Sheu-Kin para evitar que los bandidos, aprovechando su ausencia, escalasen la roca, y los otros, precedidos de Pram-Li, que iluminaba el camino, se pusieron en marcha con los fusiles preparados. La galería, á medida que avanzaban, iba haciéndose más estrecha y más baja, acentuando su pendiente, cual si tendiera á perderse en las entrañas de la tierra. Las paredes, muy desiguales, tenían á veces hendiduras profundas y concavidades que estrechaban el paso, permitiéndolo á una sola persona apenas. En algunas partes, en cambio, las hendiduras formaban verdaderas cuevas semicirculares.

Habían recorrido poco más de doscientos metros, cuando desembocaron de improviso en una amplia caverna circular, que medía lo menos cien metros de circunferencia. Apenas penetraron en ella, cuando una ráfaga de aire fresco agitó bruscamente la luz de la antorcha.

—Aquí hay alguna salida—dijo Hong deteniéndose.

—Sí; y debe de hallarse en aquella parte.

—Estad prontos á disparar en cualquier momento.

—¿Temes alguna sorpresa, Hong?—le preguntó Than-Kiú.

—Todo puede esperarse de tales hombres.

Avanzaron cautamente y llegaron ante una abertura de medio metro de larga, y de anchura apenas suficiente para poder pasar Hong uno de sus muslos. La corriente de aire procedía de aquel sitio.

—He aquí un paso que no nos será de ninguna utilidad, pues á causa del gran espesor y dureza de la pared no podemos ensancharla... ¿Por qué motivo nuestro desconocido protector nos ha invitado á venir aquí?... Es un misterio.

—Como es incomprensible también lo de la flecha—observó Than Kiú.

—¿Qué quieres decir?

—Porque no se concibe que una flecha lanzada por esta abertura pueda llegar hasta la boca de la galería.

—Cierto; tanto más, cuanto que hemos ido en descenso siempre—dijo el malayo.

—Tienes razón. ¿Qué opinas tú, Than-Kiú?

—Que debe haber sido lanzada, sin duda, desde otra parte.

—¿Habrá alguna otra salida que no habremos visto?

—Así debe de ser, y la buscaremos al regreso

—Pero ¿por qué nos ha hecho venir aquí el autor del escrito?—exclamó Pram-Li.

—Algún propósito habrá tenido. Voy á examinar la grieta.

Cogió de manos del malayo la cuerda embreada, la introdujo en la abertura, y dió un grito de sorpresa y de júbilo.

—¿Qué hay, Hong?

Por toda respuesta, el chino metió el brazo y sacó una ave gruesa del tamaño de un pavo pequeño, que tenía el cuello atravesado por una flecha delgadísima, pero absolutamente igual á la que había llevado el aviso misterioso. Son volátiles de abundante plumaje negro con pintas blancas y rojizas, que les hace parecer mucho más grandes y gruesas de lo que en realidad son.

—Ahora comprendo por qué nos ha hecho venir—dijo Tiguma;—sabiendo que nos sitian, ha querido proporcionarnos víveres.

—Entonces debe de ser un compatriota tuyo—repuso Pram-Li.

—¡Oh, ahora no me cabe duda!

—Veamos si hay algo más—observó Hong.—Quizá nuestro proveedor no habrá olvidado que somos cinco.

Alargó nuevamente el brazo, y sacó dos palomas algo más gruesas que las nuestras, con plumas de azul brillante en el pecho y en el lomo verde-oscuro, con reflejos dorados; habrá, además, dos estorninos, bananas y unas ramas resinosas que podían servir de antorchas.

—Ese desconocido protector ha pensado en todo—dijo Hong satisfechísimo.—Nos ha provisto hasta de velas.

—¿Ya no hay nada más?

—No; ya no hay más, Than-Kiú.

—Pues hasta la próxima—exclamó la joven sonriente.

—¡Oh! Seguramente continuará abasteciéndonos. Con esto sólo tenemos para dos comidas.

—Quisiera conocer á ese misterioso protector—dijo Pram-Li á Tiguma.

—Ya se dará á conocer.

—¿Y cuándo?

—Quizá antes de lo que creéis—repuso el igorroto trazando con la punta de su cuchillo algunos signos, incomprensibles para los chinos, en unas hojas que arrolló en la flecha y depositó en una grieta de la abertura. Luego añadió:—El hombre que nos favorece, está advertido de que deseamos conocerle.

En aquel instante se oyó un disparo y el grito de alarma de Sheu-Kin:

—¡Á las armas!

Mientras corrían á reunirse con él, resonó una segunda detonación. Al llegar hallaron á Sheu Kin encorvado hacia afuera, en observación.

—¿Atacan?—le preguntó Hong, poniéndose á su lado.

—Vi algunos hombres que trataban de subir desde la orilla; eché uno á pique, metiéndole una bala en el cráneo, y los otros se ocultaron en aquella escombrera de enfrente.

—¿Eran muchos?

—Lo menos una docena.

—Quisiera saber cuántos son los que nos sitian.—Tiguma le dijo la joven.

—Si fuera posible, ¡vaya si la intentarían!... ¿Qué dice Tiguma?

—Que deben de ser muchos los sitiadores—repuso Pram-Li.

—Es una triste cosa que estemos aquí sitiados, pocos pasos de la aldea.

—¡Ah!... ¡Qué ideal!

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido, Hong?

—Pregúntale—dijo en vez de responder—á qué distancia se halla la aldea.

El malayo hizo la pregunta y tradujo la respuesta.

—Á seis ó siete horas de camino, calculando los rodeos que da el río.

—¡Si pudiésemos avisar al amigo del jefe de Tiguma!... ¿Tiene muchos guerreros el jefe mandayo?

—La tribu no es muy numerosa, pero podría poner en armas los suficientes para hacer huir á esos bandidos.

—¿Se puede intentar?

—Los hombres del *bagani* vigilan—repuso el igorrote.

—Trataremos de burlar su vigilancia—dijo entonces Pram-Li.

La joven, al conocer estas palabras, observó:

—¿Habéis olvidado á nuestro misterioso protector?... ¿Por qué no hemos de valerlos de él, más bien que exponer la vida de uno de nosotros?

—Tienes razón, *Flor de las Perlas*; le había olvidado.

—Aguardemos su respuesta, y luego resolveremos lo que haya de hacerse.

—Y, en tanto, ¡fuego sobre esos canallas que se han propuesto no dejarnos tranquilos un momento!—exclamó Sheu-Kin.

—¿Vuelven?—preguntó Hong.

—Míralos entre las peñas, tratando de acercarse, con sus arcos. ¡Cuidadol... ¡Acaso están envenenadas sus flechas!...

De un empujón, el joven chino había echado adentro á la joven y á Hong. En aquel instante, tres flechas se clavaron en las paredes de la galería, á pocos pasos de ellos. El jefe del *Lirio de Agua* y el mayayo se echaron al suelo, ordenando á los demás que les imitaran, retirándose al interior, mientras ellos se arrastraban hacia la boca con cautela.

—¿Lo ves, Pram-Li?

—Sí.

—¡Pues á ver si hacemos carambola! Tiremos al centro del grupo.

—Es que...

—¿Qué?...

—Quisiera antes ver lo que hacen. Me parece que efectúan alguna maniobra misteriosa.

—Tienes razón. ¡Cualquiera creería que están corriendo algo!

—Y alzan del río un barril ó una caja.

—¿Contendrá pólvora?

—No creo que esos salvajes, que usan más las flechas que los fusiles, puedan tener tanta cantidad.

—¿Qué contendrá entonces ese bulto?—se dijo Hong, no muy tranquilo.

—Tirémosles antes de que puedan terminar su misteriosa operación.

—Eso quería proponerte, Pram-Li; apunta al medio del grupo.

—Estoy pronto.

—¡Fuego!

Retumbaron los dos disparos como si fuesen uno

solo; los bandidos se apresuraron á saltar al agua, pero dos de ellos rodaron sin vida á la extremidad de un banco de arena.

—¡Buen golpe!—exclamó Sheu Kin.

Hong le respondió con un grito de rabia. Había visto surgir una llama de las hierbas trepadoras que cubrían el flanco de la roca, produciendo una nube de espeso humo.

—¡Salteadores!... ¡Nos quieren ahumar!...

En aquel mismo momento sintió en su garganta un cosquilleo y un picor insoportables, mientras sus compañeros se llevaban las manos á los ojos.

—¡Por la torre de Nankin!... Me escuecen los ojos y me parece que he perdido la vista.

—¡Por cien mil cocodrilos!... ¿Qué hay bajo nosotros?

Estas exclamaciones de Sheu Kin y Pram-Li eran justificadas. Un humo acre, punzante, sofocante, que dañaba la garganta y los ojos, subía de la escollera, mientras la cortina de plantas trepadoras desarrollaba un calor tan intenso, que no podía resistirse á la entrada de la galería. Hong y sus dos compañeros, medio asfixiados y casi ciegos, se arrojaron adentro, rechazando á Tiguma y á Than-Kiú, que se lanzaban en su ayuda.

—¡Huid!—exclamó el chino.

—¿Qué sucede?—preguntó *Flor de las Perlas* comenzando á toser.

—No lo sé; huyamos á la caverna del fondo ó nos asfixiamos.

Recogieron apresuradamente las ramas resinosas y los viveres, y huyeron apresurados, mientras las primeras nubes de humo, suspendidas por el viento, penetraban lentamente en la galería. Cuando llegaron al extremo, detuviéronse cerca de aquella especie de buzón abierto en la roca, para poder respirar mejor.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Than-Kiú.

—Que esos canallas han intentado asfixiarnos prendiendo fuego á las plantas trepadoras que crecen en las laderas de la roca.

—Y ese olor acre que nos irritaba garganta y ojos, ¿calculas tú, Tiguma, de dónde procedía?

—Indudablemente de algunas hojas de *cumakru*.

—¿Y qué es eso?

—Un arbusto cuyas hojas al quemarse despiden un olor tan fuerte, que no puede soportarse durante un solo minuto.

—¡Al diablo esos canallas!

—Afortunadamente, existe esta gruta; de otro modo, no hubiéramos podido resistir mucho en la galería.

—Lo malo es que, después del fuego, no dejarán de subir esos bribones.

—Tened por seguro que vendrán.

—Serán recibidos como se merecen—exclamó Hong al conocer las palabras del igorrote.—¿No tienes miedo tú, Than-Kiú?

—La hermana de Hang-Tu nunca ha temblado ante el peligro. Estoy pronta.

—¡Silencio!—dijo en aquel momento Sheu-Kin.

—¿Vendrán ya?

—No. Pero ¿oís?

Por la abertura dejóse oír un ligero silbido que parecía lanzado por una serpiente. Inmediatamente Hong echóse á la cara el fusil, gritando con energía:

—¿Quién vive?

El mismo silbido, más dulce que antes, se repitió, y al final una voz humana pronunció una palabra. Tiguma dió un salto, precipitándose ante el buzón, y contestó:

—Aquí estoy.

Hong encendió precipitadamente una antorcha, sin soltar el fusil, y miró por la abertura, alumbrándose. Por el otro lado aparecía una cabeza humana: la de un joven de piel muy oscura y reflejos color de ladrillo, de facciones dulces y ojos pequeños y negrísimos. Llevaba el cabello largo, recogido en dos trenzas adornadas con escamas de tortuga y espinas de pescados. Al ver á Tiguma, sus ojos se animaron, brillando como brasas.

—Soy el muchacho que...

—¡Vindhít!—le interrumpió con júbilo Tiguma.

—Sí; Vindhít.

—¿Te perdonaron, pues, los cazadores de cabezas?

—Lo estás viendo.

—¿Y me has reconocido?

—Sí; aunque han pasado cuatro años, te reconocí esta mañana al verte pasar por el bosque con los hombres de piel amarilla.

—¿Y te propusiste ayudarnos?

—Ya lo ves.

—¿Conocías esta caverna?

—Sí.

—¿Y de dónde enviaste la flecha?

—Desde una grieta que hay sobre la galería.

—¿Y eres tú quien nos ha provisto de víveres?

—Sospeché que no tendríais, y fui á cazar para vosotros.

—¿Son muchos los hombres del *bagani*?

—Ciento... lo menos—contestó con desconsuelo Vindhít.

—Y resueltos á cogernos, ¿verdad?

—Dicen que habéis matado al *bagani* y están decididos á vengarlos.

—¿No habrá algún medio de huir de ellos?

—Lo he buscado en vano. Todo lo que puedo hacer es abastecerlos de víveres. ¡Adiós! Volveré en cuanto pueda; dentro de algunas horas. Los hombres del *bagani* me aguardan para intentar un asalto

decisivo contra vosotros. Tratad de defenderos bien si no queréis perder la cabeza. Si no me matáis, volveré pronto.

El joven desapareció sin ruido, internándose en la selva que se extendía tras de la caverna, y Tiguma se apresuró á informar á sus amigos de lo que le dijo Vindhít.

—¡Cien hombres—exclamó Hong—son demasiados para nosotros!

—¿Qué hacer?—dijo la joven, que se había estremecido al conocer los propósitos de los cazadores de cabezas.—¿Salvaremos las nuestras?... ¡Ah! ¡Que mi misión tenga que terminar aquí!... ¡Hong!... ¡Tengo miedo!...

—Tienes miedo... por él—murmuró el chino á su oído.

La joven negó con la cabeza.

—Sí, Than Kiú; sí, *Flor de las Perlas*; tienes miedo de no poder salvar á Romero.

—No—afirmó ella con voz entera.—¡Te juro que no, Hong!

—¡Gracias, gracias, amada mía!—repuso él exhalando un suspiro de alivio. Y luego, enderezándose, gritó con voz tonante:—¡Vamos á dar la batalla y á salvar á *Flor de las Perlas*! ¡Sheu-Kin, Pram-Li, Tiguma, seguidnos!

—¿Adónde pretendes ir, Hong mío?

—Á forzar el paso del río.

—¿Y si te matan?

—¿Qué importa?... Moriré ante tu vista y...

—No, Hong, no; no quiero. No me consolaría nunca de tu muerte. ¡No, no quiero! *Flor de las Perlas* te lo suplica, Hong. Aguardemos al amigo de Tiguma.

—¿Qué esperas, Than-Kiú?

—¡Quién sabe!... ¡Aguardemos!

En el mismo instante oyóse rumor de voces humanas procedentes de la galería.

—Ya están aquí—exclamó el malayo, lanzándose en aquella dirección.

—Sí, ya vienen—confirmó Sheu-Kin.

—¡Pues bien!... ¡Vamos á su encuentro!—gritó Hong con voz preñada de siniestras amenazas.

CAPÍTULO IX

EL PASO DEL BACAT

Á fin de no hacerse herir por alguna flecha envenenada, Hong hizo apagar todas las luces, y luego de haber rogado á la joven que se mantuviese cerca de la abertura, medio oculta tras un gran grupo de estalagmitas que unían el suelo y la bóveda de la caverna, lanzóse con los tres hombres intrépida-

mente hacia la galería, resuelto á impedir el paso á los invasores.

Un poco de humo entraba aún rozando el techo, pero había perdido mucho de su acritud, y bastaba encorvarse para evitarlo. Los cuatro hombres, sofocando con gran esfuerzo algún golpe de tos que hubiera podido denunciarles, llegaron en breve, no obstante la obscuridad, al ingreso de la galería.

—¡Todos al suelo!—ordenó Hong en voz muy baja. Es el mejor medio de evitar las flechas y el humo.

Acostóse el primero y escuchó con gran atención.

—Oigo leve rumor, como de cuerpos que se arrastran.

No había terminado de decir estas palabras cuando, desde el principio de la galería, oyéronse toses trabajosamente sofocadas.

—El humo les hace traición; parece que no respeta sus gargantas.

—Están aún lejos—dijo Pram-Li.

—Se ve que no se atreven á avanzar rápidamente—observó Hong.—Temer. ¡Buen síntoma!

—¿Adelantamos nosotros?—preguntó el malayo.

—Es inútil. Cuanto más afuera, más humo habrá, y nuestras toses les advertirían de nuestra presencia. Además, éste es un puesto excelente para defender la gruta. Tanto más, cuanto que estas convexidades de la roca pueden servirnos de resguardo.

—¡Chito!—murmuró Tiguma.—Me parece que los hombres del *bagani* están más cerca de lo que sospechamos.

—¿Has visto algo?

—¡Calla! Están hablando en la galería; aguardad aquí.

Habiase arrastrado unos quince pasos, cuando oyó un bisbiseo. Detúvose, apoyado en la pared, y escuchó:

—¿Los oyes?—preguntaba uno.

—No—respondía otra voz.

—¿Habrán huido?

—¡Imposible! La galería no debe de tener salida alguna.

—Pero no hemos llegado aún al fondo. ¿La has explorado tú alguna vez?

—Nunca.

—¿Dónde acabará?

—Eso es lo que no sé.

—¿Nos siguen los otros?

—Sí; los oigo arrastrarse.

—Este silencio me inquieta.

—También á mí.

—¿Habrá ahogado el humo á los chinos?

—Eso se me estaba ocurriendo.

—Quizá se hayan ido á morir á algún antro que no hayamos visto.

—Busquemos, pues, algún tizón para ver bien.

—¿Y si viven? Ya sabes que esos chinos tienen armas de fuego.

—Y que las manejan muy bien.

—¿Qué hacemos?

—¡Adelante! Hemos jurado vengar al *bagani*, y necesitamos las cabezas de esos chinos.

—¡Adelante!

Tiguma había escuchado sin perder palabra. Sabía bastante é iba á retirarse, cuando sintió que alguien tropezaba con él; instintivamente aferró el cuchillo y lo clavó en un cuerpo próximo. Un aullido horrible de dolor, que terminó en estertor de agonía, rompió el silencio de la galería. El igorrote se había puesto en pie de un salto; pero en el mismo instante se sintió agarrar por cuatro manos vigorosas, levantado en el aire y llevado á través de la galería. Lanzó un grito:

—¡Socorro!... ¡Me han cogido!...

Hong y sus compañeros, imaginándose al oír la voz conocida lo que pasara, se precipitaron resueltamente adelante, chocando en breve con los cazadores de cabezas, que se habían introducido en la galería.

—¡Fuego!—mandó con voz tonante Hong.

Tres relámpagos rasgaron las tinieblas, seguidos de tres detonaciones. Al rápido fulgor de la pólvora vieron los chinos y el malayo que huían varios hombres ante ellos.

—¡Adelante!—ordenó Hong, empuñando el fusil por el cañón á guisa de maza.

Los enemigos, aterrados por la imprevista descarga y por los gritos de dolor de sus compañeros, á quienes rompían el cráneo con las culatas los sitiados, se dieron á precipitada fuga, sin pensar en oponer la menor resistencia. El pánico había cundido y los tres hombres llegaron á la boca de la galería machacando cráneos y quebrando costillas. Desde la abertura, los cazadores de cabezas se precipitaban al agua, escondiéndose en las escolleras. Hong, el malayo y Sheu-Kin, reanimados por la fuga de sus enemigos, les persiguieron aún con una nueva descarga.

—Aprovechemos su pavor para huir—dijo Hong. ¡Sheu-Kin, ve á llamar á Than-Kit!

—Presente—exclamó la joven, compareciendo fusil en mano.

—Ven, *Flor de las Perlas*—murmuró él, cogiéndola con sus robustos brazos.—Tratemos de ganar la orilla opuesta del Bacat.

—¿Y Tiguma?

—Secuestrado.

—¿Y lo abandonaremos?

—Por el momento, no hay otro remedio. Pero no dejaremos á ese valiente en manos de tales bandi-

dos. Agárrate á mi cuello, y vosotros dos protegéd la retirada. Tú, amiga mía, toma todas las municiones y consérvalas donde no se mojen. Las necesitaremos en breve.

Dicho esto, se precipitó resueltamente al agua, nadando vigorosamente. Than-Kiú, abrazada á su cuello con una sola mano, sostenía en alto con la otra los dos fusiles y las municiones. Mientras surcaba la corriente el chino, sus dos compañeros en lo alto de una roca protegían su huida, disparando contra los cazadores de cabezas que se habían precipitado sobre él para apresarle, y lanzaban sobre el nadador una lluvia de flechas. Los primeros tiros de Sheu-Kin y el malayo mataron á los dos hombres que se habían metido ya en el agua, y que dejaron en el río un doble círculo sangriento. Alzóse entre los salvajes un alarido de rabia y espanto, pero otras dos víctimas quitáronles el valor de perseguir á los fugados afrontando á tan diestros tiradores, y se despararon escondiéndose entre las escolleras.

El malayo vió que había llegado Hong á un banco de arena y depositado allí su preciosa carga felizmente, y gritó á su compañero:

—¡Ahora tú! ¡Al agua! Ten el fusil y las municiones con la mano izquierda, y cuida de que no se mojen ni uno ni otras.

—Soy buen nadador; descuida.

Los del *bagani*, al verles sumergirse, salieron otra vez del bosque con ánimos de ver si eran más afortunados y podían apresarlos ó matarlos á flechazos, pero la retirada de éstos protegíanla Hong y Than-Kiú desde el banco en que habían puesto el pie. Dos nuevas víctimas, una de ellas con turbante, que indicaba cierta categoría superior entre los asaltantes, hicieronles retroceder de nuevo. Era demasiado para aquellos bribones, no acostumbrados á una resistencia tan desesperada y mortífera.

Reputando ya imposible la persecución, una vez que los adversarios habían logrado atravesar el *Bacat*, después de aullar, amenazar y casi agotar su provisión de flechas, se marcharon, desapareciendo por entre los árboles del bosque.

—¡Gracias, Hong! Nuevamente me has salvado la vida—dijo la joven con efusión.

—¡Bah! Cuenta que, junto á la tuya, estaban las nuestras por salvar.

—Y todavía queda otra que hay que arrebatarse á la muerte.

—Sí, la de Tiguma; pero esta empresa es mucho más difícil, Than-Kiú.

—No podemos abandonar á ese valiente en manos de aquellos feroces bandidos.

—Y no lo abandonaremos, aunque tengamos que arrostrar la muerte; tanto más, cuanto que lo necesitamos para llevar á feliz término nuestra empresa.

—¿Y cómo haremos, Hong?... ¿Sabe alguno dónde está la aldea de los cazadores de cabezas?

—Pero... ¡si á estas fechas lo habrán matado ya!

—¿A Tiguma?

—¡Claro!

—Si no lo decapitaron al cogerlo, supongo que conservará la vida. Ya sabes que los cazadores de cabezas respetan alguna vez la vida de los que caen en sus manos.

—De cualquier modo, ha de costarnos mucho libertarlo, Hong.

—Acaso menos de lo que te figuras, *Flor de las Perlas*.

En aquel instante, el chino se levantó precipitadamente.

—¿Qué hay, Hong?

—Veo un hombre que atraviesa el río.

—¿Todavía algún bandido?—exclamó el malayo cargando su carabina.

—No; por ahora se trata de un amigo, ó mucho me engaño.

—¿Tiguma que vuelve, acaso?

—No; es nuestro proveedor. Estoy casi seguro de no equivocarme.

Salieron de tras los árboles que los resguardaban, y se acercaron á la orilla. Precisamente en aquel momento, un joven salvaje casi desnudo, pues sólo llevaba una especie de pequeña sotana de piel de pantera, llegaba al banco de arena. En la mano tenía un arco con algunas flechas, y al cinto un cuchillo grande de ancha, afilada y reluciente hoja.

—Es Vindhít. ¡Una fortuna que no esperaba!—exclamó Hong.

El igorroto se había parado en la orilla del banco, como dudando si avanzar ó retroceder. Hong y Pram-Li salieron á su encuentro, haciéndole señas afectuosas.

—¡No temas! Somos los amigos de Tiguma.

Pero el salvaje pareció no enterarse. Seguramente no comprendía el chino.

—¿No me has comprendido?

Vindhít permanecía inmóvil. Miró curiosamente á los dos hombres, y luego, tecando con el dedo el pecho de Pram-Li, pronunció algunas palabras.

—Sí; soy malayo—dijo éste sonriendo.

El igorroto sonrió á su vez, y dijo en su lengua, que sólo Pram-Li entendía:

—¿Sois los amigos de Tiguma?

—Así es, en efecto.

—Tiguma se halla en poder de los cazadores de cabezas.

—Lo sabemos.

—¿Y lo abandonaréis á su triste suerte?

—No; trataremos por todos los medios de libertarlo.

Un relámpago de júbilo brilló en los ojos negrísimos y expresivos del igorroto.

—Yo os ayudaré á salvar á mi compañero de infancia.

—¿Corre riesgo de ser decapitado?

—Sí; dentro de tres días. Apenas los hombres del *bagani* regresen á su aldea, será inmolado mi amigo para aplacar el ánimo irritado del jefe.

—¿Y está muy lejos la aldea?

—A dos jornadas de camino hacia el lago Lin-guasán.

—¿Crees que podemos alcanzarles antes de que lleguen á la aldea?

El salvaje denegó con la cabeza.

—Están ya lejos.

Pram Li tradujo á sus compañeros las noticias.

—La cosa es grave—dijo Hong.—Perseguirlos hasta su aldea, me parece empresa demasiado ardua.

¿Qué opinas tú, *Flor de las Perlas*?

—Aunque lo sea, creo que cometeríamos una mala acción abandonando á ese intrépido joven.

—Pero es que tendremos que arrostrar mil peligros graves; no somos más que cuatro, y quizá son varios centenares los cazadores de cabezas.

—La astucia, á veces, vence al número y á la fuerza.

—No digo lo contrario—murmuró Hong, ya á punto de arrojarse de cabeza á la empresa que consideraba arriesgadísima.

Vindhít, que escuchaba atentamente, haciendo esfuerzos por comprender aquellas palabras, hizo un ademán con la diestra y dijo á Pram-Li:

—Tus compañeros dudan del éxito de la empresa, ¿no es verdad?

—Sí; somos muy pocos para asaltar la aldea de los cazadores de cabezas.

—Pero no es necesario aguardar á que estén en su aldea.

—¿Qué quieres decir?

—Que podemos alcanzarlos antes de que lleguen.

—Pues ¿no decías que no podía ser, pues llevaban mucha delantera?

—Por tierra no puede ser; pero el río camina más que ellos.

—No te comprendo.

—Los bosques son difíciles de atravesar, pero el Bacat es fácilmente navegable. Sé dónde alcanzarlos.

—¿Y querrás acompañarnos hasta allá?

—Sí. Hasta el sitio por donde tienen que vadearlo.

—¿Y cómo llegar al vado antes de ellos?... Pienso que va una mujer con nosotros.

—Construyendo una balsa.

—No me parece mala idea. El Bacat no ha de ser de navegación difícil.

Comunicó la idea á sus compañeros y se resolvió construir la embarcación. De ese modo podían ahorrarse mucho camino, aunque se alejaran del pueblo á que les guiaba Tiguma.

—¡Bah! Ya iremos á esa aldea más tarde. Tiguma nos llevará.

Como no tenían segures, decidieron construir una balsa ligera con bambúes, que crecen abundantemente en ambas orillas; eran de unos quince metros de largos, pero menos gruesos que el muslo de un hombre. Los tres chinos y el igorroto cortaron en breve las cañas que necesitaban, eligiendo las más convenientes en largura y solidez, y, transportándolas junto al agua, comenzaron alegremente y con afán su obra.

El malayo, que había servido como marinero y lo entendía, dirigía la construcción, y á las dos horas se hallaba concluida. Sus proporciones eran de diez metros de larga, por cinco ó seis de ancha; tenía en el centro una especie de tienda para resguardar del sol á la joven.

—Marchemos—dijo Hong, ayudando á *Flor de las Perlas* á subir á bordo.—Cada minuto que perdamos es una probabilidad menos de salvarlo.

—¿Lo salvaremos, Hong?

—Esperémoslo, Than-Kiú.

Subieron todos, y, pertrechados de largas cañas que debían hacer oficio de remos, comenzaron la navegación. La corriente en aquel sitio era bastante fuerte, pues el río describía rápida curva. Hizo dar varias vueltas sobre sí misma á la balsa, y la empujó hacia la orilla opuesta; pero muy en breve comenzó á arrastrarla con una velocidad de seis ó siete kilómetros por hora.

Entonces Hong, viendo que no necesitaban ya de su ayuda, se metió en la tienda con su amada, mientras el malayo guiaba desde popa y Sheu-Kin y Vindhít, tendidos á proa, vigilaban las dos orillas y advertían á Pram-Li la presencia de los bancos de arena.

El río parecía correr por entre una región desierta en absoluto; en aquellos matorrales de plantas silvestres, entre las que sobresalían frutales como nogales moscados, tamarindos, arecas, mangostanes y sagúes, se alzaban multitud de pintadas y trinadoras aves. Lo que no se veía era cuadrumanos y fieras, con gran satisfacción de los viajeros.

Á medio día, después de haber recorrido unos treinta kilómetros, halláronse con una pequeña cascada que les interceptaba por completo el paso. Con una barca no hubiera sido difícil pasar; pero con una balsa no había que pensarlo, pues se trataba de una angostura entre dos peñones.

—Tendremos que desocupar la balsa—dijo bastante contrariado por aquel obstáculo Hong.

—No hace falta—dijo Vindhít, á quien Pram-Li tradujo la observación de su compañero.

—¿Por qué?

—Porque estamos ya en buen sitio.

—¿Qué quieres decir?

—Que es inútil continuar la navegación. Yendo rápidamente por el bosque, podremos cortar el paso á los cazadores de cabezas. Con esta marcha por el río hemos evitado la montaña que obliga á dar largo rodeo para llegar á la aldea del *bagani*.

—¿Estás seguro?

—Conozco estos sitios palmo á palmo.

—Desembarquemos entonces.

Empujaron la barca á la orilla derecha, y desembarcaron en la margen de un inmenso bosque de *tek*.

—Antes de reemprender la marcha, comamos algo; desde ayer no hemos probado bocado.

—Tienes razón, Hong. ¡Vamos!

—Que venga con nosotros Vindhít; puede sernos útil.

Than-Kiú se tendió á la sombra de un colosal árbol para descansar algunas horas; Sheu-Kin se quedó de centinela á su lado, y los otros tres emprendieron la marcha á caza de alguna salvajina.

La selva aquélla era la más hermosa de cuantas había visto Hong. Formada exclusivamente de *teks*, valía mucho oro. Son estos árboles de bellissimo aspecto y de gigantescas proporciones; suelen alcanzar una altura de cincuenta y hasta de sesenta metros, y el diámetro de su tronco es de metro y medio; su madera es la mejor que existe para construcciones, siendo muy superior en resistencia á la encina. Sus compactas fibras no son susceptibles al ataque de la carcoma ni de otro insecto alguno, y, lo que es más importante aún, no sufren ninguna alteración ni aun sumergidas en el agua del mar; al revés, parece que adquieren mayor dureza. Bien trabajada esa madera, desafía durante siglos la intemperie.

Hoy se hace enorme consumo de este material especialmente en los astilleros, aplicándolo á la construcción de las carenas. Para dar una idea de su resistencia, baste decir que, hasta hace pocos años, podía admirarse en el puerto de Marsella una nave construída toda de *tek* un siglo hacía; y, á pesar del tiempo transcurrido sin dejar de navegar, conservábase en excelente estado su carena, en inmersión durante toda una centuria.

El gran consumo que de esa madera se hace en Europa ha elevado prodigiosamente su precio, y hoy no se puede obtener un metro cúbico de *tek* por menos de trescientas pesetas.

—¡Cuánta riqueza perdida!—exclamó Hong.—Hay aquí millones y millones, que acaso nadie venga á recoger.

—Y también abundan las fieras, que sólo aguardan el momento oportuno para devorar á los admiradores de las plantas—dijo el malayo, preparando precipitadamente su fusil.

—¿Qué has visto, Pram-Li?

—No puedo decir de qué clase de animal se trata; pero, en plena selva, tenemos el deber de vigilar.

—Pero ¿has visto alguna fiera?

—Sí; está oculta en ese bosquecillo de bambúes.

—¿Era un animal grande?

—Me pareció voluminoso.

—Ha de ser algún jabalí. Me han dicho que abundan en esta isla.

—Vamos á asegurarnos.

—¡Espacio, malayo, que también hay panteras y tigres en este país!

Mientras cruzaban ambos estas palabras, el salvaje examinaba el suelo con atención.

—¿Qué buscas?

—Babirusas.

—¡Ah!... ¿Ha pasado alguna por acá?

—Sí.

—Es una salvajina que bien merece un disparo de fusil.

—Vamos á verlo—dijo Hong, enterado de la noticia.

Á cincuenta pasos había un cañaveral espinoso, que parecía extenderse al borde de un pantano, formado quizá por alguna avenida del Bacat. Era de vastas dimensiones y de fácil acceso, y los tres cazadores no dudaron de que la babirusa se había refugiado en él.

—¡No hagamos ruido ó escapará el animal!—dijo Hong.

El chino y el malayo, precedidos de Vindhít, que había colocado una flecha en su arco, se acercaron á los vegetales y escucharon. No se oía rumor alguno sospechoso entre las cañas, pero no podía dudarse de que se había internado allí, pues había dejado huellas: una especie de surco que desaparecía entre los bambúes. Algunas cañas habían sido dobladas, y hasta dos ó tres rotas. Los tres se ocultaron en aquella especie de sendero, moviendo muy despacio las cañas, que recobraron su posición vertical, y mirando con atención ante ellos.

—¡Hum!—murmuró Hong, moviendo la cabeza. Me parece que estas huellas son de un animal muy distinto que la babirusa. Se diría que alguien ha sido derribado al suelo por cualquier ladrón.

—En realidad, estas huellas no son sólo de una babirusa—añadió el malayo con inquietud.

—Mira, Pram-Li, manchas de sangre en estas cañas.

—Cierto. ¿Habrá sido herida la babirusa y se habrá arrastrado hasta aquí?

Interrogó á Vindhít, que examinaba las manchas, y repuso:

—Animal herido.

—¿Y por quién?

—Quizá por una pantera.

—No nos faltaría más que un encuentro con fiera tan temible.

En aquel momento oyeron tras ellos un débil susurro, como si alguien tratara de alejarse lentamente hacia el centro del matorral.

—¿Has oído?—dijo Hong al malayo.

—Sí; y he visto agitarse las puntas de las cañas.

—¿Será la babirusa?

—Indudablemente.

—Sigámosla, Pram-Li.

Se dirigieron hacia aquella parte, que era muy espesa, abriéndose paso á sablazos. El rumor aumentaba; el animal huía rápidamente de los cazadores, apartando ruidosamente las grandes cañas. Parecía haber abandonado toda prudencia. Hong y sus compañeros trataban de acercarse, pero les empujaban aquellos vegetales espinosos que les oponían increíble resistencia. Á cada momento el chino y el malayo tenían que detenerse y andar con tiento para evitar que se desgarraran sus vestidos. De pronto el rumor cesó.

—El animal se ha detenido.

—Sí; ya no se mueven las cañas.

—Y veo manchas de sangre aquí.

—¿Habrá expirado la babirusa, Pram-Li?... Vayamos con cuidado. ¿No sientes un olor...?

El malayo olió en el aire, y el terror se pintó en su rostro.

—Es un olor salvaje.

—Diríase que ha pasado por acá alguna pantera.

—Algún tigre, Hong. He sentido muchas veces

este olor en las selvas de la península malaya.

—Pregúntale á Vindhít.

—Una gran fiera—repuso el igorroto.

—¡Adelante, con prudencial!

—¡Prefiriría hallarme aún sobre el Bacat! Los tigres me han causado siempre mucho miedo.

—Acaso no se trata de uno de esos animales.

—¿De la babirusa, supones?

—No desespere aún de encontrarla.

Con el dedo en el gatillo del fusil y con toda clase de precauciones, despacio, escuchando y explotando á cada instante, avanzaron los tres, presa de una gran agitación nerviosa que la ansiedad aumentaba de minuto en minuto. Á los cincuenta pasos halláronse ante una masa ensangrentada y sin vida. Era un animal grueso como un ciervo, semejante á un cerdo con piernas de corza.

—¡Por fin!—exclamó Hong.—Ya tenemos la babirusa!

—¡Y en qué estado! ¡Tiene un flanco despedazado de un zarpazo!

—El tigre que la mató, viéndose seguido, ha renunciado á su presa.

—Se la robamos.

—Sí, Pram-Li; pero apresurémonos á dejar este matorral. Indudablemente el cazador no está lejos; cortadle los dos muslos posteriores y vámonos.

Mientras el chino vigilaba, el malayo y el igorroto cortaban las patas á la babirusa.

—Al tigre le queda aún mucha carne; no podrá quejarse; tiene para adquirir una indigestión; pero nosotros somos personas de conciencia y no queremos defraudar á los cazadores.

—¿Habéis acabado?

—Sí.

—Pues preparaos para recibir al dueño de la salvajina.

—¿Qué dueño?—preguntó el malayo, palideciendo.

—¡Por Fo! y Confucio! ¿Qué dueño ha de ser?... El tigre.

—¿Viene?...

—¿Oyes?...

Á veinte pasos se había visto agitarse las cañas, y de pronto resonó un rugido. ¡A-o-ung! Era el grito poderoso de guerra del tigre, y el malayo lo había oído bastantes veces para dudar.

—¡Amenaza con saltar sobre nosotros!—exclamó Pram-Li, sin poder dominar sus fuertes estremecimientos.

—¡Mejor!—contestó Hong con admirable sangre fría.—Si tiene la intención de castigarnos por ladrones, va á llevarse chasco. ¡Hola!... ¡En retirada, con la frente hacia el enemigo!

CAPÍTULO X

EL ATAQUE DEL TIGRE

El tigre se había anunciado con su grito de guerra.

Estos animales son ferocísimos, sobre todo cuando han empezado á verter sangre; pero son también prudentes en extremo; no atacan al hombre de frente, cara á cara, sino que prefieren hacerlo por sorpresa, confiando en su elasticidad realmente maravillosa.

No se crea por esto que abandonó la persecución de los cazadores; pero los seguía despacio por entre las hojas y las cañas, sin perderlos de vista y sin mostrarse.

Hong y sus compañeros se retiraban también despacio con las armas preparadas y los ojos vigilantes, sin atreverse á volver las espaldas por miedo á que,

en uno de sus poderosos saltos, el terrible felino cayese sobre ellos antes de darles tiempo para hacerle frente. El chino no había perdido su extraordinaria sangre fría y se mantenía tranquilo; en cambio, el malayo y el igorroto temblaban como atacados por la fiebre.

—¡Ánimo!—les repetía Hong.

—Tengo ánimo. Esto es la primera impresión, que pasará al primer disparo.

De pronto el salvaje se detuvo, haciendo con la mano un ademán.

—¿Qué hay?

—Ya no nos sigue el tigre.

—¿Estás seguro?

—Ya no se agitan las cañas de bambú.

—¿Habrá renunciado á perseguirnos?

El joven movió la cabeza con gesto de duda.

—¿Qué dice Vindhít?

—Parece que el tigre se ha detenido.

—¿No habrá dado un rodeo para caer sobre nosotros por la espalda? Esos animales son traidores.

—Me lo temo, Hong.

—Aguardemos.

Apoyáronse espalda con espalda para hacer frente en triángulo á la fiera, y escucharon. Nada turbaba el silencio del matorral. Las altas cañas permanecían inmóviles en torno de los tres cazadores.

—Nada; que el tigre habrá preferido entretenerse con la babirusa.

—¡Vindhít, envía una flecha hacia aquel sitio!

Hízolo así el igorroto, y le respondió un rugido tremendo.

—El tigre está emboscado. Vamos á hacerle salir.

—No expongamos en vano nuestra piel, Hong.

—Si no nos decidimos, este condenado animal nos va á tener en jaque. Vale más dar la batalla de una vez. ¡Déjame á mí disparar primero!

El chino tendióse en el suelo mirando por entre las cañas, que no tienen hojas hasta cierta altura, y vió dos ojos acerados que enviaban rayos hacia él.

—¡Allí está, á cincuenta pasos!

Arrodillóse, y apuntó con escrupulosa atención. Pram-Li, de pie tras él, se disponía á hacer fuego en cuanto el felino se mostrase, y el igorroto tenía también preparado el arco. El tigre, sospechando algo, maullaba sordamente, y de vez en cuando veíase entre las cañas agitarse su cola amarillenta con anillos negros. Hong hizo fuego. La detonación fué seguida de un aullido espantoso; el tigre dió un tremendo salto en el aire, aplastando las cañas que tocó con las garras, y cayó entre los vegetales.

—¡Está muerto!—exclamó Pram-Li.

—Vamos á asegurarnos—dijo Hong, muy ufano por aquel tiro magistral.

Sin tomarse el trabajo de volver á cargar el arma,

se lanzó hacia el sitio en que había caído la fiera y la vió muerta, bañada en sangre.

Encorvábese para asegurarse, cuando el tigre se puso en pie, pretendiendo lanzarse contra el imprudente, que cayó derribado de espaldas por el encontronazo. Aquella caída le salvó la vida; pues, si hubiera podido resistir, habría probado sus terribles uñas. Pero la fiera no le persiguió, para hacer frente al malayo y al igorroto, que se le iban encima. Desgraciadamente titubeó un instante en lanzarse sobre ellos, y aquella vacilación le perdió. Pram-Li, ante la inminencia del peligro, había recobrado su sangre fría; instintivamente apuntó al pecho del tigre é hizo fuego, cayendo el animal fulminado; la bala le había atravesado el corazón.

—Está muerto—gritó el malayo alborozado, mientras el salvaje degollaba con su cuchillo á la fiera, y Hong se levantaba empuñando el fusil por el cañón.

—¡Por Fo y Confucio!... Ha sido un golpe tan maestro como el mío.

—He disparado á tiempo; ya creía que me desgarraba las carnes.

Examinaron el animal; era un tigre de los más grandes, aunque no igualaba á los de la India, que son los más soberbios ejemplares del mundo.

—Siento mucho tener que abandonar tan hermosa piel.

—Déjala, Pram-Li; hemos perdido demasiado tiempo, y Than-Kiú estará inquieta por nuestra tardanza. Y no tenemos que olvidarnos tampoco de Tiguma.

Cargaron las armas y se apresuraron á abandonar el matorral, que por poco se convierte en su tumba. Á cincuenta pasos del río hallaron á Than-Kiú y Sheu-Kin, que habían oído los dos disparos y creían en peligro á sus amigos.

—Preparemos la comida para proseguir nuestra marcha. Vindhít nos ruega que nos apresuremos, ó no llegaremos á tiempo de cortar el paso á los cazadores de cabezas.

Encendieron un buen fuego y se pusieron á asar una pierna del cerdo salvaje, que aderezaron previamente con hierbas aromáticas. Mientras se asaba, esparciendo exquisito aroma, el amigo de Tiguma fué á buscar frutas, volviendo cargado de bananas y cocos á punto de retirar del fuego el asado. Aquella refacción, hecha á la orilla del río, bajo la sombra de los grandes árboles, fué deliciosa; la babirusa estaba sabrosísima, y hasta Than-Kiú comió con excelente apetito.

Media hora después se dirigían, á través de la selva, hacia el Oeste. Los árboles gigantes se sucedían sin interrupción, aunque separados por varios metros de distancia unos de otros, por lo cual la marcha no se hacía difícil. Aquellos enormes troncos,

perfectamente derechos, daban la ilusión de inmensa columnata sosteniendo una bóveda impenetrable de verdura. Á pesar de aquel alto techo, la temperatura era cálida en extremo, como de invernadero, haciendo sudar á todos los viajeros, que experimentaban mucha dificultad para el funcionamiento de sus pulmones.

Pocos pájaros y aves habitaban aquella selva majestuosa, en la que no había cuadrúpedos, tal vez porque no tenían dónde esconderse. Tras dos horas de fatigosa marcha llegaron á la orilla de una gran laguna que se extendía hasta la base de una cadena de colinas boscosas. En aquella ribera había muy pocos árboles, aislados entre sí y de aspecto triste, no viéndose en torno de ellos ni césped ni hierba en el suelo, cual si su sombra hubiera esterilizado la tierra. El igorroto, al verlos, hizo un gesto de disgusto y se apresuró á apartarse de ellos, mientras que Hong y Than-Kiú se detuvieron á contemplarlos.

No eran feos aquellos vegetales; tenían el tronco liso, alto como de treinta metros, y sus anchas hojas eran de color verde oscuro.

—¿Qué árboles son éstos y por qué te apartas de ellos?—hizo preguntar Hong al salvaje.

—*Bohon upas*—contestó el igorroto con voz que traslucía secreto terror.

—¡Los árboles del veneno!... Comprendo por qué crecen y vegetan aislados.

—¿Qué árboles son?—preguntó Than-Kiú.

—Unas especies de manzanillos colosales, cuya savia es un veneno activo con el cual los indígenas de esta isla, lo mismo que los de Borneo y de varias regiones de la Malasia, envenenan sus flechas.

—¿Y es terrible el veneno que contienen estos árboles?...

—Hasta ahora no se conoce el antídoto. Sólo en rarísimos casos, el amoníaco ha logrado curar algunos heridos de flechas envenenadas con el jugo de estas plantas.

—¿Y cómo se usa ese veneno?

—¡Ah! No sé; acaso lo sepa Pram-Li, que es malayo.

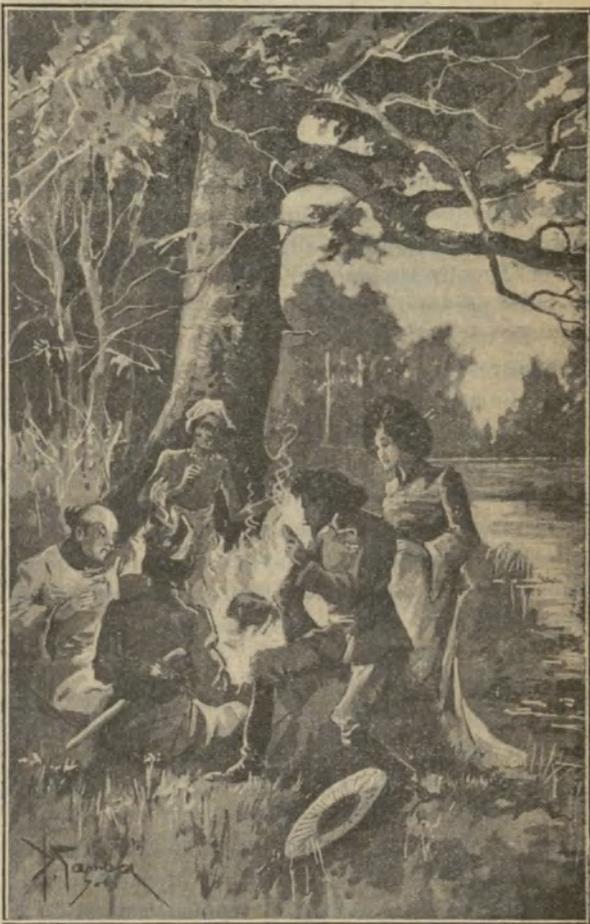
—Sí; he visto varias veces efectuar esa operación. Hacen pequeñas incisiones, pero profundas, en el tronco de la planta y se introducen en ellas, á la fuerza, delgadísimas cañas de bambú, divididas por la mitad, á lo largo, y por aquel canalito se desliza una substancia lechosa que se recoge en cubetas y se expone al sol para que se condense. Luego mezclan la pasta con jugo de tabaco ó tuba, para hacer más potente el veneno, y así puede conservarse hasta un año sin que pierda sus propiedades letales.

—¿Y basta untar la flecha con aquella pasta?—preguntó Hong.

—Sí; pero hay que repetir la operación de vez en cuando, porque la humedad destruye en poco tiempo la virulencia del *upas*. Por eso la pasta debe conservarse en lugar seco, y, mejor que todo, cerca del fuego.

—Debe de ser peligrosa la recolección de ese jugo.

—Sí; aunque esa savia recién salida del tronco no tiene acción destructora alguna sobre los tejidos de la piel. Pero la sombra que proyecta este maldito árbol proporciona á los cosecheros muchos des-



La babirusa estaba sabrosísima, y hasta Than-Kiú comió con excelente apetito.

arreglos orgánicos, y hasta enfermedades graves. Produce, entre otras dolencias, violentísimas jaquecas y la caída de los dientes.

—Se ve la letal influencia de esa planta. En torno de ella no nace hierba.

—Hasta los animales la evitan con cuidado. Si un ave se posara en sus ramas un instante, caería como herida por el rayo.

Mientras charlaban, llegaron á la orilla de la laguna. No era profunda, y el lecho estaba cubierto de plantas acuáticas, entre las cuales se veían surgir

macizos de cañas palustres, formando isletas pintorescas, seguro asilo de serpientes acuáticas. Algunos asquerosos cocodrilos se calentaban al sol sobre los bancos fangosos, bostezando tranquilamente, mientras, en gran número, distintas especies de aves revoloteaban sobre ellos.

Nuestros amigos avanzaban rápidamente sin hallar obstáculos á su paso, por la escasez de vegetales que por allí había. Sólo á doscientos ó trescientos pasos volvía á verse de nuevo la selva espesa en apretado bosque de palmeras, bananos, arecas, pombo, cauchos y *rotangs*. Al oscurecer habían dejado atrás la laguna, y se detenían ante las primeras colinas.

—Por aquí tienen que pasar los cazadores de cabezas—dijo Vindhít.

—¿Y si han tomado otro camino?

—No hay otro; pues si bajan por más allá encontrarán una laguna inmensa que no puede cruzarse sin barcas. ¡Mira allá!... ¿No ves una especie de surco entre las plantas?

—Me parece distinguirlo.

—Es un sendero; el único que atraviesa las colinas boscosas.

—¿Bajarán por él?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y no habrán pasado ya?

—Es imposible; deben de estar aún lejos.

—Entonces, mañana podremos alcanzarles.

—Ellos serán los que nos alcanzarán, y ¡quién sabe si esta misma noche! Os aconsejo que no encendáis fuego.

—¿Temes que puedan verlo?

—Sí; tal vez no están muy distantes, y sería bueno construir un campamento que pudiera servirnos de defensa.

Hong y Than-Kiú aprobaron la idea, y mientras ésta descansaba, pues su extenuación era notable, los cuatro hombres se pusieron activa y alegremente á la obra, levantando con ramas y hojas de banano una gran tienda, donde podían ponerse al abrigo de las flechas. Después, en derredor, construyeron una especie de muralla, escogiendo con preferencia plantas espinosas y bambú. Apenas habían concluido de cenar el trozo de asado de babirusa que les quedó de la mañana, y frutas, cuando el igorroto subióse como un mono á la copa del árbol gigantesco junto al cual habían construido la cabaña, y bajó precipitadamente.

—¿Qué hay de nuevo?

—Hogueras en la cumbre de la colina.

—¿Muchas?

—Unas veinte.

—¿Serán los cazadores de cabezas?

—No cabe duda alguna.

El malayo se apresuró á comunicarlo á sus compañeros.

—¡Excelente noticia!—exclamó Hong.—Me temía que hubieran pasado ya por aquí.

—¿Qué hacemos?—preguntó Than-Kiú.

—Ante todo, ir á enterarnos de si se trata en realidad de los cazadores de cabezas.

—¿Pretendes subir á la cima de la colina, Hong?

—Sí, *Flor de las Perlas*; es preciso. ¡Quién sabe si podremos intentar un golpe de mano esta misma noche!...

—Yo iré contigo, Hong. ¿No es cierto?

—No, Than-Kiú. No quiero exponerte á esa clase de peligros. Además estás delicada, y alguien tiene que quedarse para guardar nuestra fortaleza. Sheu-Kin te acompañará.

—Me duele permanecer inactiva cuando vais á batiros.

—Tiempo te quedará de desquitarte, mi valiente *Flor de las Perlas*—dijo el chino con dulzura.—Nuestra misión no está acabada.

—Cierto. Quizá tendremos que arrostrar aún serios peligros.

—¡Y todo por él!—murmuró Hong, apretando los dientes.

—¡Calla!... Yo sabré recompensar tanta abnegación y valor. ¿Partís en seguida?

—Sí; quiero asegurarme de la posición del enemigo.

Se agarró á las ramas inferiores del árbol y remonóse á fuerza de puños á las superiores, desde donde pudo ver las hogueras que ardían en la cumbre de la colina; en torno de sus llamas, que iluminaban siniestramente el bosque vecino, circulaban varias sombras humanas.

—Sí; indudablemente son los hombres del *baganí*—murmuró el chino.—¿Dónde [tendrán á Tiguma? ¿En el centro del campamento ó en algún ángulo? ¿Podremos libertarlo sin que lo adviertan por lo pronto?... Esperémoslo.

Bajó lentamente y, apenas tocó tierra, dijo al malayo y al igorroto:

—Marchemos, amigos.

—¿Vamos á sorprender á esos tunantes?

—Vamos á tratar de robarles á Tiguma. ¿Estáis decididos á todo?

—A todo.

—Tú no te muevas de aquí, *Flor de las Perlas*.

—Sé prudente, Hong.

—No temas. Nos valdremos más de la astucia que de la fuerza.

Le estrechó la mano, mirándola amorosamente por algunos instantes, saltó la barrera espinosa y se reunió con sus compañeros, que ya habían salido.

—¿Sabrás guiarnos?—hizo preguntar á Vindhít

—Os conduciré hasta el mismo campo enemigo— contestó el igorroto.—Conozco un sendero que va hasta la cumbre de la colina.

En efecto, atravesaron unos espesos matorrales y llegaron á una senda entre bosquecillos que cubrían todo el flanco de la colina. Era un paso apenas visible, que parecía hecho más bien por animales que por hombres, lleno de plantas, encombrado de raíces prominentes y que se cruzaban entre sí como enormes serpientes, formando caprichosos zig-zags.

Vindhít iba delante, sin titubear, apartando con cuidado algunas ramas y obstáculos que podían embarazar la marcha de sus compañeros, cautelosamente, parándose á trechos para escuchar, pues no era difícil que entre aquellos matorrales se ocultase algún animal peligroso. No obstante tantas precauciones, su marcha no pasaba inadvertida.

Á veces era algún ladrón nocturno que, al verlos llegar, huía haciendo crujir las hojas secas bajo sus zarpas y cortando alguna rama; otras, algún cuadrupedo que lanzaba al aire su grito de alarma, obligando á los tres compañeros á detenerse un momento.

Tras un cuarto de hora de marcha silenciosa y prudente, el joven salvaje se detuvo en el fondo de un barranco. Al mirar hacia arriba, había visto una claridad, proyectada ciertamente por las hogueras del campamento. En medio del resplandor, grandes aves revoloteaban desordenadamente; eran pájaros-zorros, enormes bípedos voladores, que tienen hocico semejante al de los perros.

—Ya estamos—dijo Vindhít al malayo.—El campamento se halla sobre este barranco.

—¿Habrá centinelas?

—Ordinariamente se contentan con encender hogueras como avanzadas. Los cazadores de cabezas no tienen enemigos en estos contornos, y el fuego basta para alejar á las fieras.

—¿Qué dice?—preguntó Hong.

Pram-Li se lo tradujo.

—¿Estarán aún despiertos?

—Seguramente, Hong.

—Convendrá, pues, aguardar á que se duerman. En tanto, podríamos llegar á alguna altura que domine el campamento.

El malayo manifestó este deseo de Hong al igorroto, que le dijo lacónicamente:

—Seguidme.

—En vez de subir al barranco de frente, dobló á la izquierda, metiéndose por entre la maleza; el paso era difícilísimo, pues tenían que ir abriéndose camino. De pronto retrocedió vivamente el igorroto, como si se hubiese hallado ante algún gran peligro.

—¿Qué hay?—le preguntó el malayo, que le seguía.

Un silbido agudo, que les heló la sangre en las venas, fué la respuesta.

—¿Una serpiente?

—Y de las peores—murmuró el isleño con voz trémula.

—¿La has visto?

—No; pero debe de estar muy próxima.

Hong, al oír el silbido del reptil, había palidecido, no obstante su intrepidez.

—¡No hacer uso del fusil!—dijo precipitadamente.—Un disparo nos perdería. ¡Mano á los cuchillos! Repitióse el silbido más cercano. El malayo dió un paso atrás.

—¡Un *ular-burong*! ¡Cuidado, Hong!... Es venenosisísima.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Entre la maleza que cubre la senda.

—Volvamos al fondo del barranco—murmuró Vindhít.—Ya hallaremos otro camino.

—Demasiado tarde—observó Pram-Li.—Ya está aquí.

El reptil se había echado fuera de la maleza que lo cubría, alzándose amenazador ante los tres hombres. El malayo no se equivocó al clasificarla; era una serpiente grandísima, de piel azul oscura con manchas amarillo-doradas, y de unos dos metros de larga; de las llamadas por los filipinos *ular-burong*.

Viendo delante al joven salvaje, precipitose contra él para clavarle en la pierna sus dientes venenosos; pero Hong lo había previsto: apartó de un vigoroso empujón al isleño, á quien el miedo tenía paralizado, y presentó el brazo armado del fuerte *kampilang*. El reptil se lanzó sobre la nueva presa; pero el sable bajó bruscamente y la bien templada hoja, empujada con vigor por el robusto brazo del chino, hirió á la serpiente, cortando en dos su cuerpo cilíndrico.

—¡Muere!—exclamó Hong con repugnancia, rompiendo la cabeza al reptil, que retorcia sus dos pedazos en las convulsiones de la agonía.—Prefiero habérmelas con un tigre de Bengala á luchar con tan asqueroso reptil.

Saltó sobre la serpiente partida, seguido por el malayo y por el salvaje, ya repuesto de su terror.

—¿Por dónde vamos, Vindhít?—dijo Pram-Li.

—Subamos—indicó el igorroto, señalando á la cumbre, que formaba como dos jorobas muy pronunciadas.

La selva hacía más y más espesa á cada paso. Á los árboles colosales sucedían matorrales que dificultaban seriamente la marcha, obligándoles, para no hacer ruido al abrirse camino con los sables, á arrastrarse como reptiles. El campamento de los ca-

zadores de cabezas debía de estar muy cercano. Por intervalos oíanse voces humanas.

—Desviémonos un poco—dijo el isleño.—Puede haber centinelas en estos contornos.

—¡Alto!—exclamó Hong.—Alguien se dirige hacia nosotros.

CAPÍTULO XI

LA LIBERACIÓN DE TIGUMA

Agazapáronse los tres en unas malezas, permaneciendo inmóviles. Á poca distancia oyeron movimiento de ramas, como si alguien se abriese paso entre los matorrales. Podía ser cualquier animal que huía del campamento, ó algún centinela explorador. Hong y sus compañeros, con la ansiedad que puede imaginarse, escuchaban, conteniendo hasta la respiración, temiendo ser descubiertos, cuando ya se consideraban á punto de salvar á Tiguma.

Pasaron algunos minutos de angustiosa expectativa, y á la incierta luz que proyectaban las hogueras encendidas en la cumbre vieron aparecer una sombra humana. Debía pertenecer á uno de los cazadores de cabezas, pues no era probable que en aquel paraje hubiera habitantes. El hombre permaneció unos minutos inmóvil, escuchando y mirando escrutadoramente; y luego, volviéndose á alguien que le seguía, dijo en un idioma que sólo Vindhít, de los tres escondidos, podía comprender.

—¿Es por este lado por donde oíste el ruido?

—Sí.

—No veo ni oigo nada.

—Sin embargo, no creo haberme engañado.

—Habrá sido algún animal.

—Juraría también haber visto sombras humanas flanquear el barranco.

—¿Y sospechas que sean los hombres amarillos que atravesaron el Bacat?

—Tenemos en nuestro poder al hombre que les servía de guía, y pudieran...

—¡Bah! ¿Quién se cuida de un salvaje?... Debes haber soñado... Volvamos al campamento.

Los dos cazadores de cabezas se internaron en el matorral. Hong y sus compañeros oyeron agitarse las ramas y crujir las hojas; luego quedó todo en silencio.

—Sospechan nuestra presencia—dijo Pram-Li, cuando el igorroto le hubo traducido el diálogo.

—Quiere decir que los tunantes vigilan. ¿No habrán hecho como que se alejaban, y se habrán quedado escondidos?

—Quedémonos aquí quietos un rato; no es prudente abandonar por el momento este escondite.

—Así opino también yo. ¿Qué le parece de esto á Vindhít?...

—Es del mismo parecer que nosotros, Hong.

—Pues aguardemos.

Se acomodaron lo mejor posible y permanecieron inmóviles y vigilantes durante una hora, que se les hizo larguísima, sin escuchar ni ver nada sospechoso. En el campamento habían cesado las conversaciones y las llamas debilitábase mucho, como si todos estuviesen durmiendo.

Seguros de no ser espíados, continuaron la ascensión, llegando felizmente á la cima de una de las dos jorobas. El campamento de los cazadores de cabezas se hallaba en la hondonada que formaban aquellos lomos pétreos; componíase de una treintena de pequeñas tiendas hechas con ramas y hojas para preservar á los acampados del rocío nocturno, muy peligroso en aquellos climas, y en torno de ellas ardían ocho hogueras que lanzaban sobre las cabañas reflejos amarillos y rojos. No se veía centinela alguno, pero varios hombres dormían cerca del fuego con las armas al alcance de la mano.

—¿Dónde estará Tiguma?

—¿No lo ves, Hong?

—No, Pram-Li.

—Allá, junto á aquellos árboles, atado á un tronco.

En uno de los extremos del campamento alzabase una areca, cuyas grandes hojas combadas proyectaban espesa sombra. Atado al tronco de ese árbol había un bulto, que podía ser un hombre.

—Debe de ser aquél. ¿No es así, Vindhít?

—Sí; es Tiguma.

—No me había engañado, Hong. También Vindhít lo ha reconocido.

—Se trata ahora, pues, de acercarnos y llevarnoslo.

—Es un proyecto quizá demasiado audaz.

—¿Tienes tú otro mejor?

—No, Hong; pero lo encuentro peligroso. Es imposible atravesar esos fuegos sin que los hombres que duermen fuera de las tiendas se enteren de nuestra presencia.

—Interroga á Vindhít. Á veces, estos salvajes tienen mejores ideas que nosotros.

El malayo expuso al igorroto el proyecto del chino; Vindhít lo escuchó en silencio, reflexionó algunos instantes y dijo:

—Creo que es el único proyecto realizable.

—¿Y podremos acercarnos al prisionero sin atraer la atención de los centinelas?

—Los hombres del *bagani* duermen.

—Acaso sólo con un ojo.

—Entonces los espantaremos.

—¿Cómo?

—Todo el césped y las malezas están secas; mira.

—Bueno; ¿y qué?

—Los incendiaremos. El viento sopla de la parte en que está Tiguma.

—Todavía no te comprendo.

—Las llamas invadirán pronto el campamento e incendiarán las cabañas; los cazadores de cabezas, asustados, huirán sin ocuparse seguramente del prisionero, á quien podremos salvar á favor del humo y la confusión.

—Nunca se me hubiera ocurrido á mí semejante idea—dijo el malayo, mirando con admiración al isleño.—Estos salvajes son más astutos que nosotros.

Hong, informado del plan de Vindhít, no tuvo nada que objetar.

—No perdamos tiempo—se apresuró á decir.

Dieron la vuelta con precaución al campamento, acercándose al sitio en que se hallaba el prisionero, donde ardían dos hogueras casi extinguiéndose por falta de combustible, una á cada lado de Tiguma. Tendidos en el suelo, con las armas al alcance de la mano, había ocho salvajes, que probablemente se habían abandonado á un sueño profundo.

Mientras Hong y sus compañeros intentaban acercarse al prisionero, uno de sus guardianes se despertó y comenzó á atizar el fuego de una de las hogueras que se apagaba. Antes de volver á dormirse dirigióse hacia la arca y, al asegurarse de que el igorrote, bien atado, dormía, reanudó su sueño.

—No te fíes, Hong—dijo el malayo al oído del chino.—Estos salvajes tienen un oído finísimo, y el menor ruido les descubrirá nuestra presencia.

—Me lo figuro, y creo que ese hombre se despertó porque oyó entre sueños algún rumor sospechoso.

—¿Prendemos fuego á las matas?

—Sí. ¿Tienes cañamo ó cuerda en los bolsillos?

—No hace falta, Hong; estas plantas son todas resinosas y arderán como azufre ó yesca.

—Incendiémoslo por tres partes, para que las llamas invadan todo el campamento. ¿Tiene con qué encender fuego nuestro compañero?

—Lo enviaremos cerca de una de aquellas hogueras y se servirá de uno de los tizones de ella.

—De acuerdo. Comunícale las instrucciones, y cada uno á su puesto.

Los tres hombres se separaron en opuestas direcciones. No habían transcurrido dos minutos cuando, del sitio en que estaba Hong, se vió surgir una llama, y casi en seguida alzaronse otras dos á breves distancias. Ningún salvaje había advertido el incendio.

La maleza se quemaba con rapidez increíble, avanzando el fuego muy de prisa hacia el campamento, impulsado por el viento. Por fin, los centinelas que dormían cerca del prisionero lanzaron un alarido de espanto al oír el rumor de las ramas secas quemándose.

Las llamas habían tomado tal incremento, envolviendo el campamento en semicírculo, que no era fácil dominar el incendio; millares de chispas caían ya sobre el techo de las cabañas, y el humo invadía el campo. Los cazadores de cabezas, asustados por aquella imprevista irrupción del terrible elemento, huyeron desordenadamente.

Era el momento aguardado por Hong, quien, sin reflexionar en el peligro, saltó por sobre las llamas, precipitándose hacia Tiguma, que bramaba desesperado, y hacía terribles esfuerzos por desatarse; las chispas le caían como lluvia en la espalda, socarrándole la piel. Hong cortó rápidamente las cuerdas, cogió al igorrote en sus brazos y, viendo un sitio por donde el césped se había ya consumido, escapó, gritando:

—¡Á mí, Pram-Li!

En aquel momento estalló un aullido de furor en el campamento. Los últimos cazadores de cabezas se dieron cuenta de la substracción del prisionero y volvieron vociferando espantosamente. Las llamas, que se alzaban ya entre las cabañas, no fueron bastante causa para detenerlos en su impulso rabioso; entre las nubes de humo y la lluvia de chispas corrieron tras de los tres raptos, sin hacer caso de las quemaduras que sufrían. Varias flechas cayeron en medio del grupo de los fugitivos, y Vindhít, que iba el último, lanzó un grito agudo.

—¿Estás herido?—le preguntó Pram-Li acercándose á él al verlo derribado.

—Estoy muerto—repuso el pobre igorrote.

Tenía dos flechas clavadas en la espalda.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó Tiguma, deslizándose de los brazos de Hong y precipitándose á Vindhít moribundo.

—¡Salvaos! Yo estoy perdido.

Hong, furioso, se había vuelto hacia los cazadores de cabezas, apuntándoles con su fusil. El malayo le imitó.

—¡Fuego!

Resonaron dos detonaciones, y cayeron dos salvajes.

Aquel doble golpe, y sobre todo la barrera de fuego, ya colosal, detuvo el ímpetu de los hombres del *bagani*.

—¡Pram-Li, cógelo en brazos y bajemos la montaña antes de que nos alcancen las llamas!

—No hace falta. Está muerto.

Era cierto; el desdichado había expirado bajo la mortal influencia del veneno.

—¡Huyamos!

El incendio avanzaba amenazador y rápido, extendiéndose de alto á bajo. Parecía que la colina era un océano de llamas. Las chispas esparcidas por el viento caían acá y allá, provocando otros incendios.

Hong y el malayo, seguidos de Tiguma y protegidos por el humo que los ocultaba, bajaban la colina á grandes saltos, ansiosos de reunirse con Than-Kiú y Sheu Kin. El chino estaba inquieto, pues no había podido fijarse en la dirección tomada por los cazadores de cabezas al huir, y no sin razón temía que el acaso les hubiera conducido hacia el refugio que habían improvisado pocas horas antes.



Era cierto: el desdichado había expirado bajo la mortal influencia del veneno.

—¡Pronto, pronto!—decía.—Tal vez corre peligro *Flor de las Perlas*.

Abriéndose impetuosamente paso por entre los matorrales, llegaron por fin al pie de la colina; sentáronse breves instantes para tomar alimento y asegurarse de que no eran seguidos, y continuaron su carrera.

La colina en pleno flameaba como un volcán en erupción, lanzando en torno millones de chispas sobre el bosque. Los grandes árboles comenzaban ya á incendiarse, chisporroteando algunas ramas. Entre el fragor del incendio oíanse lejanos gritos humanos.

—¿Qué dirección habrán tomado esos tunantes?— se preguntaba Hong con angustia.

—Creo que se han dividido—repuso el malayo.— Algunos han debido huir al llano, y otros parece que se han refugiado en la colina inmediata.

—No os dejéis sorprender de esos hombres—advirtió Tiguma.—Son muy vengativos, y, si os cogen, os degollarán sin piedad.

—Nos guardaremos bien de dejarnos coger. Pero apresurémonos á reunirnos con Than Kiú y Sheu Kin.

La casualidad les llevó al sendero y lo atravesaron á la carrera, tomando á la derecha, una vez en la llanura. El refugio debía de estar en aquella dirección; y en efecto, no habían recorrido cincuenta pasos, cuando oyeron gritar á Sheu-Kin:

—¿Quién vive?

—Somos nosotros—contestó Hong sin detenerse.

El joven chino y *Flor de las Perlas* habían atravesado la barrera de espinas, sirviéndose de una especie de puente formado con gruesas ramas. La joven acudió solícita al encuentro de su amado.

—¿Todos salvos?

—Hemos libertado á Tiguma, Than-Kiú.

—¿Y Vindhít? No lo veo.

—Ha muerto.

—¡Ah!... ¡Pobre joven!...

—Las flechas envenenadas de los hombres del *bagani* acabaron con él.

—¿Y quién ha incendiado el bosque?

—Nosotros.

—¿Y os siguen los cazadores de cabezas?

—No sabemos por dónde se han fugado. ¿No habéis visto algunos por acá?

—Ninguno; pero oímos vuestros disparos y me angustié, creyendo que os habían descubierto esos bandidos.

—En efecto, nos han visto, pero parece que han perdido nuestras huellas.

—¿Huimos?

—No, Than-Kiú. No es prudente abandonar este refugio por ahora. Quizá los cazadores de cabezas se han reunido por las lagunas.

—¡Y el incendio que sigue propagándose!

—No creo que se extienda hasta aquí. Los grandes árboles de la selva no están secos como aquellas malezas. De todos modos, nuestra encerrona no será muy larga. Mañana, si no oímos los gritos de nuestros enemigos, dejaremos este lugar y nos iremos hacia el río.

—Será demasiado pronto mañana—observó Tiguma, informado de esta resolución por el malayo.—Los cazadores de cabezas no se irán tan pronto.

—¿Crees que permanecerán por estos contornos?

—Sí; y nos buscarán activamente. Tienen que

—¿No tienen bastante con las pérdidas sufridas?— dijo Hong, cuando Pram-Li le tradujo las palabras de Tiguma.

—Parece que no.

—¿Tendremos que acabar con todos, uno por uno, para librarnos de esas sanguijuelas?

—Son muy vengativos.

—Y nosotros estamos dispuestos á exterminarlos—exclamó Hong furioso.—¿Qué opina Tiguma?

—Permanecer aquí por ahora—hizo responder el salvaje.—Este refugio está bien escondido y lo habéis ya amurallado. Esta barrera de espinas, que podemos y debemos engrosar todavía, constituye ya una buena defensa, un obstáculo formidable.

—Entonces, nos quedamos aquí hasta que pase todo peligro. No hay por qué exponer á Than-Kiú á nuevas aventuras que podrían costarle la vida.

—Te preocupas demasiado de mí, Hong. Ya sabes que estoy acostumbrada á respirar el humo de las batallas.

—¿Y si te mataran?

—Me vengaríais.

—Pero no me consolaría jamás de haberte perdido. Tratemos de hacer este refugio inexpugnable, compañeros. Quizá no ha terminado todo entre los cazadores de cabezas y nosotros.

Antes de emprender las obras de refuerzo, Pram-Li y Hong treparon al árbol que servía de apoyo á la cabaña, para averiguar la dirección del incendio. La cumbre de la colina llameaba aún vivamente, pero el incendio había hallado un obstáculo para propagarse á la selva; después de chamuscar muchos árboles, derribar varios y quemar algunos, el fuego se había detenido ante los bananos silvestres, demasiado ricos en hojas verdes y humedades jugosas para arder así como así. Á la sazón, las llamas volvíanse contra la colina de al lado, incendiando las malezas resinosas que cubrían también su cima.

—No corremos peligro de tostarnos. Dentro de pocas horas, las llamas habrán devorado todos los vegetales de la colina. Lo que quisiera saber era dónde han podido refugiarse los cazadores de cabezas.

Bajaron al suelo y, ayudados por Sheu-Kin y Tiguma, se pusieron á reforzar el fortín, como le llamaba *Flor de las Perlas*. Principiaron por cubrir la cabaña con grandes hojas de bananos y arecas para resguardarla de las flechas, y luego reforzaron la barrera espinosa, haciendo una muralla de varios metros de ancha y de la altura de un hombre. Numerosas ramas, plantadas dentro y fuera, debían impedir que pudieran ser substraídas las espinas.

Al terminar su obra, el fuego se había extinguido en la primera colina, y el viento nocturno empuja-

ba las escasas llamas de la segunda hacia otra altura próxima, hacia el Este. Por todas partes la selva opuso barrera infranqueable al incendio.

La lluvia de chispas había alarmado á todos los habitantes de la selva. Á cada instante se veían pasar por las cercanías de la cabaña fugitivos de todas clases: cuadrumanos, gatos de algalia y monteses, babirusas y hasta alguna pantera negra, pero tan asustados, que no pensaban en atacar.

Hong y sus compañeros, después de obligar á la joven á que descansara un poco, se habían puesto de centinelas tras la barrera. Aunque no volvieron á oír los gritos de los cazadores de cabezas, estaban inquietos, temiendo á cada instante el ataque de sus enemigos, y más recelosos aún por aquel silencio sospechoso. Pero pasó la noche sin que se realizasen sus temores.

—Indudablemente se han largado—dijo Pram-Li,—al surgir el alba.

Tiguma meneó la cabeza dubitativamente.

—No lo creo; no os hagáis ilusiones. Conozco demasiado á esos hombres.

—A esta hora ya habrían venido si tuvieran intención de atacarnos.

—Acaso no se han atrevido á moverse de noche. Arden en deseos de vengarse; pero también os temen mucho.

—¿Crees que nos darán aún que hacer?

—Tengo ese presentimiento.

—¿Está muy lejos la aldea adonde nos conducías?

—A unas diez horas de camino.

—¡Si se pudiese en una buena carrera llegar al río y vadearlo!...

—No abandonemos este refugio. Aquí estamos en condiciones de resistir mucho tiempo y de dar ruda lección á esos miserables. En la selva no podríamos resistirlos, pues son muchos.

—¿Como cuántos serán?

—Sesenta ó setenta.

—En efecto, son demasiados para nosotros. Subamos al árbol, Tiguma; desde allí podemos dominar un gran espacio; hasta las mismas lagunas.

El Sol se había alzado por detrás de la colina, y sus rayos caldeaban la selva y la llanura, reflejándose en las aguas estancadas de las lagunas. No habiendo apenas vegetales en la llanura, podía fácilmente descubrirse un campamento; pero ni el malayo ni el igorroto lograron distinguir el de los hombres del *bagani*.

—Se han ido—dijo Pram-Li, respirando.

—Todavía no; veo allá dos hombres sacando agua de la laguna.

—Son cazadores de cabezas, ¿verdad?—exclamó el malayo, fijando los ojos en la dirección indicada.

—Sí; los reconozco.

—¿Y dónde estarán sus compañeros?

—Probablemente habrán acampado en la base de la colina.

—¡Si fuésemos de exploración por el bosque! Creo que, asegurándonos acerca de su posición, podríamos tomar medidas para evitar un encuentro con ellos. ¿Qué te parece?

—Se puede intentar la suerte.

—¿Quieres acompañarme?

—Sí.

—¿Cogiste el arco de Vindhít?

—Y también las flechas envenenadas.

El malayo se preparaba á bajar, cuando el igorrote le detuvo por un brazo.

—Demasiado tarde—le dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Los bandidos se acercan.

—¿Cómo lo sabes? Yo no veo nada.

—Los papagayos y las cacatúas se han escapado de aquel bosquecillo de arecas.

—¿Y eso qué?

—Que alguien ha espantado á esas aves.

—Puede haber sido algún mono.

—No lo creo; ni papagayos ni cacatúas tienen miedo á los cuadrumanos.

—¿Ves moverse alguna rama?

—No; pero estoy seguro de que hay hombres bajo aquellos árboles.

Pram-Li se inclinó y dejó caer una ramita en la cabeza de Hong, quien alzó el rostro.

—¡Alerta!... Despierta á Than Kiú.

—¿Vienen?

—Me lo temo.

—¿Bajáis?

—En el momento oportuno estaremos tras de la trinchera.

Tiguma continuaba vigilando, sin apartar los ojos del bosquecillo de arecas, que se extendía casi hasta el fortín. Poco después vió volar también unas palomas, y un pájaro zorro que escapaba y fué á refugiarse en la copa de un mangostán. Cuando aquel extraño animal de vida nocturna se había decidido á abandonar su escondite, algo le había obligado.

—Bajemos; ya sé bastante—dijo Tiguma.

—¿Se dirigen hacia nosotros los hombres que sospechas?

—Sí; todas las aves se han alzado en la misma línea y huido en igual dirección.

—Entonces, preparémonos á la defensa.

Bajaron del árbol y se reunieron con los compañeros. Than Kiú estaba ya en pie.

—¿Es cierto que se acercan?—preguntó.

—Sí, *Flor de las Perlas*—respondió Pram-Li, sin dar á conocer sus temores.

—¿Son muchos?

—Lo ignoramos aún; quizá se trate de una avanzada exploradora.

—¿Qué hacemos?

—Aguardarlos, por ahora—dijo Hong; y volviéndose á Pram-Li, añadió:—Ordena á Tiguma que prepare su arco.

—Estoy pronto—contestó el salvaje.

—¿Eres buen arquero?

—Nunca se me ha perdido una flecha.

—Arrodíllate al lado de Hong, y está pronto á lanzar el dardo. Nuestras armas de fuego son inútiles por el momento, pues hacen demasiado ruido.

Todos se colocaron tras de la trinchera, con las miradas fijas en el bosquecillo. La ansiedad y la alarma estaban pintadas en todos los rostros. De pronto se oyó crujido de ramas; un mono saltó, refugiándose en lo alto de un árbol. Á lo menos, tal lo parecía.

—Seguramente es un explorador—dijo Hong á Than-Kiú.—Si estuviese solo, no tendríamos por qué inquietarnos.

—Sin embargo, no sería prudente hacer uso de nuestras armas, porque los disparos atraerían á sus compañeros.

—No obstante, lo escarmentaremos.

—¿Cómo?

—Tiguma se encargará. Las flechas no hacen ruido y matan también. ¿Oyes?

—Sí; otra rama rota; el espía se acerca.

—Oigo moverse las hojas.

—Eso es. Allí.

—Míralo, Than-Kiú.

Apartáronse unas hojas y apareció una cabeza humana, que permaneció inmóvil por algunos minutos, mirando atentamente la barrera de espinas y la cabaña; luego, satisfecha sin duda su curiosidad, se dispuso á irse, no tan pronto que salvara la vida. Pram-Li se había inclinado hacia Tiguma, ordenándole:

—¡Mátalo!...

Se oyó un ligero silbido, atravesó el aire una flecha y fué á clavarse bajo la nuca del espía. Éste, al sentirse herido, lanzó un aullido feroz. Con una mano se arrancó la flecha; con la otra desnudó el *kampilang* y se precipitó hacia la trinchera, no dudando ya de que estaban allí sus enemigos. Pero pronto se dejó sentir el efecto del veneno. Antes de llegar á la barrera, el desdichacho se paró súbitamente, vaciló y cayó de espaldas.

—Ha muerto—dijo Tiguma.

De repente palideció. Un grito extraño, que no parecía ser de ninguna clase de animales, se alzó estruendoso y vibrante de en medio de la selva.

—¡Estamos perdidos!—murmuró involuntariamente el igorrote.

CAPITULO XII

EL ÚLTIMO COMBATE

Todos habían oído aquel grito, semejante al aullido de un chacal ó de un perro salvaje, pero no hicieron caso, creyéndolo lanzado por alguna fiera; mas, al ver á Tiguma mirar azorado por todas partes, comprendieron instintivamente el peligro.

—¿Qué buscas?—le preguntó Pram-Li.—El hombre ha caído y está bien muerto.

—El caído no estaba solo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has oído ese grito?

—Sí; ¿y qué?

—Era una señal.

—¿Una señal? ¿De qué ó de quiénes?

—De los hombres del *bagani*. Lo he oído otra vez cuando me llevaban prisionero.

—¿Y estamos descubiertos?

—Dentro de pocos minutos nos asaltarán.

Pram-Li advirtió á Hong, que exclamó mirando con terror á su amada:

—¿Será nuestro destino caer en manos de esos perros? No temo la muerte, y la arrostraría indiferente, si no fuera por esta mujer. La idea de que pueda caer en sus manos hiela la sangre en mis venas.

—Hong—le dijo la joven, adivinando el pensamiento que atormentaba á su futuro.—¿Tiemblas por mí, verdad?

—Sí, *Flor de las Perlas*.

—La hermana de Hang-Tu no caerá viva en manos de esos canallas.

—¿Me lo prometes, Than-Kiú?

—Te lo juro. Llevo el revólver al cinto, y el último tiro será para mí.

—Gracias, *Flor de las Perlas*. Ahora preparémonos á vender cara la vida. ¡Pram-Li!

—¿Qué quieres?

—Tú defenderás el lado derecho del fortín. Tú, Sheu-Kin, la izquierda, y nosotros acudiremos donde el peligro sea mayor. ¿Tenéis bastantes municiones?

—Cerca de doscientos cartuchos por cabeza.

—Son más que suficientes para derrotar á esa horda feroz. ¡Cada cual á su puesto, y ahorrad cuanto podáis las municiones!

Rogó á Than-Kiú que se acercara á la trinchera, preparándole un resguardo con ramas contra las flechas envenenadas, y luego se puso á su vez á esperar al enemigo. Transcurrieron varias horas de angustiosa expectativa, sin que parecieran por ninguna parte los salvajes. Acaso vacilaban en dar el ataque

en pleno día, tanto por el fortín como por la precisión de los chinos en el tiro.

—Aguardarán á la noche, y el hecho es más grave de lo que parece—dijo Hong.—Se lucha mejor á la luz del Sol, sobre todo con las armas de fuego.

Al medio día subió Tiguma al árbol para ver si veía á los cazadores de cabezas y para tratar de procurarse alguna fruta, pues carecían de víveres y de agua. Afortunadamente la planta estaba llena de unas especies de naranjas colosales bastante buenas, y á las cuales los malayos llaman *buá-kadangsa*. El isleño hizo caer varias y subió á las ramas más altas para ponerse en observación.

—¡Es extraño!—exclamó al bajar.—No pude ver ni uno.

—¿Se habrán, felizmente, decidido á dejarnos en paz?—observó Pram-Li.

—O más bien que aguardan á que abandonemos este refugio para asaltarnos en plena selva—objetó Hong.

—Me haces dudar.

—Pero no seremos tan imbéciles que salgamos de aquí para ponernos bajo el filo de sus *kampilangs* y bajo la punta de sus *bolos*. Permaneceremos en el fortín hasta que estemos seguros de que han marchado.

—El asedio puede prolongarse—dijo Than-Kiú.

—Y carecemos de víveres—apuntó Sheu Kin.—Estas naranjas no son suficiente alimento para conservar nuestras fuerzas.

—¿Y qué hacer? ¿Qué decisión tomar?—preguntó el jefe del *Lirio de Agua*.

—Nadie respondió. Todos convenían en que la situación era grave, y en que no había escape posible. Así, pues, volvieron á sus puestos sin tomar ninguna decisión, esperando que los salvajes perdiesen la paciencia y atacasen ó se fuesen á su aldea. Deseaban á la sazón ardientemente lo mismo que temían poco antes: el asalto de los hombres del *bagani*. Pero parecía que los cazadores de cabezas no tenían prisa, y el día transcurrió sin que dieran señales de vida. Puesto el Sol y envueltos por las tinieblas, los sitiados redoblaron la vigilancia. Sus previsiones no fallaron.

No había transcurrido aún una hora desde que quedaron envueltos por las tinieblas, cuando el malayo, que estaba más próximo á la selva, oyó un bisbiseo continuado y un rumor de hojas rozadas. Seguro de no equivocarse, acercóse á Hong, diciéndole:

—¡En guardia! Los cazadores de cabezas tratan de sorprendernos.

—Estamos prontos. ¿Por qué parte vienen?

—De la colina.

—Cambiemos las posiciones.

Cogió las ramas que defendían á Than-Kiú y las llevó al lado por donde oyera el rumor Pram-Li: haciendo á la joven cambiar de sitio, llamó á Sheu-Kin.

—Nosotros, que tenemos armas de fuego, pongámonos aquí. Tiguma vigilará á nuestras espaldas.

Los dos chinos, el malayo y la doncella se colocaron tras la barrera de espinas, con los ojos fijos en el espeso matorral que tenían delante. Los enemigos avanzaban, y en fila cerrada indudablemente, á juzgar por los rumores de crujimiento de hojas y ramas. Los sitiados tenían apuntados sus fusiles y conservaban la calma, aunque considerasen desesperada su situación.

De improviso, un clamor ensordecedor rompió el silencio de la selva. Salió del matorral un alud humano, precipitándose con fuerza irresistible hacia el reducto. Los cazadores de cabezas se habían lanzado al asalto, creyendo dar fácilmente cuenta de sus adversarios. Iban con sables y machetes empuñados, y dejaron los arcos como inútiles. El *kampilang* es un arma terrible, que corta de un solo tajo el cuello más robusto; y el *bolo* de ancha y fuerte hoja abre camino, lo mismo entre hombres que entre breñas.

En un instante, sus clamores de triunfo se trocaron en espantoso aullido de dolor. Los asaltantes tropiezan contra la muralla, hiriéndose en las espinas sus piernas y pies desnudos. Los primeros que se lastiman, retroceden; pero sus compañeros, ignorantes del obstáculo, los empujan poderosamente contra la barrera.

—¡Fuego!—trueno Hong. Y siguen á esta orden cuatro relámpagos y otras tantas detonaciones.

Tres hombres caen sin vida, y otros dos, quizá gravemente heridos por la misma bala, retroceden y huyen dando aullidos lastimeros.

El asalto se detiene.

Al advertir aquel muro de espinas absolutamente insuperable para sus pies desnudos, se detuvieron, vociferando como energúmenos.

—¡Fuego!—rugió de nuevo Hong.

Otros cuatro disparos derribaron á igual número de combatientes. Era demasiado para aquellos salvajes. La tercera descarga produjo otras cuatro víctimas, y los cazadores de cabezas, aterrados por la matemática precisión de aquellos disparos, que se sucedían casi sin interrupción, y considerando acaso invencibles á sus adversarios, huyeron á la desbandada, arrojando hasta las armas. El pánico fué terrible.

Hong, Pram-Li y Sheu-Kin atravesaron la barrera por sobre un puente de ramas y persiguieron á los fugitivos en todas direcciones, causándoles algunas bajas más, resueltos á desembarazarse de una

vez para siempre de aquellos testarudos que durante tres días les habían perseguido sin tregua.

Los cazadores de cabezas huían siempre ante ellos, sin volver la vista, sin intentar ya defenderse, aullando de terror, con miedo cerval, atravesando á brincos la llanura para esconderse en el bosque. Sus gritos se perdían á lo lejos, y no tardaron en dejar de oirse.

—¡Basta!—¡Volvamos y levantemos inmediatamente el campo!—dijo Hong, deteniéndose anhelante.—Creo que esos brutos no se atreverán á volver.

—Les hemos ajustado bien las cuentas, y con seguridad que no se esperaban ese saldo en contra. Deben tener los pies destrozados, especialmente con esta carrera.

—¡Bueno, pero no perdamos tiempo!—observó Sheu Kin á su vez.—Han demostrado tanta tenacidad, que aun espero que vuelvan.

—Cuando hayamos puesto entre ellos y nosotros el Bacat, no habrá que temer. Vamos, y no les dejemos tiempo de rehacerse y volver—ordenó Hong.

Regresaron al fortín, donde aguardaban ansiosos Than-Kiú y Tiguma.

—¿Estamos libres de ellos, por fin?—preguntó la joven.—He oído perderse en la llanura sus gritos.

—Ya no son de temer, á lo menos por el momento.

Luego hizo preguntar al isleño si podrían llegarse á la orilla del Bacat sin tener que atravesar la llanura.

—Sí—repuso Tiguma.—Atravesaremos las colinas y bajaremos por la margen de las lagunas. El camino será más largo, pero no corremos el riesgo de encontrar á esos hombres.

—Ya sabes que el cansancio no nos asusta, y que estamos acostumbrados á las grandes marchas—replicó el malayo.—Así, pues, desalojemos el fortín.

Recogieron dos *kampilangs* de los abandonados por el enemigo y se pusieron en camino, escalando las colinas y llegando en breve al incendiado campamento de los cazadores de cabezas. El fuego se había extinguido, faltó de alimento, consumiendo césped y malezas y respetando sólo algunos grandes árboles; una capa de ceniza, que agitaba el viento de vez en cuando, cubría los flacos de la colina, haciendo más penosa la marcha, pues se alzaba al pisarla y aquel polvo blanco se les entraba por boca, ojos, oídos y narices.

Traspuesta la segunda colina, entraron en el bosque. El fuego se había detenido ante los primeros árboles.

—Descansemos. La pobre Than-Kiú está muy cansada.

—Es cierto, Hong. Esta caminata me ha debilitado mucho.

—Nos detendremos aquí hasta el alba. Creo que ya nada tenemos que temer de los cazadores de cabezas.

Acamparon en torno de un árbol colosal que sacaba sus raíces corvas formando unos cuantos huecos á modo de nichos, que podían ofrecer en caso de peligro un excelente refugio. Sheu-Kin y Pram-Li atrincheráronlos con ramas y hojas de banano, y quedaron de centinelas mientras sus compañeros dormían.

—Reinaba profundo silencio. El chino y el malayo vigilaban cuidadosos, y á las dos horas de vela atrajo su atención cierto susurro inexplicable por el momento.

—¿Has oído, Pram-Li?

—Sí.

—Parece que alguien se acerca.

—No sé. Calla.

El murmurio continuaba, y parecía no proceder de en medio de la selva, sino de lo alto. Por momentos oíase agitarse las hojas, y en otros como si arañasen el tronco de un árbol. El chino, muy inquieto, se puso en pie empuñando el fusil. Miraba por todas partes sin acertar á percibir nada.

—Si se tratase de algún animal, veríamos brillar sus ojos.

En vez de responder, el malayo levantó la cabeza hacia la copa del árbol en torno del cual habían acampado. Era un *durión* de colosales dimensiones, alto, de cuarenta metros por lo menos y muy frondoso. A causa de la obscuridad, Pram-Li no podía ver lo que se escondía ante el tupido follaje, pero oía como si alguien tratara de abrirse paso por entre el espeso ramaje.

—El ruido viene de ahí arriba—dijo á Sheu-Kin.

—¿Habrán cazadores de cabezas escondidos en la copa?

—Calculo que ha de ser algún animal.

—¿Que trata de bajar?

—Probablemente.

—¿Alguna pantera?

—¡Oh! No suben tanto.

—Entonces, algún gatazo de algalia ó algún cuadrumano gitantesco.

—Creo que no... Ahora veo una masa negra, que no se asemeja ni á gato ni á simio.

—Vamos á despertar á Hong. No sabemos lo que puede suceder.

—Es inútil. Ya sé lo que es. Con nuestro *kampilang* nos basta.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata?

—Es simplemente un oso; un *birmang*, como les llamamos nosotros.

Era, en efecto, un oso malayo de los más pequeños, apenas de un metro de largo y de setenta cen-

tímetros de alto, que, como sus congéneres europeos, son habilísimos trepadores y se mantienen de insectos y de frutas. El animal, acaso sin sospechar que abajo había hombres, continuaba descendiendo. Fácilmente domesticable, huye del hombre y sólo se defiende en último extremo; pero de modo que no es peligroso.

De vez en cuando lanzaba sordo gruñido y se detenía mirando al suelo. Tal vez había olfateado algo y no estaba tranquilo. Pram-Li ocultóse con su compañero en un matorral para que el oso no les viese y bajara.

—Ganemos un excelente almuerzo—susurróle al oído.

En cuanto estuvo en tierra, advirtió el animal el peligro al ver á Hong y sus compañeros dormidos. Titubeó un momento si le convendría más trepar de nuevo ó huir á través de la selva. El malayo aprovechó aquel instante para precipitarse sobre él sable en mano. El oso se puso en dos pies enseñando las uñas. Con agilidad que apenas se concibe en cuerpo tan toscó y macizo, evitó el tajo y se echó sobre Pram-Li, abrazándole.

—¡Sheu-Kin!—clamó el malayo, que no esperaba aquella resistencia.

El chino se lanzó en socorro de su compañero, partiendo el cráneo al animal. El golpe fué tan violento, que soltó un chorro de sangre, manchando á Sheu Kin. El malayo sintió aflojar los velludos brazos, y se deslizó por debajo, diciendo á su camarada:

—Gracias, amigo.

El *birmang*, herido de muerte, se mantuvo derecho por algunos instantes, tratando de herir á sus dos adversarios, y cayó, lanzando un grito agudo que despertó á los durmientes.

—¿Qué hay?—preguntó Hong, levantándose fusil en mano.

—Qué nos hemos ganado el almuerzo—contestó el joven chino.

—¿Es un oso?

—Sí.

—¡Excelente asado!...

—Y que ha costado poco.

—Lo prepararemos para almorzar; precisamente soñaba que teníamos salvajina.

Y volvió á acostarse al lado de Than-Kiú, mientras Tiguma y Sheu-Kin despellejaban el oso y lo descuartizaban. El resto de la noche transcurrió sin incidentes.

Al siguiente día, tras una excelente comida, continuaron la marcha, bajando las colinas y atravesando las lagunas, sin que tuvieran que lamentar malos encuentros. La región parecía desierta; los cazadores de cabezas no parecieron. Después de tantas pérdidas, los sanguinarios degolladores habían re-

nunciado, sin duda, á vengar al *bagani* y regresado á su aldea.

Por fin, tras tres días de marcha, anunció Tiguma que se hallaban ya muy próximos al Bacat, y, según creía, á muy poca distancia de la aldea mandaya.

CAPÍTULO XIII

UN SUPERVIVIENTE DE LA CAÑONERA «CONCHA»

No se había engañado el mindanés. Al día siguiente, tras dos horas de marcha, llegaron á la orilla del río, al salir de un bosquecillo. En la ribera opuesta había dos pesadas canoas atadas al tronco de un arbolillo, en cuya copa se hallaba disecada una cabeza de cocodrilo.

—Ya hemos llegado; la aldea debe hallarse tras de aquellos árboles.

—No veo hombre alguno. ¿Habrán abandonado la aldea los mandayas?

—No lo creo; puesto que están ahí las barcas, los hombres no estarán lejos.

—Si no vienen á tomarnos, aquí nos estaremos. ¿Cómo arriesgarse á atravesar el río á nado con tanto cocodrilo?

—Quizá los lancheros están de caza; pero indudablemente acudirán si haces tronar el fusil.

—Vamos á verlo—dijo Pram-Li, descargando al aire su carabina.

La fragorosa detonación despertó los dormidos ecos de la selva, repercutiendo hondamente. El trueno debió de haberse oído á varias millas de distancia. Aguardaron el efecto con los ojos fijos en la opuesta orilla, y á los cinco minutos vieron salir un hombre de entre los árboles.

No era un igorroto ni un mindanés de la costa; de cutis bronceado, pero muy claro, y de facciones regulares, vestía una especie de levita de un color dudoso que inducía á creer fué en sus buenos tiempos azul á rayas, pantalón blanco con franja roja, y en la cabeza uno de esos birretes de paño azul que usan los marineros de todas las naciones de Europa y América.

Al ver aquel grupo armado de fusil y vestido á la europea casi, el hombre, joven de poco más de veinte años, lanzó una exclamación de asombro y se quedó mirando á los chinos con cierta emoción.

—¡Por Fo y Confucio! ¡O soy ciego, ó ese hombre es un español de los de la cañonera *Concha*! ¿Crees que me equivoco, Than-Kiú?

—No; ese hombre es uno de los que acompañaban á Romero.

El marino continuaba mirándoles, y de pronto exclamó:

—¡Caramba!... ¡Hombres de la costa!...

En aquel momento, seis ó siete igorrotos, que hasta entonces se habían mantenido ocultos tras de los árboles, salieron de la selva y se reunieron con el marinero en la orilla del río. Apenas los vió Tiguma lanzó un grito extraño, estridente, que debía ser una señal de reconocimiento entre los negros. Los siete salvajes se metieron en una de las canoas, empuñaron los remos y bogaron hacia nuestros amigos, cortando casi en línea recta el río; al llegar, corrieron á saludar á su compatriota.

El marinero, por su parte, se llegó al lado de los chinos, se quitó cortésmente el gorro y dijo con voz trémula por la emoción:

—¿No sois chinos vosotros?

—Sí; y chinos que venimos de Filipinas—contestó Than-Kiú.

—¿De las Filipinas?

—De Manila misma.

—¿Y qué venís á hacer entre estos salvajes?

—Á buscaros.

—¿Á nosotros? ¿Á quiénes?

—Á los supervivientes de *La Concha*.

—¡Por Nuestra Señora del Pilar! ¿Á los supervivientes de *La Concha* has dicho?

—Sí... ¿Es cierto que Romero vive?

—Sí, vive.

Una ola de sangre subió al rostro de la joven, tiñendo su faz marfileña de rojo; pero desapareció bien pronto, tornando la palidez cadavérica á sus mejillas.

—¡Vivo!

—Sí; vivo.

—¿Y también Teresita de Alcázar?

—También, pero bastante delicada.

—¿Y el comandante?

—Murió. Fué degollado por los piratas que asaltaron la cañonera.

—¿Cuántos os salvasteis?

—Cuatro solamente. Dos marineros, el Sr. Romero y su esposa.

—¡Su esposa!—exclamó la joven estremeciéndose y rechinando los dientes.—¡Ah!... sí; su esposa.

—¿Y se aman?

—Mucho—repuso el marinero mirando con asombro á aquella mujer amarilla que con tanto interés preguntaba por Romero y quería enterarse de si amaba á su mujer.

Hong, que hasta entonces no había despegado los labios, el ceño arrugado y la mirada sombría, acercóse á la joven y murmuró casi á su oído en chino:

—¿*Flor de las Perlas* se olvida de su fiel amigo?

Than-Kiú se estremeció, cerró los ojos como subyugándose á una visión angustiosa, y, tendiendo la mano á su compañero, replicó:

—Ésta es la última emoción. *Flor de las Perlas* es ya toda tuya.

Volvióse hacia el marinero, y con acento completamente tranquilo, que demostraba su gran fuerza de voluntad, preguntó:

—¿Estamos muy lejos de tus compañeros?

—A unas ocho ó diez horas de camino.

—¿Tenéis alguna cabaña en la orilla?

—Sí, señora.

—Pasemos el río.

Metióse en la canoa, siguiéndola todos, y dió orden de partir. La chalupa pasó en breve el Bacat; el marinero, á la cabeza del grupo y á los quinientos pasos, detúvose ante una choza cubierta de hojas de areca. Cerca, en una hoguera, cocíanse unos cuantos peces de río y se asaba una pierna de jabalí. En la tienda había algunos toscos asientos de bambú y una mesa de caña, obra sin duda de los españoles, pues los igorotes nunca experimentaron la necesidad de esos muebles.

Than Kiú y sus compañeros fueron invitados á sentarse, y el marinero, que hacía los honores de la casa, puso en la mesa sobre una gran hoja de palma los manjares, añadiendo pan de sagú, bananas, cocos y naranjas y un tarro de barro á modo de vaso con un licor dulce y picante, obtenido por la fermentación del sagú. Terminada la comida, en la que la joven dió muestras de buen humor y libertad de espíritu, volvióse Hong hacia el español agradeciéndole su hospitalidad y le pidió noticias del suceso de *La Concha*.

—Tenemos algunas noticias; pero no conocemos los pormenores del naufragio, porque Pandaras no tenía interés en contarlo; antes, al contrario, lo callaba.

—¡Pandaras!... ¿Habéis conocido á ese pirata?

—Hemos sido sus prisioneros.

—¿Y lograsteis escapar de sus manos?

—Hemos hecho más; lo hemos matado.

—Gracias por habernos vengado. Asesinó á casi todos los que íbamos en la cañonera.

—Cuéntalo todo; estamos impacientes por oírte.

El marino, en vez de responder, se quedó mirando fijamente á la joven; pasóse la mano por la frente, arqueó las cejas como quien hace esfuerzos por recordar algo, y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Ya decía yo que la había visto á usted y que había oído otra vez su voz!... No caía en la cuenta de dónde y cuándo; pero ya recuerdo.

—¿A mí? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Era una noche oscura, sin luna, sin estrellas, y su voz de usted estaba entrecortada por los sollozos... Pero le pude ver la cara desde el puente de la cañonera.

—Puede ser.

—Estaba usted en el muelle de Binondo.

—Sí.

—Iba usted acompañada de un chino de aspecto intrépido, que me dijeron era uno de los jefes de la insurrección.

—Verdad.

—Lloraba usted mucho.

—Pero ya no lloro—contestó, prorrumpiendo en una carcajada que hacía estremecer.

—Lloraba usted porque se iba el Sr. Romero Ruiz.

—¡No! Lloraba de rabia.

—¡Pobre niña!...

—¡Cállate y cuenta!

Y la joven, cogiendo el vaso de barro, apuró de un trago el licor que contenía.

—Ya lo ves, Hong. Lo pasado ha muerto en mí por completo—dijo al chino, que estaba á su lado.—Mañana, *ante él*, te daré la mejor prueba de esto.

El marino echó un trago para humedecerse la garganta, se acomodó en un asiento y comenzó la narración del suceso de que había sido testigo.

—La travesía de Manila á Mindanao fué en extremo feliz. En alta mar, un fraile embarcado con nosotros ex-profeso, celebró el matrimonio de la hija del comandante Alcázar con el jefe insurrecto que llevábamos á las Molucas por orden del capitán general del archipiélago, desterrado para impedirle tomar parte en otras insurrecciones.—

Al Sur del archipiélago de Joló nos sorprendió la tempestad; un verdadero tifón, que nos puso el corazón en un puño. El mar estaba espantoso; las olas subían á bordo y barrían la cubierta con rugidos que hacían palidecer hasta al mismo capitán; algunos hombres fueron arrastrados por las ondas enfurecidas. Decidióse que se dirigiera la cañonera á la bahía de Illana para buscar refugio en Costabado, en la boca del Río Grande; pero el tifón, á pesar de nuestros esfuerzos, nos arrastraba al Sur, y tuvimos que meternos de arribada forzosa en la boca del Talaján. Allí la corriente impetuosa hacía imposible nuestra estancia, y tuvimos que internarnos más adentro, hasta que chocamos con un banco de arena de repente, y embarrancamos.—

El embarrancamiento se produjo con tal violencia, que *La Concha* se inclinó á babor de improviso, cayendo al agua buena parte de la tripulación, y ahogándose muchos. Cuando nos contamos, éramos veintidós, y habíamos salido de Manila cuarenta y seis.—

Como estábamos tan próximos á la capital del sultanado, no tomamos apenas precauciones, y esta confianza nos perdió. La misma noche, cuando dormíamos, los piratas de Pandaras rodearon *La Concha* y subieron audazmente á bordo. Cuando quisimos

recordar, los mindaneses estaban ya en el puente y se habían adueñado de los cañones. El capitán, los oficiales y el comandante comenzaron una desesperada resistencia; pero fueron pronto asesinados todos, no salvándonos más que seis marineros, el señor Romero y su mujer, bloqueados á popa. Todos teníamos alguna herida, y habíamos intentado en vano correr en auxilio del comandante Alcázar y de la oficialidad de la cañonera. El Sr. Romero Ruiz había sido también herido en el pecho al defender á su esposa.—

Creíamos que íbamos á ser pasados á cuchillo; pero, con gran sorpresa nuestra, no sólo nos dejaron con vida, sino que nos dieron excelente trato. Decíase que Pandaras esperaba un buen rescate de nosotros, convencido de que el Sr. Romero y su señora eran grandes personajes.—

Fuimos curados y embarcados en dos chalupas para ser llevados á Butuán; durante la larga travesía, murieron cuatro de nuestros compañeros. Los demás nos habíamos ya resignado con la esclavitud, no viendo la posibilidad de poder eludir la vigilancia de nuestros guardianes, cuando una noche los piratas fueron atacados á su vez por una partida de igorotes. Sorprendidos durante su sueño, fueron fácilmente vencidos y degollados, salvándonos nosotros del degüello merced á nuestra piel blanca.—

Al saber que éramos pobres prisioneros, nos ofrecieron hospitalidad, diciéndonos que éramos libres de marcharnos si queríamos. Desgraciadamente, Doña Teresa estaba tan débil, que no era posible emprender tan largo viaje. Tenía la fiebre de los bosques desde que entró en el Bacat, y fuimos conducidos hasta aquí y hospedados por este jefe, una especie de *rajah* que manda varias tribus. Yo tengo siempre la esperanza de ver llegar algún destacamento de soldados enviados en socorro nuestro, y veo que hice bien en no alejarme mucho del Bacat.—

Os hubiéramos ido á buscar donde estuviérais. Supimos que estabais aquí.

—¿Por quién?

—Por un jefe de igorotes amigo de Bunga. Dime: ¿podría Doña Teresa emprender el viaje?

—Aunque no está buena del todo, creo que sí. ¿Hasta la costa?

—Sí.

—Del Linguasán al mar no hay mucha distancia.

—¿Hay otra vía de comunicación?

—Sí, por medio del Río Grande, que desemboca cerca de Costabado. El viaje es más seguro, porque es á través del sultanado de Selangán.

—Cierto—exclamó Hong.—Podemos ir por el río, y quizá en Costabado hallemos al viejo y su junco.

—¿Á Tseng-Kai? ¿Crees que aguarde aún?—preguntó Than-Kiú.

—Me prometió que no se iría de Mindanao sin estar convencido de nuestra muerte.

—¿Cuándo partiremos?

—¿Tienes prisa, Than-Kiú?

—Sí, para probarte que no amo ya á Romero Ruiz.

—¡En guardia, *Flor de las Perlas!* A veces el corazón prepara sorpresas increíbles.

—Estoy segura de mí misma; lo verás mañana.

—Partiremos esta noche, al salir la Luna. Ve á descansar, muchacha; hemos estado caminando toda la noche, y debes recuperar las fuerzas para arrostrar la prueba suprema.

—Te obedezco; pero soy fuerte, y tú lo verás en breve.

Tiguma y los igorotes prepararon lechos con hojas secas, previendo que los chinos y el malayo extenuados por la larga caminata nocturna, querrían descansar antes de ponerse en camino para el Linguasán. Durmieron, en efecto, bien, y al salir la Luna emprendieron la marcha. El marino español y dos igorotes los guiaban.

La gran selva, que se extendía de la orilla del Bacat á la del Linguasán, no era tan espesa como la que acababan de atravesar Hong y sus amigos; se formaba de árboles aislados y pequeños bosquecillos, y de vez en cuando se hallaban con alguna aldea aérea. Á las dos de la madrugada, y después de un descanso de un par de horas, entraron en terreno pantanoso, que anunciaba la vecindad del gran lago. Á veces cortaban el camino arroyos habitados por serpientes, y aun por cocodrilos, teniendo necesidad de vadearlos, á falta de puentes. En estos casos, siempre Hong pasaba á cuestras á su amada.

Comenzaba á despuntar el alba cuando se hallaron, casi de repente, ante una gran extensión de agua: era el lago Linguasán, uno de los más vastos de Mindanao, y que alimentan gran cantidad de ríos, engrosando él á su vez el caudal del Río Grande. Aunque tan temprano, hallábanse ya dispuestas á zarpar varias canoas con velas de junco. Than-Kiú se detuvo y exploró los alrededores, sorprendida de no ver la aldea.

—¿Dónde está ese pueblo?—dijo al marinero.

—La aldea de Bunga está allá, detrás de ese promontorio boscoso.

La joven abrió los labios, como si fuese á preguntar algo más; pero, al ver á Hong que la observaba, enmudeció:

—¡Guál!—dijo el chino al español.

Pusiéronse en camino, costeano el lago, y por un sendero de cañas por una parte, y de árboles gigantescos de la gran selva por otra; Hong se colocó al lado de la joven, inquieto, pensativo y receloso.

La china lo comprendió y le dijo:

—Tú no estás tranquilo, Hong.

—Lo confieso—murmuró el chino, lanzando un suspiro.

—¿Dudas de tu *Flor de las Perlas*?

—No; pero tengo miedo.

—Haces mal, amigo mío. ¡Mira, estoy tranquila! Apoya tu oído en mi corazón y lo oirás palpar en calma. Nunca, como en este momento quizá, estuve tan serena y resuelta.

—¿Resuelta á qué?

—A demostrarte que no amo á nadie si no á ti.

—¿Luego, lo has dudado ó no lo creías antes?

—Dudé, sí; pero ahora estoy segura.

—¡Than-Kiú, amiga, adorada mía!... ¡Si supieras cuánto te amo!... Preferiría morir á perderte.

—Seré tu esposa, Hong; pero con una condición.

—Habla. Tus menores deseos son órdenes para mí.

—Que me lleves á nuestro país natal. El aire de las Filipinas no me sienta bien, y tengo viva ansiedad por respirar el del país de los lirios.

—Al irnos de aquí, no volveremos á Manila, te lo prometo. Te llevaré directamente á las riberas del río Amarillo.

—Gracias, amigo. ¡Con qué placer volveré á ver mi casita que se refleja ufana en las doradas aguas del gran río, y las altas copas que proyectan su sombra bienhechora sobre los lirios de mi jardinito, junto al que reposan los restos de mi heroico hermano!... ¡Ah!... ¡Cuánto mejor hubiera sido que no hubiese abandonado la casa de mis padres y no hubiera visto nunca á Manila! Mi corazón no se habría despedazado por tantos dolores, y Hang-Tu estaría aún vivo. ¿Qué nos importaba á nosotros la independencia de estas islas? ¿No nos bastaba el Celeste Imperio? Pero Hang-Tu, espíritu aventurero y batallador, no resistió al llamamiento de las sociedades secretas, y así acabó su vida, en plena juventud, expirando bañado en su sangre generosa sobre el muelle de Binondo.

—Quiso probar al mundo que los chinos, que no se habían opuesto apenas á la invasión japonesa, sabían luchar y morir como bravos. Tu hermano cayó como un héroe; y con su vida ha lavado la mancha que ensombrecía á sus compatriotas.

—Sí; pero ahora duerme el sueño eterno—dijo ella con tristeza.

—Y no por causa de la insurrección.

—Por culpa de mi desdichado amor, lo sé. Como yo, no pudo sobrellevar la terrible desilusión.

—Y el culpable, Romero.

—No, Hong.

—¡Cómo! ¿No fué él quien destruyó tu sueño y la esperanza de tu hermano?...

—Fueron el Destino y la *Perla de Manila*—suspiró Than-Kiú con desaliento.

—Si Romero hubiese querido, habría podido hacerle suya y olvidar á Teresita de Alcázar, que era la hija de uno de los opresores... de los enemigos.

—Y me hubiera hecho su esposa si antes no hubiese jurado amor y fidelidad á la *Perla de Manila*. Tuve la desgracia de conocerle demasiado tarde, ó, mejor, de hacerle conocer demasiado tarde mi pasión. ¡En fin!... todo acabó; pero, en mi desdicha, me ha otorgado el Destino un consuelo.

—¿Cuál?

—El de poseer el corazón del más noble é intrépido de los chinos: el tuyo, Hong.

—Sí; lo posees por completo: tuyo soy, tuya es mi vida. ¡Juro hacerte feliz, y que no recuerdes ya nunca tu primer amor!

En aquel instante, el marino tuvo un movimiento de asombro.

—¡Por la Virgen del Pilar! ¿Qué pasa en la aldea de Bunga?...

También los dos igorrotos que le acompañaban se detuvieron, lanzando sendos gritos guturales, que parecían de estupor y alarma.

—¿Qué pasa?—dijo Hong en español al marino.

—¿No ven esa numerosa flotilla que avanza por el lago? Ahora dobla aquella punta que la ocultaba á nuestra vista.

Volvieron los ojos hacia una estrecha península que se prolongaba en el lago, y vieron unas treinta canoas tripuladas por gran número de hombres armados con fusiles. Iba delante una chalupa gigantesca con pabellón en el centro y cuarenta remeros casi desnudos que bogaban vigorosa y acompasadamente.

—¿Quiénes son?—preguntó Than Kiú con un ligero estremecimiento.

—Temo adivinar—repuso el marino.

—¿Qué quieres decir?

—Hace tiempo se susurraba en la aldea que el sultán de Butuán iba á venir á reclamar y llevarse los prisioneros blancos.

—¿Es posible?—exclamó la joven, sintiéndose morir.

—Sí, señora.

—¿Y qué pretende hacer de vosotros?

—Sus esclavos.

—¿Y no puede resistir Bunga que le robe ese bárbaro?—preguntó Hong.

—No tiene suficiente fuerza para oponerse á las pretensiones de tan poderoso monarca.

—¡Hong!—exclamó Than-Kiú, con acento de ferviente súplica.

—Vamos á la aldea, *Flor de las Perlas*. Cuando desembarque el sultán, allá estaremos también nosotros.

CAPÍTULO XIV

EL SULTÁN DE BUTUÁN

La aldea de Bunga se alzaba en la punta extrema de un promontorio que dominaba las aguas del lago. Formábanlo tres ó cuatro centenares de cabañas construídas allá para ponerlas al abrigo de cualquier inundación. Algunas, más grandes que las otras, estaban circundadas de murallas de espinas, y en medio de ellas un grupo de siete ú ocho estaban más macizamente edificadas, y tenían cierto número de guerreros de guardia. Era la plaza fuerte habitada por el jefe y las principales autoridades de la tribu.

Cuando llegaron nuestros amigos, viva agitación reinaba en el pueblo. Tropas de igorotes armados de *bolos*, arcos, mazas, y algunos de antiguos fusiles de chispa, salían al camino ó circulaban por entre las chozas y por la terraza. Grupos de ancianos y niños y mujeres huían hacia la selva, llevando grandes cestos con provisiones.

Por todas partes gritaban y discutían animadamente. Los guerreros de la plaza fuerte miraban con atención á la flotilla que avanzaba directamente hacia la aldea. El marino, que parecía gozar de gran consideración entre aquellos hombrecillos, quizá por su piel blanca y alta estatura, tal vez por ser español, se abrió paso por entre la multitud que miraba estupefacta la partida, y la condujo ante la cabaña del jefe.

Bunga iba á salir, acompañado por unos veinte soldados con fusiles. Era un hombre de metro y medio de alto y de edad avanzada. Era de cutis algo más claro que sus compatriotas, más musculoso, y de facciones que revelaban ser más inteligente que sus súbditos.

Llevaba una especie de camiseta de nanquín rojo con flores, pero no se adornaba con brazaletes ni collares de conchas ó vidrios; sólo llevaba en la cabeza un copete de plumas de cacatúa con broche de oro. Empuñaba una escopeta de dos cañones, y de su cinto pendía el ancho y afilado *bolo*. Al ver aparecer al marinero y los chinos detúvose algo receloso tras el cerco de espinas, y preguntó en mal español:

—¿Quiénes son esos hombres?

—Amigos nuestros.

—Y de los igorotes—dijo Tiguma adelantándose.—¿No me reconoce el jefe?

—¡Calle! ¡Tiguma!... ¿Cómo estás aquí?

—Me ha enviado mi jefe para presentarte esta doncella y los hombres que la acompañan.

—¿Y qué quieren de mí?

—Vienen á buscar los prisioneros blancos para llevarlos á su patria. Han salvado nuestra tribu de

los cazadores de cabezas que nos atacaron, matando al *bagani* y á muchos de sus guerreros, y son hermanos de los igorotes.

Bunga escuchó en silencio. Cuando el joven terminó, cogióle por una mano y entróse con él en una de las cabañas, de la cual salieron al cabo de pocos minutos. Al aparecer de nuevo, el jefe parecía muy preocupado é inquieto. Aproximóse á Than-iú, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Temo que habéis llegado demasiado tarde.

—¿Acaso no están ya aquí los blancos?—preguntó la joven con temblorosa voz.

—No; continúan aún en mi poder, y les he hecho marchar á la selva. Pero ¿cuánto tiempo serán míos? ¿No ves avanzar esa flotilla?

—Sí.

—Ahí viene el sultán de Butuán.

—¿Y qué quiere ese hombre?

—Arrebatarme los hombres blancos.

—¿Con qué derecho?

—Con el derecho del más fuerte. Ha sabido que los tenía en mi poder y viene á reclamármelos. Parece que tenía grandes deseos de poseer esclavos blancos.

—¿Y serás capaz de dárselos?

—No tengo fuerzas suficientes para resistirle. Viene con numeroso séquito de guerreros.

—¿Y si rehusaras?—preguntó Hong, hasta entonces silencioso.

—Haría una degollina general de mi tribu.

—¿Quieres delegar en mí el encargo de contestarle?

—¿Qué pretendes?—preguntó el igorrote con cierto temor.

—Rehusarle francamente los prisioneros y matar al sultán si es preciso—repuso el chino con enérgica resolución.

—No te atreverás á tanto.

—¿Temes á ese hombre?

—Sí. Es muy poderoso.

—Nosotros lo somos más. Manda á tus hombres que estén prontos á todo, hasta á combatir si es necesario, y déjame obrar.

—¿Y serás capaz de matarlo?—exclamó el igorrote, el cual sonreía ante la idea de desembarazarse de su temible adversario.

—Lo sabrás más tarde. Tú límitate á decirle que hemos venido como embajadores de la poderosa nación de los amarillos. Del resto me encargo yo.

El jefe asintió, no del todo confiado, y Hong dijo á su amada:

—¡Ven, *Flor de las Perlas!* Vamos á jugar nuestra última carta.

La flotilla hallábase ya á unos quinientos pasos de la rada. La canoa del sultán, que precedía á las

demás, llevaba cuarenta remeros y veinte guerreros armados de fusiles. Las otras chalupas eran veinte, llenas de indígenas armados casi todos de armas blancas: *bolos*, *kampilangs*, lanzas. Unos cuantos tenían fusiles antiguos. Fuerza imponente aquélla para los pobres igorotes, mal armados y quizá poco aptos para sostener una lucha contra enemigos tan corpulentos y mucho más altos.

—Son, por lo menos, doscientos—dijo Hong;—pero ¡bah!... Todo es cuestión de audacia.

—¿Qué intentas, Hong?—preguntó la joven con angustia.

—Ya veremos lo que se puede hacer; pero te aseguro que no se llevarán a los hombres blancos.

—¿Cuál es tu proyecto?

—Silencio ahora; vamos á recibir al sultán.

La canoa atracó á la orilla, ante la primera empalizada. La población, compuesta sólo de hombres, pues mujeres y niños habían huido á la selva, se agrupaba en las terrazas, armada y presa de gran temor. El sultán era ya viejo, de cara arrugadísima; iba vestido con una túnica de seda blanca sujeta á la cintura por faja de varios colores, y llevaba turbante verde. Al cinto pendíale una cimitarra con vaina de marroquí rojo y empuñadura de plata, y un pesado *kampilang*. Bunga se apresuró á salirle al encuentro, diciéndole:

—¡Salud al sultán de Butuán!

El saludado dignóse contestar con una leve inclinación de cabeza. Miró con ira y recelo á los igorotes agrupados en las terrazas, y exclamó con acento imperativo:

—¿Qué hacen ahí esas gentes armadas? El sultán de Butuán no tiene miedo.

—Ignoraba quién venía en la canoa—repuso Bunga.—Si hubiera sabido que la flotilla era mandada por el alto y poderoso sultán de Butuán, habría ordenado á mis súbditos desarmarse.

—¿Y quiénes son esos hombres amarillos que están detrás de ti?

—Embajadores de la poderosísima nación de los hombres amarillos.

—¿Y qué tienen que hacer contigo? ¿Por qué no han ido á verme á mí primero? ¿Ignoraban que quien reina aquí es el sultán de Butuán? Mías son las aguas de este lago; míos los pueblos que lo circundan; míos los bosques, las fieras, los peces y los pájaros. Díselo así.

—Lo saben ya.

—¿Y por qué no vinieron á rendirme el homenaje debido?

—Acaban de llegar, y pensaban partir esta noche.

—¿Y qué buscan? He oído hablar de su nación y me han dicho que es poderosa, fuerte y numerosísima; que tiene muchos navíos y cañones.

—Han venido á reclamar algunos hombres blancos que antes estaban aquí.

—¡Los hombres blancos!—exclamó el sultán, lanzando sobre Hong, que había dado un paso adelante, mirada sombría y centellante.—Diles que llegaron demasiado tarde, porque también yo he venido á reclamarlos y para mí.

—Entonces, tú también has llegado tarde—dijo Hong atrevidamente cuando le hubieron traducido las palabras del sultán.

Pronunció la frase en español, y el déspota, que entendía esa lengua, lanzóle otra mirada terrible y contestó:

—¿Qué quiere decir el amarillo?

—Lo que ha oído el negro. Que todos hemos llegado tarde.

—¿Por qué?

—Porque los blancos han huido.

—¿Cuándo?

—Por el bosque, hace tres días.

—¡Mientes!...

—Los hombres amarillos no son tus perros ni tus esclavos para que les des un mentís. Mi nación tiene navíos, hombres y cañones en tal número, que puede de un bocado tragarse tu sultanado.

—Pero está muy lejos.

—Quizá menos de lo que te figuras.

—Y en cambio yo estoy muy cerca de ti.

—¿Y qué quieres decir con eso?—preguntó Hong, cruzándose de brazos y mirando amenazadoramente al sultán.

Éste sostuvo por algunos instantes la centellante mirada, y luego abatió los párpados, diciendo:

—Si los hombres amarillos son fuertes y poderosos, el sultán de Butuán tiene muchas canoas y numerosos guerreros, y se apoderará de los blancos.

—Te he dicho que han huido.

—Mandaré á mis hombres que los sigan.

—Están ya lejos.

—Sé que entre ellos hay una mujer enferma, y no pueden haber recorrido mucho camino. Además, mis guerreros alcanzan las babirusas á la carrera, y los alcanzarán á ellos también. ¡Bunga, el sultán de Butuán te pide hospitalidad!

—Mis cabañas son tuyas—dijo á regañadientes el jefe igorrote.

—Tomaré posesión de tu morada.

Y luego, dirigiéndose á los igorotes de las terrazas, les gritó con imperio:

—Mis guerreros tienen hambre; dadles de comer y poned á su disposición vuestras chozas.

—¿Y adónde irán mis súbditos?—preguntó Bunga.

—Les dejo la selva á su disposición—replicó brutalmente el sultán.

Pocos minutos después, el sultán y su escolta

tomaban posesión de la plaza fuerte, mientras los guerreros invadían la aldea, haciendo desalojar terrazas y cabañas, más como señores que como huéspedes, ó, mejor aún, como conquistadores. Los pobres igorotes, impotentes para resistir aquellas hordas salvajes, reuniéronse en la margen de la selva, resueltos á defender á sus mujeres refugiadas en la espesura. Sólo Bunga obtuvo permiso para ocupar un grupito de miserables chozas viejas junto á la rada, bajo una de las empalizadas. Con él estaban los chinos, á los cuales el monarca había enviado como regalo dos cerdos, raíces, frutas, pan de sagú y vino blanco de palma. El jefe estaba furioso, pues se consideraba independiente y no súbdito de aquel brutal déspota.

—Esto acabará mal—dijo á Hong y á Tan-Kiú.

—¿Para ti ó para él?—preguntóle el chino con gran fiema.

—Quizá para ambos.

—¿Entonces meditas alguna venganza?

—Los igorotes somos hombres libres y no debemos tolerar tales humillaciones.

—¡Al fin!... Estaba aguardando esa palabra. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé; pero algo sucederá forzosamente.

—Y no más tarde de mañana, si queremos salvar á los hombres de piel blanca—replicó Hong.—Si el sultán manda sus guerreros á registrar la selva, Romero y Teresita están perdidos.

—¿Tienes algún plan, Hong?—preguntóle Tan-Kiú con ansiedad.

—Sí, *Flor de las Perlas*.

Tras breve pausa, volvióse á Bunga y le dijo:

—¿Es fiel tu escolta?

—Fiel y resuelta—contestó el jefe.

—Esta noche tendremos necesidad de ella.

—Está á tu disposición.

—¿Tienes licores espirituosos?

—Vino de palma destilado.

—¿Bastante?

—Sí; hay gran cantidad.

—¿Y animales?

—Trescientos ó cuatrocientos cerdos.

—Necesitaremos sacrificar una buena parte de tus provisiones.

—Estoy dispuesto á todos los sacrificios, con tal de desembarazarme de este peligroso personaje. Es un mal hombre; cruel, traidor y perverso, que sería capaz de llevarme á Butuán como esclavo suyo.

—Él es quien corre el peligro de convertirse en esclavo tuyo.

El jefe igorrote miró al chino con estupor imposible de describir.

—Te olvidas de que tiene aquí doscientos guerreros—observó.

—Esta noche estarán todos borrachos perdidos—dijo Hong sonriendo.

—No bastará para ello el vino de palma.

—Sí, porque yo echaré en él ciertas pildoras maravillosas.

—¡Cómo!... ¿Has conservado opio, Hong?—preguntó Than-Kiú.

—¡Ya lo creo!... Hice buena provisión en la barca del pirata... Y Sheu-Kin también tiene mucho.

—Y cuando estén dormidos, ¿qué harás?—interrogó la joven con curiosidad.

—Entonces, el sultán será nuestro... ¡Silencio!... Aquí vienen unos mensajeros; sin duda el sultán desea vernos de nuevo.

Diez guerreros mindaneses, mandados por el jefe de la escolta, se dirigían á la cabaña ocupada por Bunga y los chinos. S. M. enviaba á rogarles que pasaran con el jefe igorrote á su cabaña, *inmediatamente*, para hacerle compañía durante algunas horas.

—¡Ese bergante nos toma por bufones suyos, á lo que parece!—exclamó Hong.—¡Si tendrá la pretensión de que bailemos ante él!...

De pronto, asaltado por un pensamiento, volvióse á Than-Kiú y le dijo imperativamente:

—Tú te quedarás aquí, *Flor de las Perlas*, custodiada por el marinero. No sabemos lo que puede suceder. Diremos al monarca que no puedes tenerte en pie á causa del cansancio. ¡Sheu-Kin, Pram-Li, no olvidéis los fusiles!

Salieron tras la escolta y dirigieronse á la cabaña ocupada por el sultán, instalado en la plaza fuerte como verdadero amo y señor y ordenando alzar la barrera de espinas y derribar parte de la empalizada, so pretexto de que le impedían ver el lago.

Cuando Bunga, los dos chinos y el malayo entraron, el monarca estaba tendido en unas esterillas de juncos, acompañado de su ministro y algunos jefes. Comían y bebían alegremente á costa de los pobres igorotes, de cuyas provisiones se habían apoderado. Al ver á los hombres armados, los miró con recelo.

—Vuestros fusiles no eran necesarios aquí—les dijo.

—No nos separamos nunca de nuestras armas—repuso Hong.—Es costumbre de nuestro país.

—Sentaos y comed. Os he hecho el honor de invitaros á mi mesa y... pero me parece que falta alguno. Sí; el joven ó la joven que os acompañaba.

—Ese muchacho está muy fatigado.

—¡Ah... es un muchacho!—exclamó el sultán con acento burlón.—Le había tomado por una doncella. ¡Bueno, comed y bebed! Las provisiones abundan en la aldea de Bunga.

—Tengo aún más—dijo éste.

—¿Y por qué no me las has enviado? Soy tu huésped y tengo mucha gente que mantener.

—Las reservé para ofrecerte á ti y á tus guerreros un gran banquete.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Eres un buen amigo, Bunga. Ya sé que estás bien abastecido, y ése es el motivo de que haya venido con tan numeroso séquito. De otro modo, habría venido con solo mi escolta.

Al hablar así, miraba con los párpados semientornados á Bunga y sonreía malignamente; pero el jefe igorroto permaneció impasible y se limitó á responder:

—Has hecho bien, sultán, en venir con tanta gente; es un honor más que no aguardaba.

—¡Bueno, bueno; comed y bebed! Por el momento, eres aquí mi huésped.

Hizo ofrecer por sus siervos á los cuatro recién llegados los manjares que tenía, y, al terminar la refacción, el monarca dijo á Bunga:

—Ahora, hablemos de los hombres de piel blanca.

El igorroto arrugó el ceño y miró á Hong, quien con un gesto expresivo le indicó: «No tengas cuidado».

—¿Quieres decirme dónde se hallan?—repitió el déspota.

—Te he dicho ya que han huído hace tres días.

El monarca sonrió, meneó la cabeza y dijo:

—No; uno de mis espías acaba de decirme que, ayer mañana, el hombre que tiene consigo la mujer blanca fué visto á la orilla del lago.

—¿Dónde?—preguntó Bunga con sorda cólera.

—Cerca de tu cabaña.

—Ese espía te ha engañado.

—Entonces haré cortar la cabeza del hombre que pretende burlarse de mí.

—Y harás bien.

—Eso creo; pero...

—¿Qué?

—Si el hombre que me engaña fueses tú, ¿qué merecerías?...

Bunga se puso en pie y miró airado al sultán.

—Soy un jefe independiente, y no tu súbdito. Te he recibido como amigo, he puesto á tu disposición mi aldea, te he dejado saquearme y ¿vienes á amenazarme?

—No he tenido tal intención—repuso con tono irónico.—También yo te considero como mi mejor amigo, y por eso he venido á que me regalaras esos hombres blancos. Hace muchos años que deseo tener esclavos pálidos, de los de piel blanca: cristianos.

—Pues tendrás que buscarlos aún, porque ya no están aquí.

—¿Me dirás, á lo menos, hacia dónde se han fugado?

—Hacia el Bacat.

—Está bien—replicó el monarca con acento amenazador.—Los cogemos y haré cortar la cabeza del hombre que me haya engañado.

—¿Te refieres á mí? ¿Es una nueva amenaza?...

—No, no; á ti, no; al otro—dijo con sonrisa de tigre.—Tú eres mi amigo.

—Así es—repuso el jefe con sonrisa enigmática.—Nosotros saldaremos nuestras cuentas y consolidaremos nuestra amistad con el banquete de esta noche.

—¿Esta noche va á ser?

—Sí; esta noche, si no dispones otra cosa.

—Está bien: gracias, amigo; cuento contigo.

CAPÍTULO XV

LOS REHENES

Aquella noche, la aldea resplandecía de un extremo al otro.

Inmensas hogueras ardían en torno de la pequeña plaza fuerte, y en medio de las llamas asábanse numerosas babirusas y muchos gatos. Patrullas de igorrotos llegaban con víveres y vasijas de barro llenas de vino de palma.

Ante la ciudadela, tendido en una esterilla de colores, hallábase el sultán rodeado de sus jefes principales, de Bunga, Hong y sus compañeros. Cuatro cerdos asados enteros, gallos silvestres, fruta abundante y muchos vasos de vino fueron colocados en una mesa improvisada, y el monarca daba ejemplo, comiendo por dos y bebiendo por cuatro.

Bunga mostrábase amabilísimo, incitando al sultán y á sus jefes á comer y beber, y daba incansantes órdenes á sus súbditos para que todos los guerreros mindaneses tuvieran víveres y licor en abundancia. Hong, por su parte, parecía el mejor amigo del monarca, y á cada momento le proponía un nuevo brindis. Pero, al igual de Bunga y de sus compañeros, se guardaba muy bien de beber: unas veces no echaba líquido en su taza, y otras vertía por detrás de sí y disimuladamente el que ya había echado.

A media noche, casi todos los guerreros tenían una borrachera tan descomunal y violenta que imponía, y hasta el mismo Hong estaba algo alarmado. Querellábanse por nada; armaban ruidosas disputas y amenazaban matarse unos á otros y acabar con los pobres igorrotos á machetazos y sablazos. Alguno resultó con la cabeza rota, y muchos habían caído como muertos.

Los igorrotos, retirados á la margen de la selva, miraban y dejaban hacer, sabiendo por experiencia que nada iban á ganar tratando de apaciguar á aquellos energúmenos. En tanto, los guerreros caían á

grupos y en confusión indescriptible; sólo tres ó cuatro docenas resistían aún los efectos del narcótico, aullando, cantando ó insultándose. Hasta el sultán, después que todos sus jefes hubieron caído uno á uno, quedó rendido por el sueño. El opio había obrado.

—Creo que ha llegado el momento—dijo Hong dirigiéndose á Bunga.

—¿Qué vamos á hacer?

Coger todos estos borrachos y trasladarlos á sus canoas.

—Y de sus guerreros ¿qué haremos?

—Desarmar al mayor número de ellos que se pueda, sin que lo adviertan los que no han bebido y los que todavía resisten al opio, y mañana, cuando los ebrios sean un poco más razonables, hablaremos.

—¿Quieres matar al sultán? Sus súbditos lo vendrían degollando á los míos.

—No temas. Ninguno se atreverá á molestar á los de tu tribu. Por lo demás, nunca tuve la intención de enviar al otro mundo á ese canalla de sultán. ¡Pram-Li, Sheu-Kin, ayudadme!

El sultán, repleto como un odre, había caído sobre su ministro, y roncaba ya; no era de temer que opusiera resistencia. Hong le sacó del cinto la cimitarra y el *kampilang*; luego lo cogió entre sus brazos y se dirigió hacia el río; el joven chino y el malayo llevaron al primer ministro. Ambos fueron depositados en la canoa real, bajo el pabellón, uno al lado de otro. Los guerreros que se hallaban aún en pie, poco más de cincuenta, no advirtieron el secuestro.

—¿Qué hacemos?—observó el viejo igorroto.—Los que resisten son los más feroces, y casi todos armados de fusiles; si se dan cuenta de que nos hemos llevado á sus señores, degollarán sin piedad á mis súbditos y destruirán la aldea.

—Es verdad—dijo Hong contrariado.—Hay que evitarlo... ¿No tienes más vino?

—Ya se agotó todo.

—Las mujeres, los niños y los ancianos ¿están bien ocultos?

—Se han refugiado en la selva virgen y se habrán acomodado en la antigua aldea. Será difícil que puedan dar con ellos.

—Entonces, somos dueños de la situación.

—¿Qué pretendes?—le preguntó Than-Kiú.

—Tenemos veinte canoas del sultán. ¡Que se embarquen en ellas todos tus súbditos, Bungal—ordenó Hong sin responder á la joven,—y en ellas aguardaremos á que el sultán despierte.

—¿Y vamos á dejar al pueblo á la absoluta merced de los enemigos?—preguntó el jefe.

—No se lo comerán.

—Pero pueden arrasarlo, destruirlo.

—No lo harán. Tenemos en nuestro poder á su señor, y no se atreverán á irritarle. ¡No temas! Ordena á todos tus hombres que se embarquen en silencio. Yo respondo de todo.

Un igorroto fué enviado ante sus compañeros con órdenes del jefe, y poco después los habitantes de la aldea—que se habían refugiado á la entrada de la selva, entre los árboles, para evitar que aquéllos, ebrios furiosos por la excitación de la bebida mezclada de opio, hiciesen armas contra ellos y los matasen—abandonaban silenciosamente el bosque y, evitando el resplandor de las hogueras, se reunían en la playa uno á uno.

Todos iban armados de bolos, arcos y flechas.

Bunga les mandó embarcarse y seguir sin perder tiempo la canoa real.

Apenas se habían separado varios metros de la orilla, cuando llegó á sus oídos una gritería tremenda. Entre los aullidos feroces oíase preguntar:

—¡El sultán!... ¿Dónde está el sultán?...

Los guerreros no embriagados corrían de cabaña en cabaña, rugiendo y blandiendo las armas; parecían presa de una cólera terrible.

—¿Dónde está el sultán?... ¡Traición! ¡Traición!...

Algunos, más serenos que sus compañeros, sospechando algo, se precipitaron hacia la playa. Al ver alejarse la flotilla, bramaron ferozmente:

—¡Traición! ¡Traición!... ¡Sangre y exterminio!... ¡Hemos sido traicionados!...

Sus compañeros acudieron á estos gritos, moviendo confusa y estridente algarabía y blandiendo sus armas amenazadoramente. Varios, no del todo narcotizados, despertaron al estruendo y se unieron á los demás.

La canoa grande se había detenido á trescientos pasos de la orilla, y Hong mostróse en la proa, de pie y fusil en mano, mirando á aquellos frenéticos.

Al verle los guerreros del sultán que tenían fusiles, hicieron una descarga que fué absolutamente inútil, pues sólo produjo espantoso estruendo. Eran mosquetes y fusiles de chispa de pésima calidad.

—¡Cobardes! ¡Volved á tierra y os haremos pedazos!—gritó un anciano guerrero, con los pies ya en el agua.

—¡Escuchen los súbditos del sultán!—gritó Hong con voz potente.

—¡Silencio!—dijo el anciano á sus compañeros.—El hombre de la cara amarilla va á hablar. Dejémosle que diga lo que quiera y después lo mataremos.

—El sultán está en nuestro poder, así como su primer ministro.

Un rugido terrible acogió estas palabras de Hong, y varios guerreros hicieron ademán de arrojar al agua; pero el anciano los contuvo.

—Continúa—gritó al chino.

—Os prometemos que no se le hará ningún mal. Pero os prevengo que, si quemáis ó destruíis la aldea, lo arrojaremos al fondo del lago con una piedra al cuello. He dicho.

—¿Qué quieres hacer entonces con nuestro sultán?—preguntó el viejo.

—Mañana lo sabréis.

—Vengaremos terriblemente la afrenta hecha á nuestro señor.

—Probad á hacerlo.

Y dicho esto, ordenó á los remeros que se alejasen para reunirse á la flotilla, que estaba ya lo suficientemente lejos para hacer perder á los guerreros minneses la esperanza de poder alcanzarla á nado.

—No intentarán nada hasta que volvamos—dijo el chino á Bunga, que no parecía muy tranquilo.—Nuestra amenaza les calmará un poco.

—¿Y crees que después no se vengarán cruelmente?

—No; porque les cortaremos las uñas y los dientes. Déjame hacer; yo pondré en tus manos rehenes, amigo, que basten á paralizar su acción. Quedarás contento y satisfecho... te lo prometo.

La flotilla, á un kilómetro de la playa, viró de bordo cruzando á la vista de la aldea. Los guerreros del sultán seguían atentamente las evoluciones de su escuadra, no sospechando el objeto de aquella jira nocturna. El número engrosaba con el despertar de algunos compañeros; pero se mantenían todos, á lo menos por el momento, tranquilos. La amenaza de Hong había surtido efecto, calmando un tanto á aquellos hombres furibundos.

Al alba, la flotilla acercóse de nuevo á la aldea, deteniéndose á cuatrocientos metros de la primera cabaña. Los guerreros eran ya más de ciento y se habían agrupado en la playa, gesticulando animadamente y discurriendo lo que debían hacer, sin lograr solución para el conflicto. Privados de las barcas, no atinaban á acordar una acción eficaz contra los igorotes.

Entre tanto, Hong, por medio de vigorosas sacudidas, había conseguido despertar al sultán y á su ministro. Al verse bajo el pabellón, el monarca, aun no despejado por completo, volvió el rostro hacia su secretario, que se estiraba los brazos despejándose, y le gritó furioso:

—¿Quién ha dado orden de embarcarse? Yo no tengo aún en mi poder los esclavos blancos, ni he visto arder la aldea por sus cuatro costados.

—La orden la he dado yo—repuso Bunga, que se hallaba al lado de Hong.

El sultán miró al jefe y al chino con recelo, incorporóse, alzó una punta de las cortinas del pabellón y advirtió entonces que las canoas, en vez de

estar tripuladas por sus guerreros, lo estaban por igorotes. Una lividez cadavérica cubrió sus mejillas; aun á través del velo espeso de la embriaguez que cubría su mente, comprendió que era víctima de una traición. Llevó al cinto sus manos y se halló sin armas; entonces hizo un movimiento rápido para precipitarse al agua; pero Hong, que no le perdía de vista, lo cogió por la túnica con presteza y le forzó á sentarse de nuevo.

—Cuida mucho de no moverte, porque te mato—le dijo fríamente.

Al oírle y al ver que preparaba su fusil, el monarca tuvo miedo; su ministro no osaba moverse y el terror le hacía castañetear los dientes.

—Escúchame.

—Habla y explícame lo que ha sucedido.

—Una cosa sencillísima. Hemos dejado en tierra á tus hombres y nos hemos embarcado en tus chalupas.

—¿Y con qué objeto habéis cometido esa felonía?—dijo el sultán rechinando los dientes.

—Para impedirte que persiguieras á los hombres blancos, y para enseñarte á respetar la hospitalidad que Bunga te había dispensado generosamente. Tú no habías venido aquí como amigo, sino como señor, y más aún como enemigo, pues tenías el propósito de destruirlo todo. ¡Niégalo si te atreves!

—Yo vine para apoderarme de los hombres de piel blanca, y nada más.

—Y para hacer tus esclavos á Bunga y sus súbditos.

—¿Y qué te importaría á ti que así fuera?

—Ya lo verás.

—¿Qué pretendes?

—Poca cosa. Si no aceptas nuestras condiciones, te arrojaremos al lago, así como á tu primer ministro, y haremos esclavos á tus guerreros.

—Son muchos.

—Los guerreros de la gran nación de los hombres amarillos no están lejos, y tienen buenos fusiles y cañones en gran número. A una orden mía vendrán y pasarán á cuchillo á tus hombres.

El monarca palideció intensamente.

—¿Qué quieres, en resumidas cuentas?

—Que renuncies á perseguir á los hombres blancos que están bajo la protección de los amarillos.

—¿Nada más?

—Escucha. Si tus guerreros quieren reembarcarse y volver á su pueblo, tienen que entregar todas sus armas á los igorotes.

—¿Hasta las armas de fuego?—preguntó con dolor el sultán.

—También. ¡Ésas sobre todo!

—¿Has concluido?

—Aun no. Tú serás libre de volver á tu pueblo,

pero dejarás en rehenes á Bunga tu primer ministro, y diez de tus jefes principales.

—¿Y para qué he de dejar esos rehenes?

—Como garantía de que no volverás á vengarte de Bunga cuando nosotros nos hayamos ido. Al primer amago de tu vuelta, los igorrotos decapitarán á tu primer ministro y á tus diez guerreros. ¿Me has comprendido?

—Sí—contestó el sultán con voz sorda.

—¿Aceptas estas condiciones?

El monarca no contestó; miraba feroz y alterativamente á Hong, á Bunga y á Pram-Li, que acababan de entrar en el pabellón.

—Prepara dos cuerdas, Pram Li, y ata á ellas dos piedras pesadas. Servirán para estos dos hombres—dijo el chino.

Oyendo aquella amenaza, el sultán levantó el brazo y exclamó precipitadamente:

—No, no; ¡alto! Cedo.

—Pues ordena á tus guerreros que depositen sus armas y se rindan á los igorrotos.

El sultán le miró con desconfianza.

—Y cuando no tengan armas, ¿no los mataréis?

—Los hombres de la gran nación amarilla—repuso con solemnidad Hong—son siempre veraces. Su palabra es sagrada.

—¿Y seré libre de volver á Butuán?

—Te lo he prometido.

El sultán se levantó y se dirigió á proa, seguido de muy cerca por Hong, Bunga y Pram-Li, que no tenían gran fe en la palabra de aquel salvaje. Los guerreros, al ver á su jefe, corrieron precipitadamente hacia la orilla, agitando las armas con furor y clamando:

—¡Venganza!... ¡Venganza!...

El monarca hizo una mueca horrible y alzó la diestra. A esta indicación, sus súbditos guardaron profundo silencio.

—¡Dejad todas vuestras armas en la orilla y retiraos á las cabañas!—ordenó.

Los guerreros, estupefactos ante aquella orden inesperada, permanecieron inmóviles, sin atreverse á cumplirla y creyendo haber oído mal.

—¡Obedeced!—insistió con voz de trueno el déspota.

—¡Queremos vengarnos!—vociferaron los guerreros.

—Y los igorrotos matarán á vuestro sultán—repuso el monarca—y además os matarán también á vosotros; porque los guerreros de la gran nación amarilla no están lejos y vendrán á exterminaros.

Ante aquella amenaza desapareció como por encanto el furor belicoso de los guerreros del sultán. Acostumbrados á obedecer, y algo asustados, depositaron las armas y se retiraron lentamente á las ca-

bañas. Inmediatamente cuatro canoas atracaron, y los igorrotos que las tripulaban se apoderaron de los *bolos*, fusiles, *kampilangs* y hachas de guerra.

—He cumplido mi palabra—dijo el sultán con voz trémula.

—Y á mi vez, yo cumpliré la mía.

Atracaron. Hong hizo ocupar todas las terrazas por los igorrotos, y con una escolta de veinte hombres depositó las armas en la plaza fuerte. Luego eligió los diez guerreros que con el ministro habían de quedar en rehenes, y dijo al monarca salvaje:

—Ahora podéis marchar tú y tus guerreros. Pero acuérdate de que, si intentas algo contra Bunga, hará éste matar á tus amigos, y además me avisará y los hombres de la gran nación amarilla irán á tu capital y arrasarán tu pueblo.

—Mantendré mi promesa—murmuró el sultán humildemente.

Se tapó el rostro con el turbante, como si tuviera vergüenza de mostrarlo á sus súbditos, y se dirigió á toda prisa á la playa, no estando aún muy seguro de haber escapado á tan poca costa del peligro. Sus gentes habían embarcado ya.

—¡Salud al sultán del Butuán!—gritó irónicamente Hong.

El monarca respondió con una especie de gruñido, y saltó á su canoa. Un momento después, la flotilla se alejaba rápidamente, desapareciendo tras un promontorio.

—¿Qué te parece?—preguntó el chino á Bunga.

—Gracias. Los hombres amarillos son valientes y astutos—repuso el jefe.

—Pues ahora acompañanos adonde están los hombres blancos.

—Seguidme. Son vuestros.

CAPÍTULO XVI

ROMERO Y TERESITA

Media hora después, Hong, Than-Kiú y Bunga llegaban al lugar de la selva virgen en que se habían refugiado las mujeres, los viejos y los niños á la llegada de los mindaneses del sultán, y donde se hallaban escondidos Romero, Teresita y los dos marineros españoles. En una pequeña plazoleta rodeada por un bosquecillo muy espeso hallábase la antigua aldea, ocupada en otro tiempo por los súbditos de Bunga, formada por unas cincuenta cabañas, las más de ellas medio derruidas. Algunas, sin embargo, más sólidamente construidas, habían resistido bien las injurias del tiempo.

El jefe igorrote preguntó por Romero y le dijeron que había salido de caza, acompañado de uno de los marinos y de varios indígenas, por faltar en la aldea

las provisiones. Than-Kiú mostróse contrariadísima por ello; tenía vivas ansias de hallarse frente á aquel hombre á quien tanto amó un tiempo, y á quien no había vuelto á ver desde aquella noche memorable y fatal.

—¿Cuándo volverá?—preguntó, limpiando algunas gotas del frío sudor que le brotaba de la frente.

—Quizá no vuelva antes de la noche.

—¡Ocho ó diez horas de aguardar!... ¡Una eternidad!—murmuró ella con voz ahogada.

—Pero la mujer blanca está aquí.

Brilló un relámpago en los ojos de *Flor de las Perlas*.

—¡Teresita!—exclamó con acento sombrío.

—Ve á verla antes que á él—le dijo Hong.—Así le evitarás un acceso de celos que podría serle fatal, dado su estado enfermizo.

—Es cierto; está delicada, enferma; sea pues; estoy impaciente por verme ante ella.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Hong. Quiero estar sola.

—Tienes razón; quizá quieres reprocharle muchas cosas que vale más que yo ignore.

—No, amigo mío. *Flor de las Perlas* sabrá ser generosa. Ahora ya no tengo por qué lamentar lo pasado, puesto que he ganado un corazón tan noble como el tuyo. ¿Dónde está Teresita?

—Sígueme—dijo el jefe de los igorotes, á quien la joven había dirigido la pregunta.

Than-Kiú estrechó la mano de Hong, le tranquilizó con una sonrisa y siguió á Bunga con paso firme, pero bastante pálida. Llegaron ante una cabaña de las últimas, graciosa construcción de bambú, que había sido la del jefe, y éste se detuvo, diciendo á la joven:

—Entra.

Flor de las Perlas se detuvo un instante, como tratando de recobrar la calma y de refrenar los estremecimientos convulsivos que agitaban sus nervios. Con una mano se arregló el cabello, sin darse cuenta de lo que hacía; con la otra subióse la manteleta, cubriéndose parte del rostro, y entró de puntillas, parándose en medio de la cabaña.

También en aquella vivienda, tan lejana de los países civilizados y construida en medio de una selva virgen, se adivinaba á primera vista la presencia de una mujer habituada á los usos del mundo. El suelo estaba esterado con tejido burdo de fibras de cocotero, trabajo que indudablemente no se debía á la industria de los igorotes; algunos asientos de bambú, bastante cómodos, veíanse alrededor de una mesa, semejantes á los muebles que habían visto ya en la choza del marinero que los guió al lado de Bunga. En los ángulos de la estancia se veía una especie de enormes tiestos llenos de flores, sin duda

cogidas en la selva, que exhalaban delicado aroma. Además veíanse vasijas de terracota, de extrañas formas, que parecían destinadas á los servicios de la cocina. En un lado, sobre el lecho de mullidas hojas y cubierta con una magnífica piel de pantera negra, vió Than-Kiú una joven á quien reconoció inmediatamente.

—¡Ella!—murmuró sombríamente.

Era, en efecto, Teresita de Alcázar; pero no tan hermosa y fresca como la había visto en Manila dos meses antes. La fiebre y las fátigas de aquel largo viaje por las regiones ecuatoriales habían dejado marcadísimas huellas en su rostro juvenil y bello. Pálida y demacrada, perdió su tez el delicado matiz moreno peculiar de las andaluzas, y que tantos atractivos añadía á la hermosa *Perla de Manila*.

Teresita dormía aún, con un brazo bajo la cabeza, oculta á medias por sus largos y negros cabellos; su respiración era agitada, porque el corpiño de percalina azul se levantaba con rápidas intermitencias.

Than Kiú continuaba inmóvil, con las manos cruzadas, contemplando á su ex-rival con ojos en que brillaban siniestras llamaradas. Hacía varios minutos que se encontraba allí, cuando Teresita, tal vez presintiendo la presencia de aquella mujer que podía dejarse arrastrar por los impulsos de una pasión, si bien vencida, no domada por completo, se despertó bruscamente.

Sus ojos negros, fulgurantes y expresivos, después de mirar vagamente en derredor suyo, fijáronse en *Flor de las Perlas*, que conservaba siempre su amenazadora inmovilidad. Repentinamente la española se levantó con salto de fiera, el rostro alterado, fruncido el ceño, las miradas centellantes, escapándosele involuntario grito de estupor y de ira contenida con gran esfuerzo.

—¿Estoy soñando?—exclamó.—¿Es una sombra ó es Than-Kiú, en carne y hueso, á quien veo en mi presencia?

La china adelantó algunos pasos y, dejando caer la punta del mantón de seda con que se embozaba, repuso con voz sorda:

—Sí, soy yo; estás bien despierta, *Perla de Manila*.

Teresita se acercó hasta tocarla.

—¡Tú!—dijo asombrada.—¡Tú aquí, Than-Kiú!

Y añadió en una explosión de celos:

—¿Vienes á robármelo, miserable!...

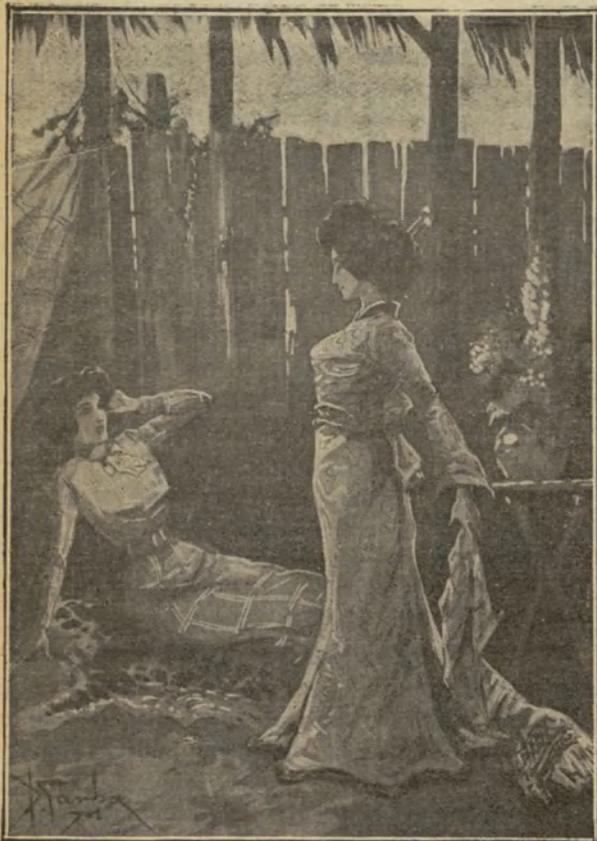
Arrepintiéndose inmediatamente de estas palabras, y continuó con voz dulce:

—Perdóname, Than-Kiú; ya sé que no tengo derecho de dirigirte tales reproches, á ti que has sido tan generosa... Dispénsame... Pero... ¡le amo tanto!...

Flor de las Perlas no pronunció una sílaba; continuaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pe-

cho, y miraba á la española con ojos que fulguraban sombrías amenazas.

—Than-Kiú—prosiguió Teresita, con acento en que se sentía vibrar una viva inquietud.—¿Qué has venido á hacer aquí?... ¿Por qué te fuiste de Manila?... ¿Quién te ha dado la noticia de nuestro infortunio?... ¿Quién te ha guiado á través de las inmensas selvas de esta isla salvaje?... ¿Has venido tal vez para vengarte?... ¡Gran Dios! ¡Habla, habla, Than-Kiú!... Tus miradas me dan miedo.



La joven china no pronunció una sílaba. Siempre inmóvil...

Se juntó más á ella, y, poniéndole una mano en el hombro con movimiento convulsivo, añadió trémula:

—¡Tú amas aún á Romero!... Sí, sí; lo leo en tu mirada. ¡Has venido para disputármelo! ¡Y es mío! ¡Mío! ¡Habla, habla, *Flor de las Perlas*!

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la china.

—¿Te causo miedo, *Perla de Manila*? ¿Y por qué? ¿Quizá porque aquella noche fatal en que te vi partir con el hombre á quien tanto amaba, no te di un abrazo?... Era un presentimiento; un presentimiento terrible y fatal, porque el siguiente día debía ser

memorable para alguien... ¡Ah!... ¿Me preguntas á qué he venido aquí? Voy á decírtelo en dos palabras: á salvaros.

—¿A salvar á Romero?

—No; á salvaros á los dos.

—¡Tú!... ¡Tú que debes odiarme!—preguntó Teresita estupefacta.

—Un día—dijo Than-Kiú con voz sombría—sí; un día hubo en que te odié y te habría matado si el Destino te hubiese puesto ante mí; pero, ahora, ¿qué me importa á mí de Romero? Lo he olvidado.

—¿Y por qué has venido aquí?

—Para pagar la deuda que tenía con él.

—¿Cuál?

—Una noche, cuando la insurrección estaba á punto de ser ahogada por las armas victoriosas de tus compatriotas, y mientras combatíamos desesperadamente en las riberas del Malabón, caí prisionera de un coronel español. Mi suerte no era dudosa; al día siguiente iban á fusilarme. Romero, que entonces me amaba todavía, me salvó de la muerte ocupando mi puesto. ¿Lo recuerdas?

—Sí: lo salvó á su vez mi padre.

—Pues bien; aquella deuda me pesaba, y he venido aquí á pagarla, salvándote á ti y á él. Ahora, ¡júzgame, Teresa!

La española hizo ademán de arrojarle en brazos de la china, pero un sentimiento de celos la detuvo de pronto.

—¿Ya no le amas?—preguntó dudosa.

—No.

—¿Me lo juras?

—Por el alma de mis padres.

—Tengo miedo de ti, Than-Kiú.

—Haces mal, porque mi corazón palpita por otro hombre, tan intrépido ó más que Romero.

—¡Hermana mía!—exclamó ya sin poder contenerse [la dama, precipitándose en los brazos de la china y estrechándola entre los suyos sin rencor.

Un silbido que oyeron, las separó bruscamente.

—¿Qué significa?...—preguntó la española.

—No hagas caso. Es un aviso de Hong.

—¿Quién es ese Hong?

—Uno de mis mejores y más queridos amigos, que me ha acompañado en esta excursión.

—¿Y qué significa ese aviso?

—Te lo diré más tarde.

La joven envolvió de nuevo su rostro en el manto de seda, hizo seña á Teresita de que no la siguiera, y salió con paso rápido.

A pocos pasos de la puerta aguardaba Hong, apoyado en su fusil.

—¿Qué ocurre, Hong?

—Romero llega.

—¿Cómo lo sabes?

—Bunga me lo ha dicho.

—¿Le acompañan los indígenas?

—No; viene solo. Los igorotes le han precedido.

—Voy á su encuentro.

—¿Y yo?

—Sígueme. Deseo que mi futuro esposo escuche nuestro coloquio. Para ti no debo tener secretos, ni permitir que te asalte la más mínima duda respecto á mi conducta. Pero no te dejarás ver de él hasta que yo te llame.

—¡Vamos, Than-Kiú, y sé fuerte!

—Lo seré, no lo dudes. El corazón de *Flor de las Perlas* es tuyo.

—Sígueme.

Guiados por un indígena se internaron en la selva, y siguiendo un sendero por el cual les precedían ya Sheu-Kin y Pram-Li, á quienes seguía otro igorrote, llegaron á un matorral junto á una plazoleta.

—Ya llega—dijo el malayo.—No se halla á más distancia de un tiro de fusil.

—¿Viene solo?

—Sí; y trae consigo un cuarto de babirusa.

—¿Lo hallaremos siguiendo este sendero?

—Sí, Than-Kiú.

—Gracias, amigos.

La joven continuó su camino al lado de Hong, que no separaba las miradas de su rostro, espionando sus impresiones ávidamente y tratando de leer sus más recónditos pensamientos. Pero Than-Kiú parecía tranquila y sonriente, y sus ojos negros, sombreados de aterciopeladas pestañas, lanzaban de vez en cuando sombríos relámpagos.

A los trescientos pasos detúvose ella, apoyándose en el tronco de un sagú. Había oído á breve distancia susurro de hojas aplastadas por un paso firme.

—Ya está aquí—dijo con voz alterada.—Ocultate. Tras el tronco de aquel ébano, amigo Hong, y podrás oírlo todo.

—Estás pálida, *Flor de las Perlas*—murmuró él melancólicamente.

—Es cierto; pero mi corazón palpita por ti solo, Hong.

—Tengo miedo de este encuentro.

—Haces mal en dudar de mi amor.

—¡Te amo tanto, *Flor de las Perlas*!

—Y *Flor de las Perlas* también se siente orgullosa de amarte, Hong—repuso la joven con adorable sonrisa.—En breve te daré la mejor prueba.

Dicho esto, indicóle con un ademán cariñoso el árbol tras el cual había de ocultarse, se desembozó y se quedó de pie en medio del sendero.

Estaba en extremo pálida, pero resuelta á sostener intrépidamente el choque moral que representaba para ella aquella entrevista suprema. Sin embargo, sus facciones no expresaban ni angustia ni

vacilación, y sus miradas habían recobrado la serenidad y la calma.

Apenas transcurrió medio minuto, cuando de un espesísimo matorral vió salir un hombre, á quien reconoció al primer golpe de vista. Era Romero, el mismo á quien amó con delirio durante la insurrección; el que parecía destinado á hacerla feliz y que la había abandonado por otra, causando su desesperación y la muerte de su querido hermano, el heroico Hang-Tu.

No era, sin embargo, el hermoso y arrogante mulato de antes. La fatiga, las privaciones, la prisión, la nostalgia y aquel suelo tórrido habíanle desfigurado. Avanzaba con lentitud, con el sombrero chino, la mirada baja y como absorto en tristes pensamientos, llevando al hombro un cuarto de babirusa y apoyado en un bastón de férrea punta.

A pesar de su indomable energía, sintió Than-Kiú revolverse en su alma, al verle, la antigua pasión no del todo vencida, sin embargo del afecto que profesaba á Hong. Vaciló; pero su vacilación tuvo la rapidez del relámpago. Se acordó de los sufrimientos pasados, de la muerte de su hermano, de su cruel abandono, y experimentó un impulso de odio hacia aquel hombre que, después de haberla amado, la había dejado por la mujer blanca, aunque fuera por consecuencia de fatales circunstancias.

Apelando á toda su energía, dió dos pasos al frente y, deteniéndose ante él, le preguntó:

—¿Me conoces?

El mestizo, que, embebido en sus pensamientos, no la había visto, alzó vivamente la cabeza, dió dos pasos atrás, dejando caer al suelo el bastón y la babirusa, palideció y exclamó con voz trémula:

—¡Tú!...

Frotóse bruscamente los ojos, como dudando si era víctima de una alucinación, y repitió:

—¡Tú!...

—Sí, yo; *Flor de las Perlas*... la hermana de Hang-Tu.

—¡La hermana de Hang-Tu!... ¡*Flor de las Perlas*!... ¡Hang-Tu!...

Interrumpióse súbitamente y, fijando sus ojos con cierto extravío en la joven, preguntóle con voz entrecortada por reprimidos sollozos:

—¿Es cierto que murió Hang-Tu?

—Sí—repuso ella sombríamente.—Tu amistad fué fatal al héroe y á su hermana.

—¡Gran Dios!—exclamó Romero, cubriéndose la faz con las manos.—¡Perdóname, Than-Kiú! Perdóname!—continuó, cayendo de hinojos.—¡Perdóname, en memoria de nuestro pasado amor!

—¡Calla!—replicó ella apretando los dientes.—¡No recuerdes nuestro amor, Romero! Ha sido demasiado fatal para todos.

—Pero ¿qué has venido á hacer aquí? ¿Quién te ha dicho que la cañonera naufragó y que me hallaba prisionero?

—¿Qué te importa? Tenía una deuda contigo que me pesaba en el alma, y he venido á pagarla. Eso es todo.

—¿Una deuda?

—La que contraí contigo en la ribera del Malabón: ¿lo recuerdas?

—Sí, pero eso no constituía una deuda. Te amaba inmensamente, y, aunque ya no podía hacerte mía, quise demostrarte que sacrificaba gustoso mi vida por salvarte.

—Lo sé; pero ahora ya ha terminado todo entre los dos. Tú eres de la mujer blanca, y yo soy de otro hombre.

—¿De quién?

En vez de responder, Than-Kiú se aproximó al ébano tras el cual estaba oculto Hong; cogió por la mano al intrépido chino, lo llevó ante Romero, y dijo con voz firme:

—El hombre á quien amo... es éste. Mañana seré la mujer de Hong.

Romero vaciló, murmurando:

—¡Hong!... ¡Hong!...

—Sí, Romero: *Flor de las Perlas* es mía, y ¡guay del que la toque!...

Luego, cogiendo en sus robustos brazos á la joven, añadió:

—¡Ven, amada mía! La felicidad te aguarda á la orilla del río Amarillo, cerca de la tumba de tu heroico hermano... bajo las cúpulas de lirios.

Than-Kiú le sonrió y se abandonó entre sus brazos, mientras Romero cerraba los ojos para no ver aquella feliz pareja.

CONCLUSIÓN

Tres días después de los acontecimientos narrados, dos canoas abandonaban la aldea del jefe igorrote con rumbo hacia la costa septentrional del lago Linguasán. En la primera iban Than-Kiú, Hong, Pram-Li y Sheu-Kin; en la segunda, Teresita, Romero y los dos marineros de la cañonera. Bunga había abastecido á los viajeros de víveres suficientes, regalando fusiles, bolos y municiones á los españoles.

Tiguma se había quedado en la aldea, aguardando la oportunidad de volver por el Bacat á su pueblo, donde le esperaba su esposa.

Las dos canoas llegaron, tras treinta horas de navegación, á Río Grande, caudaloso río que sirve de canal de desagüe al Linguasán, y que va á desembocar en el mar, cerca de Costabado, capital del sultanato de Salingán.

La travesía del río se verificó sin incidentes; pero, durante los doce días que duró, los dos grupos se mantuvieron alejados entre sí, acampando á distancia. Hong por celos de Romero, y Teresa por celos de Than-Kiú, habían impuesto esa condición, no admitiendo la unión de todas las fuerzas sino en caso de peligro.

En Costabado, Hong y sus amigos hallaron al junco del viejo Tseng Kai. El buen hombre, seguro de verlos volver un día ú otro, los aguardaba allí, organizando frecuentes expediciones al río Talaján. Por algunos piratas que cayeron en sus manos supo la prisión de Hong y Than-Kiú por Pandaras, y no dudó, conociendo su audacia, de que llegarían á escaparse. No se había engañado, como ya hemos visto.

Antes de embarcarse para China, la joven quiso ver por última vez á Teresita y á Romero, que se quedaban en Costabado, aguardando un buque que los trasladase á sus posesiones de Ternate.

Las dos mujeres se saludaron, abrazándose y besándose como verdaderas amigas. Cuando Than-Kiú alargó su mano á Romero, notó que la de éste temblaba, y le oyó exhalar un suspiro.

—¡Sed felices!—dijo el mestizo con voz débil.—Hong es un valiente que te amará como yo te amo un día.

—¡Gracias!—repuso ella con altivez.—¡Adiós para siempre!

Le miró á la cara y le vió palidecer.

—Antes de separarnos para siempre, ¡perdóname la muerte de Hang-Tu!—murmuró sollozando.

—Te he perdonado. ¡Adiós!

Pocos minutos después, el junco de Tseng Kai desplegab sus velas y se ponía en marcha rápidamente, tornando á la patria á *Flor de las Perlas* y al intrépido chino que tan bien supo conquistar su amor.

